

Después de la Montaña
NOVELA

Margarita Oropeza

*A Juan,
Beatriz
y José*

A Juan Ramos, in memoriam

PRÓLOGO

La idea abstracta, residente en mentalidades de propios y extraños, de lo que es el mundo mexicano traspuesto a chicano se define claramente a efectos de la narrativa de Margarita Oropeza, en su novela **Después de la Montaña**.

Su prosa colorida, dinámica, detalla un cosmos soslayado. Es un cauce a contemplarse, construido con descripciones del mundo exterior y del que bulle interiormente. Un contenimiento para que la anécdota fluya y se desplace vívida, graciosa. Así, las cosas se mueven y las que permanecen se integran en un todo iridiscente, para que el lector vea, gire, piense, viva las peripecias intensamente emotivas del mexicano que cruza un desierto igual que pudiera ser el mismo río Aqueronte, para adentrarse a círculos sucesivos donde se añora y sufre, no obstante el ser impelido por un afán y una esperanza sublimes: la redención, la felicidad a que todo ser humano es acreedor por las leyes divinas y naturales, si no fuera, pésima fortuna, por la voluntad ególatra del hombre, tantas veces fraticida.

¡Ah! pero aquí la perspectiva rectora que traza, bifurca, enlaza las menores, no se da centrada en algún personaje masculino, como es dable generalmente en el múltiple anecdótico que puebla la dimensión de la interesantísima, por novedosa y dramática, narrativa de la frontera; sino por medio de un carácter femenino: Adelaida, la autora nos dice de la vida que late en su mundo de páginas. Adelaida es una mujer que cruza la frontera armada de anhelos y una voluntad férrea, para defenderse de humanos fulleros (que no de molinos de viento, ni gigantes), para desfacar sus agravios, conquistar para los suyos la bienaventuranza.

La vida de Adelaida se entrecruza con la de otros seres sencillos que sobreviven a la brega de muchas horas eslabonadas en un quehacer continuo, drenador de energías, tensador al máximo de sistemas nerviosos: las voces del inglés en feroz picoteo imperativo, gritos en un español relleno de dobleúes, temor al despido, la solidaridad ocasional con otros seres alienados.

Luego los lapsos nostálgicos, la búsqueda de razones que concilien, fortalezcan la amistad, el espíritu, la ilusión. El alma, confusa en ámbitos raros, precisa de los ambientes que le son idóneos: charla, música, comida, chistes, paisajes. De lejos, la conciencia objetiviza los motivos obvios al más ciego, los que propician el éxodo de mexicanos desvalidos hacia un país extraño: la increíble, portentosa, multiunochesca riqueza de aquellos que se sirven a placer, impunemente, de los bienes comunes.

Después de la Montaña no es una novela encaminada de intención a la propuesta o testimonio documental. Es, simplemente, novela, reflejo de aconteceres; pormenores de lo que es la circunstancia del mexicano en trance de migrante que pasa a los E.U sin la debida documentación. Como toda manifestación de arte, es una novela que llega más allá de lo puramente objetivo; nos enseña el alma, la entraña de una experiencia compleja, simple y a la vez laberíntica, que de manera colectiva ha sido parte de la vida de millones de mexicanos. Nos cuenta de toda una comunidad de veinte millones de personas provenientes de México, desde un país anglosajón culturalmente ajeno.

Las conclusiones sobre el acontecer narrado podrían derivarse desde diversas consideraciones. Inútil empeño resultaría medir la importancia de **Después de la Montaña**, en contraste a otras novelas, o comparar a Margarita con otros autores. Su primera novela tiene carácter, es única. El estilo literario de esta aurora está lejos de ser mera improvisación. Es resultado de lecturas variadas, de estudios metódicos, análisis, ejercicios y todo lo concerniente al universo que constituyen las letras, a través de toda una vida. Su prosa discurre con suavidad, dúctil, flexible, con la frescura que otorga el don de la espontaneidad. Se hace evidente el vasto conocimiento del lenguaje que posee. De allí mana su poder de selección para expresar con límpida transparencia efectos que conllevan los matices y la sonoridad, propios de toda prosa agraciada por la virtud el arte.

Ya desde los excelentes artículos en que dictamina sobre temas diversos, notamos que su escritura discurre con franca naturalidad. En otro decir, no endurece sus escritos, no los tulle con el uso de citas o supuestos tecnicismos insertos al azar; ni los salpica acá y allá con esos clisés mal disfrazados que suelen arruinar todo asomo de originalidad. Sabe que la página en blanco no es la puerta que conduce a la reinventiva de realidades, ni la pluma el ábrete sésamo; sino la facultad de adentrarse en el propio microcosmos, allí donde el talento, el saber y la intuición prestan la clave para forjar con materiales etéreos, la obra donde campea la letra. Novelar es en mucho un estado de ánimo, que si bien actúa de modo imperativo, inmisericorde por agotante, dota en cambio de espíritu a la palabra escrita; para que lo esencialmente humano, conmovedor o risueño, fluya a la par de lo innovativo, sin menoscabo para una u otra condición.

Del trasfondo y marco de **Después de la Montaña**, quedan en el lector los extensos yermos panorámicos; en contraste, el ejido Santa Rosa, sito en cumbres y divisaderos donde las nubes transitan y se entreveran con la gente, sigue irradiando imágenes poéticas. Zumba el remolino presuroso de ciudades, “freeways” fronterizos, urbes revestidas de árboles umbrosos, ambientes de fábricas populosas, dinámicas hasta la locura. Sobre las imágenes de éstas y otras dimensiones, flota la anécdota generada por el vivir migratorio en el constante peregrinaje de miles, millones de mexicanos, que al cabo por tantas variadas causas se irían transformando a un carácter distinto.

Desde un plano inmediato, Adelaida, Anselmo, Gregorio, Juan, Santiago, Mercedes, la tía Irene, Feliciano, Tobías y otros, captan la atención del lector. Sus vidas y pláticas conmueven, entretiene. Confluyen paralelamente de manera simultánea, la realidad que confrontan paso a paso, y la otra, residente en un mundo platónico pleno de ensueños vaporosos e inasibles, como las nubes de Santa Rosa.

Para conjurar la desolación y el desamparo, sienten al lado la presencia de sus días y parajes lejanos. La magia de los recuerdos revitaliza sus ánimos resentidos.

Dos personajes misteriosos, apenas citados de paso por la autora, se transparentan desde el trasfondo de la novela e incitan a la curiosidad: el viejo, el déspota ilustre que hace en un puño un cuarto de centuria de la vida de Adelaida. Cuando éste pliega sus alas, ella bate las suyas; se libera airosa para buscar en el futuro, paradójicamente, los restos de una juventud sobrepasada, cautiva ahora de otro ilustre arbitrario: el tiempo. El personaje velado de nubes brillantes, es la hija de Adelaida, la que se educa en Sonora, concediendo más solidez aún a su nobleza y gran talento congénitos.

En el historial literario de Sonora, no hay libro inútil o vacuo. En cada uno el autor plasma una perspectiva acorde a su momento y experiencias. Imprime así una trayectoria que si antes se marcó a intervalos, aislada la concreción de obras en el tiempo y en plano geográfico; hoy por hoy, merced a medios de comunicación de suma eficacia y a un fenómeno demográfico en aumento, coincidente con una feliz madurez intelectual, el arte en todas sus formas emerge y florece.

Diríase también que algo inusitado, muy hermoso y signficante, marca la nota novedosa: la incursión por parte de la mujer, en un mismo o mayor número que el varón, en el campo de las artes, esto con absoluta dignidad y gran talento.

Entre esta constelación de artistas mexicanos desde Sonora, dentro del campo específico de las letras, figura luminoso el nombre de la autora de **Después de la Montaña**: Margarita Oropeza.

Miguel Méndez.

PRIMERA PARTE

I

Al corazón de Adelaida Quintero, en ese preciso momento que enseña el pasaporte al guardia de la caseta, se le podría ver latiendo en sus muñecas, cuello, sienes, si él se fijara un poco más. A ella no le tiembla la mano, a lo mejor porque se la sostienen los fantasmas de tantos mojados con deseos de venganza que miran también por sus ojos, mientras le toma el pelo al guardia, y le dice: aquí voy a San Isidro, a comparar...

Anselmo, manejando con serenidad, mira a su prima Adelaida, luego a su esposa gringa que sólo habla inglés y enfila por el *friwey* que es la carretera cinco, hacia San Diego, una vez que le dijo a su prima que acababa de entrar en el Norte: ves, te dije que era fácil.

Cuando hacían la fila para pasar, cosa que sucedió sin que ella se diera bien cuenta; cuando tantos carros amontonados por la hora pico de la tarde caminaban tan despacito hacia la pasada, Adelaida estaba pensando en sus pies, hinchados por el viaje desde Guadalajara hasta Tijuana. Un camión de segunda, sudores y pesadillas, olores intensos a fruta podrida, niños orinados; el desierto de Altar, que junto con su angustia se extendía y se extendía... todo eso se le amontonaba en la memoria y deseaba que desapareciera. Ella esperaba, entre el humo de los carros, que pasara pronto el latido intenso de sus sienes y la hinchazón de sus pies.

Entonces, cuando conoce el *friwey* y Anselmo, su primo que es policía de los Ángeles, con sus manos tan diestras lleva el carro entre todos los otros, corriendo como almas perseguidas... entonces respira profundamente y deja salir casi todo el miedo. Ocho carriles y el diablo en el alma: nos vamos a matar todos, pero ya no me importa, piensa, mientras observa a la gringa sonriente tomar con tanta calma el corretear inalterable de los automóviles en bola, a setenta millas por hora.

Casi por razones de sangre, por un intenso recuerdo que domina en su mente desde la infancia, el estar metida en el Norte entre los espíritus perseguidos por la prisa, le produce a Adelaida una oleada de satisfacción, un gozo que se le instala en los huesos, en la mirada asombrada y ahora risueña. Lomas pelonas, hierbas quemadas por el sol, espacio abierto y mucho, mucho cemento que recorrer.

Hierba amarilla, a veces verdosa, montañas mullidas de vegetales en su sierra de Jalisco a donde casi llega la brisa del mar... todo se atraviesa entre sus ojos, le hace cerrarlos, dejarse vencer por el deseo por fin satisfecho de venir a vivir al Norte. Que mis pies, que la hinchazón... y en vez de eso los siente helados, metidos en el arroyo que nacía en el manantial montaña arriba, hasta donde la enviaba Herminia, la recién parida, a lavar las mantillas del niño cuando ella tenía ocho años.

Que vayas al arroyo, Adelaida, alísate esas greñas y vete a tortiarle a Herminia, llévale este atole, dile que le sirve para dar leche. Que sí, madre, pero ahora nos iba a preguntar la

maestra Rosa la recitación del gato y yo me la aprendí... Mira esta Emilia, ya te sentaste en tu hermanita, sácate muchacha del carambas, mira cómo llora... y Emilia con las orejas coloradas por los golpes aturdidos que le da su madre, por descuidada.

Adelaida corriendo por las calles empedradas, mucha hierba entre las piedras y la boñiga de vaca, o mierda de puercos, corre Adelaida y no te llenes las patas de tanta mugre que las tienes costrosas. Qué frío hace; luego, ella camina cantaleteando:

Estaba el señor Don Gato,
sentado en su silla de oro,
cuando vio pasar la gata
con sus ojos relumbrantes...

Entonces correr otra vez hasta el arroyo para lavar las mantillas en una piedra laja.

El gato por darle un beso
se cayó de su tejado,
tres costillas se rompió
y un brazo desconchinflado...

A comer zarzamoras para matar el hambre que le troza el estómago, después regresar a darle el atole caliente a Herminia, a barrer, tortiar, cuidar al recién nacido, lavar la loza en el arroyo; diez centavos al fin del día y los pies helados, que le duelen.

Duelen, pero no de frío, si más bien calor es lo que siente y se espabila asustada, y voltea hacia afuera, donde las lomas pelonas ya no están. Siguen los carros volando, ahora son casas y más casas lo que se ve, la carretera va a veces por encima de los árboles.

Anselmo la mira por el retrovisor; te dormiste, Adelaida, le dice, y ella sonrío; entonces se da cuenta de que ellos también están contentos porque ahora van a tener quién les cuide al niño mientras la mamá sale al trabajo. No sabe cuánto le van a pagar, pero seguramente le alcanzará porque no va a gastar en renta ni comida, nomás para guardar y mandar para México, a su hija que estudia... Ady, mira, ya estamos llegando a Los Ángeles.

Pero qué de casas, todas iguales, a ratos el *friwey* se hunde en túneles que luego se vuelven puentes y ahora ya no van tan recio los carros por la carretera que pasa por en medio de las ciudades, qué raro.

Abraza Adelaida su bolsa, junta sus pies, trata de sentirse bien y luego se da cuenta de que le comenzó un nuevo tipo de miedo, distinto del que tenía mientras llegaba a la línea. Ahora de veras está en otro mundo. Esto es el Norte, Adelaida, se dice, y no es el sueño que tenías desde los dieciséis años, ahora es cierto. Aquí a trabajar, aprender inglés, cuidarse de la migra, y el corazón se le aprieta y lo siente chiquito; presiente detrás de esas casas iguales, de los muchísimos anuncios, entre el ruido de los motores, las jornadas brutales que le esperan y la desolación de tener que vivir en una realidad desconocida. Entonces siente un estremecimiento, al mismo tiempo que le dice Anselmo: ya casi estamos en *hom*, Ady.

II

Qué moler de esa mirada azul sobre su nuca. La mayordoma, una gringa gorda y vieja con pelo corto, se para, clavada, detrás de ella; siempre vigilando lo despacio que cose, en medio de esas matraca gigante que es la fábrica de ropa: cientos de máquinas de coser, cientos de mujeres con la vista baja, con los brazos sin reposo como un jardín de plantas submarinas.

Adelaida tiembla cuando la ve. Sabe que no la quiere porque la persigue, parece que piensa durante la noche cómo torturarla al día siguiente. Couses muy despaciou, Ady... ella suda y trata con toda buena fe de darle más rápido a la máquina pero se le va la puntada chueca; sabe coser porque estudió sola; se dedicó muchos años, antes de enviudar, a confeccionar vestidos que le pagaban mal, pero ayudaban a sostener la casa. Conoce el oficio, es la velocidad la que debe aumentar. Primero estaba en el departamento de camisas y no pudo rendir el mínimo de prendas por hora. La mandaron al departamento de pantalones en vez de correrla, porque es un poco más fácil. Pero esta gorda la sigue para hacerla sufrir.

Duro el cuello; los ojos arenosos al final de la jornada. Los pelos de punta por el corre del trabajo, por el agotamiento, el horrible agotamiento de tener siempre la vista fija en la puntada, los brazos doloridos de levantar y acomodar piezas de tela; pega bolsas, hace dobladillos... y no poder ni platicar, ni voltear para los lados, que para eso tiene su *breik* de diez minutos a las nueve y media de la mañana.

Anselmo le consiguió el trabajo y más por él que por nadie, Adelaida se aguanta. Pero qué le digo al pobre cuando me corran; porque esta vieja va a conseguir que me boten. No me quiere porque a su viejo se le van los ojos detrás de mí, diablo de pellejo con patas. Pero no puedo, Dios mío, no puedo dar más...

Hacer fila para tomar el *bus* en la esquina, frente a la fábrica, es algo así como la tortura final, porque la matraca gigante se calla, desaparece; pero sigue el inglés apericado, gritón, salpicado de españolazos que la desespera porque se pierde en una intermitencia de imágenes en su mente que al fin de cuentas no le dice nada. Se siente peor que cuando le hablan en inglés; por lo menos no recibe ningún golpe de memoria en la cabeza. Se sienta junto a una muchacha callada, su vecina de máquina, a quien ve seguido con los ojos enrojecidos, como si acabara de llorar. Adelaida sabe que es mexicana, pero no habla. Ya ha tratado de platicar con ella: no se le pueden sacar las palabras; en un silencio testarudo, van las dos, entre los gritos que van disminuyendo poco a poco, conforme desaparece la gente. Luego ella decide bajar unas cuerdas antes de su parada. Necesita pensar.

Camina despacio y a trancos largos. Qué ganas de irme de esta ciudad que no se acaba nunca. Los trancos largos la sumen en un caminar por la calle empedrada, por el pueblo untado en la sierra verde; siguiendo a su hermano Juan, el mayor, enfurruñado, mudo, con los ojos de búho muy abiertos. Ella siguiéndolo porque iba para la escuela, los dos todavía

sintiendo los gritos de su padre y el tío Teodoro retemblando en la cocina: agarra la tierra, Feliciano; no la friegues... el que agarra lo que no es suyo, es un ladrón... pero padre, dijo Juan, es un decreto, nadie le puede reclamar, hágalo por mi madre y los muchachos... tú cállate, muchacho cabrón, nomás andas ahí de alborotado con la gente...

Santiago, el hermano que le seguía a Juan, iba con él; los dos eran ya casi hombres, se revolcaba dentro de ellos la desesperación de salir de ese pueblo donde se caminaba entre las nubes todas las mañanas, con aquel frío, en la punta del mundo, habiendo tanto valle allí abajito, en Santa Rosa, donde estaba la hacienda que repartieron, donde había también tantas flores, tantas cañas y aguacates para comer de gorra. Adelaida de pies costrosos, de cara blanca y bonita; de ojos poblados por pestañas chinas y negrísimas; pelo rizado, regordeta; Adelaida que caminaba detrás con su cuaderno de papel cocido y su lápiz, alcanzó la mano de Juan, que estiró para jalarla y protegerla; sintió que su hermano le apretó la mano y se le notaba el dolor de verla tan mugrosa y desvalida porque se le llenaron los ojos de agua y luego las lágrimas le corrieron, llenas del coraje acumulado en su memoria de siglos, por trabajar siempre para el que tiene más.

Juan quería tierra. O quién sabe si sería eso. Sentía hambre y mucha fuerza que se le desperdiciaba en la mina de oro que los gringos manejaban, donde les pagaban un peso diario; como para que no tuvieran hambre, nomás. Ahora ni eso: ya los gringos no querían estar allí, que la guerra, que quién sabe qué... y con la mina parada bien se podían morir todos. Su madre con un niño cada año, con los pechos secos... Juan quería salir del atolladero de trabajar como mulo sin nada para el futuro.

Adelaida levanta entonces la cabeza; iba sumida en mirar la banqueta. Mira a los lados, cruza la calle; otra vez comprende que está en el Norte; que eso es lo que ella quería, pero está muy asustada. Se siente muy mal nadando entre objetos bonitos, gente güera y calles pavimentadas; entre mexicanos que no hablan para que se les entienda, sino para acompañarse en esa isla que es su lengua a medias, en ese mundo de cosas ajenas que los rodea. Ella recuerda a su primo, y por encima de su agradecimiento decide marcharse de Los Ángeles a como dé lugar. La espalda le duele. Se endereza. Cruza otra calle; unos pasos más y estará dentro de la casa, donde ellos esperan la hora del *diner*. El niño está jugando en la alfombra, la güera se ve cansada, tiene ojeras, está de mal humor. Nunca se lo voy a poder contar, piensa Adelaida; la historia de cuidarle a su niño fue el peor infierno que he vivido en mucho tiempo; no sabe los pleitos de mudos que tuvimos que pasar para podernos llevar bien, esa criatura y yo. Comen en silencio; algo raro flota en el ambiente, como una conciencia de todos de que las cosas deben cambiar. No es coraje, es un sentimiento de fracaso. En los últimos bocados, después de tomar el trago final de un refresco de lata, Adelaida le dice a su primo que quiere irse a Sacramento con la tía Irene. Él, calla. La güera no entiende bien, pero intuye y también calla. Te agradezco mucho... me siento bien en tu casa... el niño y yo estuvimos contentos... la tía Irene me puede recibir mientras busco donde vivir... mi hija necesita que le mande más dinero y aquí la vida es muy cara.

Antes de acostarse, Anselmo le dice: Ady, me da lástima que te vayas, *yu nou*, pero si piensas que es lo mejor para ti... es mejor eso que devolverte a México; qué vas a hacer allá. Lo que se te ofrezca, *yu nou*... mañana, si quieres, le hablo a mi tía.

III

Todavía habla español limpio, de Amatlán; Adelaida ya lo sabía cuando la vio llegar: era la tía Irene, acompañada del tío Teodoro, su esposo; volver a entenderse en forma total con alguien es algo que levanta el ánimo. Él es un hombre de sesenta y pico, alto, fuerte, con voz ronca y un poco tímido; ella, bajita y blanca, de mirada clara y sonrisa constante. Vienen por ella para llevársela; después de todo fueron los que la animaron más a venir al Norte.

Es tan natural ayudarse todos; tan común hacer viaje especial por muchos kilómetros y riesgos hacia el sur, casi a la frontera, incluso hasta Tijuana, muchas veces, para pasar por la línea algún pariente... es lógico que lleguen luego por ella; ¿no era la tía testigo de siempre de sus deseos de venir? ¿No sabía, desde veintitantos años atrás, que Adelaida abandonó su casa para lanzarse hacia la cumbre del mundo, hacia el sueño de todos, cuando era casi niña?

Van otra vez por el *friwey* rumbo a las afueras de la ciudad, en un carro reluciente, nuevecito, igual que el de Anselmo y también con el demonio adentro; pero Adelaida, por los dos meses que vivió en Los Ángeles, ya comienza a darse cuenta de que aprovechar el tiempo es unos de los recuerdos callados más sólidos que tienen los güeros. *Taim is money*, alcanzó a oír algunas veces. No le dio tiempo a la mayordoma gorda de correrla, pero aprendió la lección a fuerza de dolor de espalda y ojos llorosos por la tarde: *taim is money*.

La tía Irene habla a gritos y cuenta chistes de otro tiempo. Tiene treinta años en el Norte y no sabe inglés. Nunca lo ha necesitado, porque Teodoro sí lo habla; con eso es suficiente. Ella trabaja en la canería los veranos, donde los duraznos y los tomates que se dan a montones en California son procesados por manos de mujeres, seleccionando, lavando, cortando... Ella trabaja entre muchas mexicanas; no necesita hablar inglés.

Todo el camino platican y llegan a Sacramento limpio, pequeño: el centro se ve desde donde ya comienzan a surgir las casas de los barrios; el río que lo traspasa es ancho y abundante en árboles, agua, hermosura; pasan un puente y desde ahí se ve la cúpula... mira, es el Capitolio, ahí trabaja el Gobernador, le informa el tío.

La casa, tan limpia que parece que nadie vive allí, sino las alfombras y los adornos de porcelana, le provocan a Adelaida un extraño estado de alerta. Estado que le sigue a diario, porque los jabones, lociones, latas, saleros, floreros, el silencio, los sonidos tenues de la cocina, todo está colocado en el lugar preciso, en el orden más perfecto. Ella sabe que eso no es natural. Todo el día la calma, todo el día la televisión a medio volumen; sólo suena el teléfono a veces; los carros no pasan por la calle, no hay niños, no hay voces. El ruido comienza por la tarde, a partir de las cuatro y media; la gente regresa, hay cierto rumor de motores, algunos gritos y risas. El barrio es de negros y eso no le gusta a la tía Irene. Son gente de bien; no hacen escándalo, salvo los viernes y sábados por la noche, cuando pasan

echando compases brutales con su música desde las bocinas de sus automóviles. El ruido, entre semana, dura un rato por las tardes y a poco, se apaga de nuevo.

Es vivir en el centro de la tranquilidad, en ojos abiertos por la noche, cuando cualquier crujido de la madera parece un terremoto; donde las ventanas de la casa no tienen reja, sólo un vidrio por donde entra la luz, entorpecida por la sombra que produce el follaje de los árboles. Sacramento es la ciudad de los árboles gigantes, que forman filas sobre las banquetas, túneles de sombra, y no dejan entrar el sol hasta la piel; sobre todo en este tiempo, cuando ya el otoño se asoma en el viento, que a veces en remolino le arranca murmullos a las hojas desteñidas, entrando en letargo. De noche, mientras oye esos cantos de los árboles, con sus ojos abiertos, Adelaida con frecuencia recuerda los coros de los pinos en las montañas verdes de Jalisco y esta noche, después de diez días de espera para conseguir un empleo prometido, ella concibe las cuatro de la mañana exactamente igual que aquella tarde, cuando su hermano Juan la llevó en las ancas de su caballo a que conociera el valle de la hacienda de Santa Rosa. Se apretó a la cintura del jinete con fuerza, porque el lugar cálido y abierto le produjo un regocijo en la garganta y el estómago. Supo que con un espacio tan amplio para jugar y correr, sentiría menos el hambre y el frío. Juan Quintero sintió la emoción de la niña junto a su espalda: aquí vamos a estar, Adelaida, hasta que mi padre y madre se decidan y se vengán. Mercedes ya está aquí, la dejé lavando en el arroyo.

Buscar otro lugar para vivir fue entonces lucha de sentimientos; su padre que no quería ofender a nadie; su madre que sólo lloraba, y abrazaba a su recién nacida; Santiago que echaba madres a cada rato; Juan y Mercedes, los mayores, convencidos, dispuestos a todo.

Adelaida siente, en el murmullo de las hojas, bajo los árboles que imagina del otro lado de la ventana nocturna, la higuera abrazada a un roble, de ramas oscuras y largas debajo de la cual se metieron ellos a vivir mientras podían hacer un jacal; ya iba Juan a media altura de la pared de piedra; ya Santiago echaba malo con los de El Cimarrón, el pueblo donde vivían los peones de la hacienda, que se negaron a traicionar a la dueña, que menos deseaban admitir a los nuevos vecinos y los amenazaban de muerte. Mercedes y Adelaida tortiando, acarreado agua, la niña con el cuerpo en vara, con su ñagual y la cubetita en la cabeza, cargando el peso sin derramar una gota.

Luego, casi cayendo en el sueño, Adelaida recuerda el sol tibio de los mediodías, en aquel verano en que conoció Santa Rosa; ella metiéndose en el río, con el regocijo en el alma de sentir el montón de luz bañándole la cara; naturaleza suya, naturaleza ella misma, chapoteaba entre las piedras y el ruido ahora del agua, ahora de las hojas en los árboles; luego tomaba camino de regreso con prisa, derechita, ni una gota menos para Mercedes y los muchachos, que llegaban sedientos, y luego veía los gusanos verdes, gigantes, de ojos rojos, en la hierba: levantaban la cabeza para verla pasar en absoluto terror.

Pesadillas de noche, amanecer de silencio.

La tía Irene le dice, en cuanto se levanta, que le habló la tía Carmen muy temprano, para decirle que necesitan dobladoras de sábanas en la lavandería; que allí también hay

remendadoras y le conviene ir a ofrecerse, ella que sabe coser; que le dijeron a Sonny, el mayordomo, que la espera a las diez de la mañana.

IV

Adelaida llega y siente el temor de que, de nuevo, ese lugar no sea para quedarse. Es un negocio donde rentan trapos para hospitales y restaurantes; que les dan servicio de limpieza, y los desinfectan cuando se necesita; que también hay que arreglarlos cuando se hacen viejos o se rompen; eso le dijo la tía. Ella alcanza a ver, al fondo de ese galerón de madera que es la lavandería, un espacio con máquinas muy parecidas a las que había en Los Ángeles: grandes, escandalosas.

Sonny, el mayordomo, la siente fuerte y decidida, habla tres o cuatro cosas con la tía Carmen y le dice que Adelaida puede empezar en ese momento.

La tía ha tomado su *breik* y mientras se sirven café le explica cosas; tanto ruido, les resulta familiar a todos. Hay mucha gente trabajando, un atascadero de máquinas de todas formas y carritos de jalar llenos de ropa sucia, de ropa limpia; lavadoras gigantes que sueltan vapor y son grandes y zumbonas, como locomotoras. Gente moviéndose, sin hablar, casi sin voltear a verse; sólo se sonríen de vez en cuando. Adelaida trata de controlar el temblor de piernas cuando el Sonny le dice algo que ella no entiende; la tía le contesta al Sonny: es un güerito flaco y joven, guapo, bigotón y con mirada de bueno. *Ou*, dice él; la tía voltea a verla: que te enseñe cómo se hace, dice... no me preguntó por tus papeles; ellos ya saben, no tengas miedo.

A lo ancho se doblan; tú de aquel lado, yo de éste. Luego a lo largo; luego otra vez a lo ancho. Una vez te quedas tú, y otra vez yo con la sábana para terminar de doblarla y acomodarla en el montón. Alísalas así, para que se planchen solas. El zumbido cabalgante de las máquinas lavadoras, el vapor que sale y se mete entre los pies, el cabello en la cara porque no sabía que debía traer un paño para amarrarse la cabeza...; todas tienen uniforme, una bata azul encima de la ropa propia, por razones de higiene.

En la media hora del *lonch*, con ardor en los brazos y punzadas en los talones, Adelaida se sienta aparte, con ganas de llorar porque todos hablan inglés y porque está más cansada por el susto que por el esfuerzo de cargar las sábanas. La tía Carmen se fue al baño, a no sabe dónde... tiene hambre, tiene frío, el inglés gritado, las carcajadas de algunos; la burbuja de cristal que se inventa porque no soporta más el escándalo, porque tantas noches y días de silencio y espera la estaban volviendo loca, pero los prefiere a ese reborujo de voces que no le despiertan imágenes ni reflejos, ni estímulo alguno. En este momento desea estar con alguien a quien contarle todo lo que siente.

La tía viene con un *hat dog*, lo consiguió en alguna parte para ella y cuando la ve llegar, cuando mira sus ojos risueños y tan poblados de pestañas recuerda, sin poderlo evitar, los de su madre; después de todo son hermanas y también la tía Irene los tiene así... y el nudo en la garganta se le hace insoportable y a punto del llanto se da cuenta de que a sus cuarenta y dos años no puede portarse como chiquita... además la voz de su tía hablando en inglés la saca de su momento de desamparo; la vuelve al estado de alerta mientras le da mordiscos al pan.

Decide observarlo, porque después de todo serán sus compañeros de trabajo. Hay muchas que no son gringas; la mayoría. Quienes doblan y planchan la ropa limpia y la remiendan, son mujeres. Quienes cargan todo lo pesado, son hombres. Ha alcanzado a ver, durante la jornada, algunos muchachos empujando carritos con bultos de ropa envueltos en plástico: “contaminated”, decía; ellos llevan guantes y gasas que tapaban sus bocas. Ahora están allí, comiendo con todos, mientras una negra grande y fuerte, cuarentona y de caderas duras, platica a carcajadas con el Sonny. Él le mira los senos cada vez que puede; ella habla a los gritos con otros, a través del comedor. Algunas parecen chinas, pero la tía le dice que son filipinas. Los chinos no trabajan en estos lugares; ellos tienen negocios, dice la tía. Dos son italianas, gorditas, blancas, bajitas.

Una de ellas se parece a Mercedes, su hermana mayor; está callada, como era Mercedes en los días aquellos en que lloraba mucho mientras tortiaba, cuando Adelaida desayunaba unas gordas y un jarro de café, con los pies calientitos frente a las brasas, en el nitztenco. Eran las mañanas de frío, poco antes de irse a vivir todos a Santa Rosa; ella comía despacio, sin ganas de salir rumbo a la escuela, por las nubes puestas en la calle, allá arriba, en la montaña más hermosa del mundo y la más verde y la más llena de ruidos hermosos y naturales. El agua cristalina en el arroyo para lavar las mantillas; el gruñido de los puercos caminando por la calle, arriados por sus dueños; el mugido de las vacas y el canto de los pájaros... y Mercedes llorando, a sube y baja el metate con los brazos gorditos y blancos.

A lo mejor se enfada de nomás trabajar y ya no ir a la escuela... aprender recitaciones y bailar el jarabe es más bonito que estar nomás del río a la casa y de la casa al río.

Mercedes que, sola, sin que nadie lo supiera, iba cada rato al monte a ver si ya le había bajado la regla. Y nada. Mercedes que, sola, esperaba todas las tardes, junto al arroyo y lavando la loza, a Ricardo, el hijo bastardo del gringo Macallister; un moreno de ojos azules que la había convencido de tenderse en la hierba una tarde, lastimándola tanto que no pudo caminar bien en muchos días. Luego la buscaba a diario y a ella le dolía mucho y no podría decirle que no porque era capaz de pegarle... pero tenía muchos días que Ricardo no llegaba, y después de esperar casi tres semanas, apareció y estuvo sonriente; después se puso serio cuando ella le dijo: creo que estoy de encargo.

El chisme llegó a Feliciano, su padre; lloró de rabia mientras Amparo le decía cosas para calmarlo. Luego él quiso hablar con el bastardo...

Mercedes temblando entre las sábanas, llorando antes de dormir; llorando su madre, llorando la noche y el viento, las nubes y la luna escondida, avergonzada. Mercedes muerta de miedo porque no sabía por quién asustarse más, si por su padre o por Ricardo, que le había

dicho: cuando tu padre te pregunte si eras señorita antes de estar conmigo, le dices que no, ¿entiendes?

Y Adelaida se estremece; deja de ver a la italiana gordita y blanca, porque se le revuelve el estómago con el *hat dog* y el té sin azúcar que le trajo la tía. Baja la cabeza, no puede evitar las lágrimas y los gritos en inglés le recuerdan las palabras y palabras que a ratitos entendía y a ratitos no, que venían de la cocina y eran de su padre, Mercedes y su madre; y luego él gritó y le preguntó si era cierto que no era señorita antes de Ricardo y ella le dijo: sí, es cierto...

Se clava las uñas en las palmas para no hacer más el ridículo, porque algunas le preguntan: *¿ar yu ol rait?* Y a ella le da coraje. Viejas babosas, qué les importa, alambres como yo, viejas pendejas. Y se seca las lágrimas y endurece la voz y le pregunta a la tía si todas son emigradas; la tía le dice que no sabe, pero que hablan inglés tan mal que casi de seguro acaban de llegar a Estados Unidos. Eso no le hace, dice la tía, a los dueños no les importa, nomás que trabajen. Y Adelaida se tranquiliza, siente dolor de estómago y antes de volver al trabajo, después del zumbido de la chicharra, le pregunta a la tía Carmen dónde puede tomar clases de inglés.

V

Adelaida da trancos por la calle. Lleva zapatos bajos y cerrados, calcetas, medias, pantalón, suéter, un abrigo peludo y grueso y aun así, no se le quita todo el frío. Las calles están cinceladas en hielo; las casas, la vía del tren que tiene que atravesar para llegar a la lavandería, están cristalinas.

Diciembre; ella se encomienda a Dios porque cómo es posible que haga tanto frío. Cómo sentirlo y seguir viva, ella que es un pollo y con un soplo, tiembla. Se concentra mucho en caminar porque no siente los pies; el aire es tan ligero que ofende, pues no se deja respirar. Cuando llega a la puerta del galerón de madera, están ponchando sus tarjetas los últimos de la fila; el reloj pasa diez segundos de las ocho en el momento de meter la suya y eso la pone nerviosa... *leit, leit* otra vez, chihuahua.

Ady, le grita Mitsy, *com on, yu ar leit*. La tía Carmen: qué pues, muchacha, vente, hay que comenzar.

Adelaida está distraída, porque mientras pasaba junto a los camiones, donde se juntan los choferes antes de empezar la entrega, se dio cuenta otra vez de que Tobías la espiaba. La mira mucho; ella, entre molesta y gustosa, no sabe qué hacer. Cómo será eso aquí, piensa, y se acuerda con desagrado de los viejos que le habían echado el ojo antes de quedarse viuda, en México. La mirada de Tobías es tranquila, sonriente. La de aquellos era escondida, oscura, agresiva.

Cuando uno le gusta a un hombre... se nota luego; uno es mujer y eso se sabe. Este señor debe ser casado, tiene como cuarenta años... ¿por qué es tan descarado? No se esconde, qué raro.

Se mira las manos, ya con arrugas. Se ha visto la cara en el espejo y ha comprendido que el tiempo ha sido perverso con ella. Tiene unas rayas verticales entre los ojos; otras horizontales más arriba. Tiene marcas junto a la boca. Sus ojos siguen siendo hermosos, pero jamás como a los treinta o a los veinte. Dejó de importarle hace mucho, el verse la piel cambiando de textura.

Fueron años angustiosos, cuando tuvo que aceptar que la vida se le había ido, en su bocanada más vigorosa, al lado de aquel hombre viejo que fue su marido tantos años. No quiere acordarse. Ahora piensa en Tobías... pero qué cínico.

Por supuesto, está ahora en la sección de remiendos; en cuanto se dieron cuenta que sabía coser y se fue una de las costureras, la pasaron para allá y comenzaron a pagarle un poco más. Es remendar delantales, asunto muy fácil. O fundas, sábanas, uniformes de meseros, de lavatrastos, de cocineros; gorros de todos tipos: de enfermera, kepís, de chef de cocina,

boinitas... trapos blancos en su mayor parte, aunque también los hay azules, rojos, verdes, a rayas, negros. Conoce todos los vericuetos de la costura; ¿cómo no va a saber el negocio? Están muy contentos con ella los mayordomos. Esperan, se ha dado cuenta, que no se les vaya, porque pocas aguantan la friega, o no saben coser así: sin parar, encarrerada, sin mirar ni a los lados, sin levantar la vista, sin quejarse; y además hacerlo bien.

Empieza a trabajar, se acomoda el cabello, ese mismo que ahora ya tiene canas, pero que cuando tenía catorce años era un alboroto de rizos castaños. Chino en la frente, nunca le crecía a lo largo; nomás se amontonaba. Estiró la pierna, porque se le fue lejos el pedal de la máquina; se inclina, lo busca y lo jala con esos pies que alguna vez causaron la risa de sus amigas del ejido, cuando ya había en él casas, jardines, muchas parcelas sembradas de maíz; los odios estaban muertos y sepultados. Cabeza de escobetilla, le decían: patas de sapo... Y tenía las piernas blancas, torneadas, hermosas; pero ella no lo sabía. Su pelo habría parecido de sirena, si hubiera podido peinárselo; pero se le entrancaba el peine a medio de camino; su madre mejor se lo cortaba a los hombros. Tenía unos hermosos senos, grandes, redondos; pero ella los escondía porque a las otras, de pechos planos, las mordía la envidia y se burlaban, la atontaban con tanto reírse de su cuerpo.

Se bañaban todas en el río y Adelaida se metía con las camisas sucias de Santiago mientras las otras se quedaban en refajo y lucían su carne morena. Ella era blanca, como sus hermanas Mercedes, Josefa, y su hermanito Tomás. Un día, lo recuerda muy bien, pasaron a caballo, cabizbajos, Gregorio y sus amigos. Callados, muy discretos, como era siempre que tenían que atravesar la corriente cuidando bestias o porque iban a mandado pueblo arriba, donde las nubes andaban por la calle. Tuvo un momento de debilidad y rompiendo las reglas, volteó para saber quiénes eran; se encontró con el susto de los ojos azules de Gregorio, a quién se le deshizo la sonrisa, mientras daba la espalda, enrojeciéndose.

Le ganó la risa; se da cuenta de que se ríe sola porque pasa el Sonny y también se ríe. Mira alrededor; Tobías no está, debe andar ya repartiendo los pedidos. Se acomoda el delantal que remienda; pisa el pedal de la máquina y la puntada se va exactamente por donde ella se lo ordena.

VI

¿Du yu hav eny sisters? No, ai dont.

Se pasa la clase con la boca seca y todo su valor puesto en la lengua y los dientes.

¿Ar yu japy in yur work? Yes, ai em japy.

La Mitsy, que no parecía ser sino una negra ruidosa y ya, la sorprendió un día con el consejo de ir a una escuela de las muchas donde enseñan inglés gratis a los extranjeros, que está cerca de la lavandería. *Yu go*, le dijo, *com on, go der, is gud for yu, Ady*. Ella le dio las gracias y le pidió a la tía Carmen que la acompañara a inscribirse cuando se abrió un nuevo curso.

Termina con la espalda rota, sin ganas de caminar hasta la casa, cuando, después de ocho horas de trabajo y otras dos de lucha dándole a su mente órdenes extrañas, la maestra les dice: *si yu tumorrou*.

Después de la primera semana, Leo, otro de los mayordomos, la miró sorprendido un día, después de ordenarle que remendara dos docenas más de fundas y ella, afiebrada por la gripe, con los brazos doloridos y cinco minutos antes de que sonara la chicharra para salir, le dijo: *No mor... no overtaim, aim taier*. Y siguió cosiendo, para terminar de remendar el último trapo. Leo se molestó, le dijo a Sonny todo, según observó; después platicaron un poco más. Ella los miró de reojo; se separaron y el Sonny pasó frente al departamento de costura riéndose solo.

Adelaida sabe, desde que la cambiaron a coser, que es la mejor. No hay muchas, es cierto; pero tampoco llegan cada rato a pedir trabajo mujeres que sepan bien el oficio. Las que saben están en México, piensa ella; cobrando menos pero en México...

Las clases de inglés son de lunes a jueves, y ya van dos viernes que Tobías la espera a la salida. Han platicado de lo único que tienen en común: el trabajo.

Este tercer viernes, después de esperar diez minutos el *bus*, en la temperatura fría pero tolerable que ya anuncia la primavera, lo ve llegar y pararse, en silencio, junto a ella. Suben juntos, se sientan juntos, y entre la conversación, ella por fin se anima a preguntarle si es casado. Divorciado, le dice, tuve una hija, me casé... y vino toda la historia: de pasado con dinero, de casas en Nayarit, de tienda de ferretería dejada al sobrino en Tepic y las ganas de correr mundo que ahora lo traen cada año a Sacramento, cuando antes lo llevaron a Oregon y Colorado. Que trabaja en construcción, en mecánica, de chofer, lo que puede.

Hace muchas semanas que Adelaida aceptó que Tobías le gusta; a pesar de que le notó un día que no mueve igual los dos brazos. Con el izquierdo es menos hábil; también sonrío raro: hacia un lado más que hacia el otro. No es feo a pesar de todo eso, no para ella. Tobías la asedia de una manera abierta; sin sobresaltos. Se siente muy rara. Un día que le platicó a la tía Carmen, ella le dijo simplemente: a lo mejor te conviene; ¿por qué no lo aceptas? Esperaba que Carmen se escandalizara; en realidad le contó las cosas porque ya no aguantaba, necesitaba hablarlo. Cuando la vio tan seria, Carmen le dijo: aquí nadie te va a criticar o regañar si tienes novio.

Se despide de Tobías, se separan; ella baja del *bus* y él se va de paso. La casa de la tía Irene ya no es un lugar tan agradable para vivir; no ha habido conflictos, pero no tiene espacio que sea suyo totalmente. Ni la recámara que le dieron para ella sola, porque es la de la única hija de los tíos, y tiene recuerdos de cuando era soltera. La tía es obsesiva con la limpieza. Aspira todos los días las alfombras de colores claros que inundan la casa. Pisar sin hacer ruido es desesperante; no poder tener sus cosas tan exactamente en su lugar, como a la tía le gusta, es una mortificación; esperarse a comer cuando la tía quiera y pueda, porque a veces amanece con dolencias que no la dejan trabajar...

Llega a recostarse, porque la casa está sola y en la cocina todavía no hay nada. Ella no puede ponerse a cocinar; a la tía no le gusta. Salieron de compras, quién sabe; el silencio zumba en los oídos. Adelaida cierra sus ojos tan cansados, tan enrojecidos... se da cuenta que algo le pasa en ellos y está preocupada: se le secan, le arden al final de la jornada; tendrá que ver un médico y eso cuesta mucho. Se pone gotas para aliviar la irritación; se estaciona en un duermevela tranquilo.

Empieza a murmurar el follaje de los robles y eucaliptos de la calle. Anuncio de primavera también es viento, la primavera probablemente traiga flores y color a esta ciudad de cemento y jardines inmaculados. Recuerda a Tobías y lo imagina... también se acuerda de otros amores, suyos y de sus hermanas: de Gregorio, de Jesús, el marido de su hermana Felícitas; de Ricardo, el bastardo que abandonó a Mercedes y sólo volvió a verla una vez, a escondidas, para conocer a su hija rubia, que había nacido con los ojos oscuros de su madre y el color de la piel de su abuelo.

Siente un ligero dolor en el pecho siempre, pero siempre que recuerda a la niña blanca y hermosa que todas las hermanas cargaban para arriba y para abajo cuando Mercedes la enviaba a Santa Rosa. Ella se había quedado pueblo arriba, entre las nubes y las viejas chismosas, cuidando la casa, según esto, encaramada quién sabe dónde, después que sus padres y hermanos se bajaron al valle a construir una casa nueva en alguna loma, a comer duraznos hasta hartarse, y mangos, aguacates, cañas, todo gratis. Tú te quedas, le dijo su padre, puedes trabajar en las casas; no te faltará dónde comer.

Ella, de todos modos, se quiso quedar. Prefirió la soledad y echar novio junto con otras dos amigas que se hizo, después de que todo el mundo supo su deshonra. Un animal de dientes rojos, apremiante, despiadado, se le despertó en el vientre desde que parió a la niña. Le ardían las mejillas por la noche, se revolcaba pensando en Ricardo; tenía lo que ella y todos, en todo el pueblo y los valles, creían una enfermedad prohibida: le gustaban los hombres, le gustaba el sexo.

Adelaida se acuerda también, entre los murmullos de las hojas, ese murmullo que le dice con insistencia que está sola, que necesita que se le acerque alguien que la quiera, se acuerda de que muchas veces, muchas, su padre habló de Mercedes llamándola puta. ¿Será que yo tengo esa enfermedad, también? ¿Será que con tantos años que me he aguantado, en lugar de curarme me puse peor? ¿Cómo se aliviaba Mercedes? ¿Por qué nunca la quiso ningún hombre, si ella quiso a muchos? ¿Será que voy a terminar igual? ¿Y si Tobías luego no me quiere?

A Mercedes pareció no importarle, por mucho tiempo, lo que pensara la gente. Lavaba ajeno en el arroyo todo el día. Sus hermanas que le seguían, Felícitas, Josefa, Vicenta, se turnaban para pasarse días con ella, ayudándola a cuidar a la niña. No les gustaba ir, se aburrían mucho. La niña lloraba de hambre muchas horas; la hartaban de zarzamoras en el monte y luego le daba cursera. Nada más comían una vez al día, frijoles, tortillas y un jarro de café, porque Mercedes no ganaba para más. A veces, no probaban bocado en toda la jornada. Era mucho mejor cuidarla en Santa Rosa. Lloraban mucho para no ir; nunca les hacían caso.

Un día que bajó al valle, Mercedes le dijo a su padre que ya no iba a volver al pueblo; que se iba a Guadalajara. Feliciano se quedó mudo mucho rato; después le dijo: haz lo que quieras, a ti ya no hay nada qué cuidarte.

Dejó a la niña; todos sintieron que era una boca más pero bueno, no comía mucho. Era el juguete de todos, tenía el pelo rubio y rizado, comenzó a sonreír, a engordar poquito; era otro sol dentro de la casa...

Adelaida escuchó la llave entrar a la cerradura y despertó con sobresalto... ¿despertó? Se levantó, muy dolorida, a saludar a los tíos, sentía los ojos hinchados, a lo mejor lloró, no se acuerda. Por el silencio de todos, se da cuenta de que ya no tienen nada qué platicar; se sienta con Pedro a ver la televisión y de pronto se siente bien segura de que necesita rentar un departamento.

VII

Adelaida y Cande se hicieron buenas amigas; son compañeras de trabajo y desde el segundo día de conocerse, Cande la saluda en español y sonríe. Además tienen más o menos la misma edad. Con frecuencia se sientan juntas a la hora del *lonch* y se cuentan sus cosas.

Cande nació en Guerrero; es, como ella misma dice, dejada del marido y ahora mantiene a su madre y cinco hijos, chicos todavía. Todos emigrados, ya sabes, dice también, cuando quiere hacer un chiste. A veces la invita a comer a su casa los viernes; Adelaida lleva cerveza y la toman junto con un novio que Cande tiene viviendo en su casa; un muchacho muy joven a quien se nota de lejos que acaba de llegar de México.

Es jueves, y después de la chicharra de salida, mientras esperan el *bus*, Cande insiste: te quedas a dormir en mi casa, ándale, vamos, mañana no tienes clase; al cabo el Centro Mexicano está muy cerca, ya sabes... podemos irnos solas, no pasa nada. Pero a lo mejor hago mal tercio con ustedes, dice Adelaida. Ese cabrón y yo estamos peleados... sirve que me divierto, ándale...

Nomás por ver a la Sonora Santanera, que están anunciando desde hace un mes, Adelaida decide ir. Tiene dinero para comprarse unos zapatos decentes y un vestido... y Cande le dice no, mira, si quieres vamos ahorita a la segunda, vas a ver qué cosas tan bonitas te encuentras en esa tienda; Cande la convence y además sabe el camino.

Cruzan la calle para tomar un *bus* en sentido opuesto, mientras las dos se carcajean de los berrinches que hizo Jerónimo, el novio de Cande, cuando ella le escondió la cerveza y le dijo que no había comida; y también cuando le cerró la puerta y lo dejó que durmiera en la calle. Encima de arrimado me quiere hacer taruga, hazme el favor...

La tienda dice "Veterans", y huele a limpio, pero no como las de cosas nuevas. Hay tanta ropa y cachivaches, que no saben por dónde comenzar. Docenas de blusas, faldas, pantalones, muchos pasados de moda; todo muy planchado, todo desinfectado con una substancia que deja las manos pegajosas. Hay una sección de vestidos de noche, de ropa interior, abrigos, suéters, zapatos, cortinas, sábanas, muebles, artículos eléctricos...

Mira este, Ady, casi grita Cande, enseñándole un vestido largo y azul, con un volante de tul y lentejuelas en el cuello. Muertas de risa, sacan otro amarillo con una boa blanca de plumas, que debió ser de una artista de cine; luego Adelaida desdibuja la sonrisa, cuando se encuentra uno anaranjado, de tono discreto y sin mangas, nada escandaloso y que disimulará muy bien los kilos de más. Éste, mira qué bonito Cande, está nuevecito. Se lo prueba ahí, en los vestidores sin espejos, encima de casi toda la ropa que trae, más o menos, pero encantada. Sólo cuesta cuatro veinticinco, y unos zapatos Ady, mira qué chulos están estos blancos, de

tacón grueso para que no te duelan los talones. También necesita un saco bonito; todavía hace frío; pero eso no es tan barato.

Anda allí, en el departamento de abrigos, una güera jipiosa, sucia y con un niño greñudo; joven, escandalosa, que no las deja ver a gusto la ropa. Diez noventa y cinco, quince cincuenta, qué caro Cande, mejor préstame tú un saco negro... mira a qué santo te encomiendas, si vieras las garras que tengo... y sueltan otra vez la risa loca, que rebota en todas las paredes de la tienda de segunda, felices de comprarse abrigos tan bonitos con un billete que pueden ganarse doblando sábanas o remendando garras viejas; la güera jipiosa sigue su camino, un viejito las mira fijamente y sonrío con ellas; un negro enorme, joven, gordo, mira las revistas ahí cerca y voltea para darse cuenta de quién goza tanto por poderse comprar unos aretes con quince centavos, o unos pantalones de terlenka por treinta y cinco, nomás porque tienen tantito zafada la pretina.

Adelaida sale con el saco negro puesto, un peluche impresionante que tiene un cuello muy especial, se puede hacer de tortuga o extenderse; lleva una bolsa llena de cosas, hasta unos zapatos negros, con brillitos en las puntas y tacones no muy altos.

La orquesta se oye hasta la esquina por donde ellas van caminando, sacando chistes de lo guapas que se ven; mientras Adelaida piensa sinceramente que el espejo no le devolvió ninguna imagen repulsiva, sino al contrario, porque aunque tiene marcada la edad, una chispa de alegría que le sale por la mirada, le pone encima los años de la juventud y le tira a la basura los amargos, los perdidos en el pueblo de la frontera, en la cárcel tan cómoda que le inventó su marido. Perdió la costumbre de andar con tacones y se cansa; pero la emoción de ir a un baile... un baile... no lo hacía desde que era niña, y menos en plan de soltera, menos en el Norte, donde no sabe qué va a pasar cuando entre al salón, qué se va a encontrar.

Cuando pagan sus entradas y caminan por el pasillo hacia la pista, Adelaida apresura el corazón, ella le ordena que se aloque, porque no todos los días se vuelven a tener dieciséis años y esperar galán, después de haber vivido una vida entera, cerrado la puerta y empezado otra. Porque el vestido de la Cenicienta debió haber sido color naranja y sus zapatos, negros con brillitos; porque la sangre le circula tan fuerte que sus mejillas enrojecen. Cuando ve la bola que gira, y cubierta de espejitos que pinta sombras atigradas en las paredes, cuando escucha a todo oído el bolero que la hermosísima Sonora Santanera está tocando, ella sabe que para sentir esta libertad y esta alegría, ha tenido que volver a nacer.

Camina por la orilla de la pista, cuando termina el bolero y comienza la firma de final de tanda. Los bailarines se dispersan poco a poco, un camino se abre ante ellas; al fondo de la valla, los músicos todavía se ven colocados en su lugar, entre el relampagueo de sus instrumentos, todos con saco azul claro, corbata roja y pantalón blanco, elegantes y seguros de su estampa.

Cande toma su mano y la jala, porque se quedó bobeando, y luego, algunos pasos más adelante, empieza a tocarla, en toda la piel, un viento de alivio, de conciencia involuntaria que la obliga a prestar aún más atención al mundo: está sumergida en un montón de voces que hablan español. Todo se ordena en su interior; las juntas doloridas de sus huesos, la velocidad alterada de su sangre, el estado de alerta permanente y agotador, todo lo que ella

ha sido desde que cruzó la frontera, encuentra un espacio de tregua y vuelve a saber lo que es la tranquilidad del espíritu. El universo está en su sitio. Todo ocurre en unos segundos. Los seres humanos que la rodean, no son fantasmas angustiosos que viven en extrañas dimensiones; los objetos son los objetos; sienten un nudo en la garganta y luego la mano de Cande que la jala: vente, Ady, allá hay unos lugares...

Cuando empieza a tocar el otro conjunto, que es de música norteña, ya ha visto tres o cuatro galanes de su rodada que le tienen el ojo encima. No hay tiempo de sentirse asustada por eso; al contrario, le da gusto y más cuando a unos metros, en la penumbra y a pesar de las sombras atigradas, distingue a Tobías que se acerca despacio, muy serio; la saluda, platica tonterías, se sienta con ellas. Ellas toman cerveza, él invita a bailar a Adelaida, que deja la botella en el suelo y no sabe si es un vals esa pieza romántica en donde el acordeón suelta frases que mueven sus pies hasta ponerse frente a los de él y luego se mueven; bailan serios, a distancia, pero luego él la abraza más y ella decide imaginar un funeral mediocre, donde entierra sus años de mujer madura y el sufrimiento de la abstinencia por la enfermedad que todos creían prohibida; donde en una ofrenda de flores mustias, cada una es un año de su juventud en el encierro.

Decide que es un vals; ella tiene dieciséis años y es su primer baile con un hombre que le gusta.

VIII

Sentía cosquillas en el estómago y el vientre cuando lo veía; pero no entendía bien qué era eso. Adelaida sabía que los novios se besaban y otras cosas; Gregorio nunca había tratado de besarla, a pesar de que platicaban algunas veces, solos, mientras ella lavaba la loza en el río. Él, parado junto a ella, hablaba con su voz gruesa y fuerte, que a veces parecía no encajar con la mirada azul y sonriente que a ella le gustaba tanto.

Era hijo de Pío y Beatriz, parientes de Feliciano y también de Amparo; resultaban primos por los cuatro costados y ese fue buen pretexto para frecuentarla desde siempre. Adelaida, con quince años, alta y bonita, resignada, según ella, a sus piernas gordas y su pelo rizado de escobetilla como le decían las envidiosas, veía con felicidad cómo le gustaba a Gregorio y cómo la seguía cada vez que era posible. A ella también le gustaba mucho. Eran parecidos: blancos, con cabello claro, sonrientes, tímidos, vírgenes, enamorados por primera vez. Jugeteaban cuando andaban en bola; se empujaban o se echaban agua al pasar por el río, hacia El Cimarrón, las veces que la dejaban ir a la Jamaica los domingos con sus hermanas mayores, Felicitas, Josefa y Vicenta.

¿Y no te ha hablado? Le decían todas, cuando querían saber si ya eran novios. No, decía ella; mintiendo, para que no comenzaran a querérselo quitar. Y cuando te hable, ¿le vas a decir que sí? No sé... no estoy segura. No te hagas taruga, bien que te gusta.

Poco a poco fueron sabiéndolo todos: Juan y Santiago los vieron, un día que regresaron temprano de buscar las bestias y ella todavía no terminaba de lavar la loza. Los sombreros de los dos, inclinados, no se levantaron al pasar, mientras chapoteaban entre las piedras y el agua los cascos de los caballos. Ella empezó a temblar y Gregorio bajó la vista, atemorizado. Cuando llegó a la casa, sus hermanos no le habían dicho nada a su padre; eso fue una señal de aprobación. Después, Santiago la jaló de un brazo y en un rincón de la pieza le dijo que mucho cuidado con ese cabrón, no vayas a hacer pendejadas, como Mercedes. Juan la aconsejó una noche, diciéndole con buenos modos que le contara las cosas a su madre, para que no se anduviera escondiendo.

Luego lo supo Felicitas y las dos se secreteaban en la noche, de lo que Gregorio le dijo, de lo que Jesús, el novio de Felicitas, había hecho para convencerla de que se fuera con él. Que la jalaba para donde el monte estaba solo; que le acariciaba las piernas y cada vez ella lo dejaba hacer más. Adelaida sentía feo que su hermana le contara cosas así; Felicitas era muchos años mayor, sentía esos asuntos de otro modo.

Una noche, Felicitas se acostó en su rincón de la cama, pero no amaneció. Juan y Amparo anduvieron con los ojos hinchados y rojos casi toda la mañana; Santiago apaleaba las bestias con toda su alma, hasta que hizo relinchar de coraje al macho negro, antes de irse para la labor. Feliciano estuvo callado, sentado en el pasillo tomando café, sin ánimos de ir a la

labranza ni de buscar a su hija. Todos sabían lo que había pasado; todos sabían que tarde o temprano iba a pasar porque Jesús era un hombre más de diez años mayor que Felicitas. Ese lagartón no me gusta, había dicho Feliciano a Amparo, con frecuencia, durante la cena.

Días después supieron que estaba en La Yerbabuena, un pueblo más abajo, en el valle más grande del altiplano. Vivían en casa de la madrina de Jesús. Se iban a casar, según dijeron. No era consuelo; la vergüenza ya la habían pasado; Santiago se peleó, sacando navaja, en una borrachera en El Cimarrón, por culpa de las burlas. Ya sabemos que tus hermanas se van juidas –le dijo uno de sus amigos-, sirve de algo, cabrón, cuídalas porque no respondo. Estuvo a punto de matar al hocicón; lo llevaron a la casa casi a rastras, con un navajazo en el brazo que le sangraba sin parar; se echó a llorar de rabia, cuando sus amigos se fueron. Todos se asustaron; Feliciano le plantó dos bofetones porque también a él se le quiso parapetar, gritando y echándole la culpa a todos de que sus hermana fueran putas.

Una semana pasó Santiago tristeando; lloraba mientras les gritaba a los bueyes: hijos de la chingada, decía, nomás se hacen pendejos pero no trabajan. Golpeaba con los puños cerrados las piedras de la cerca que dividía su parcela de la de Juan; un día hizo un liacho con sus trapos, le dijo a sus padres que se iba a Guadalajara a buscar a Mercedes, para ver cómo andaba. Salió del valle de Santa Rosa con la decisión secreta de nunca volver a tomar un arado, de no regresar al ejido.

La niña de Mercedes, Engracia, tenía apenas cuatro años. Emilia, Tomasito y Miguel, los hermanos más chicos de Adelaida, no sabían atenderse solos todavía. Menos aún la más chiquita de todos, Cirenía, a quién Adelaida debía llevar a todas partes pues Amparo no tenía tiempo de cuidarla. Sin Felicitas, la casa, construida a la mitad del cerro y desde donde se podía ver el río, esos dos cuartos de paredes anchas y techo de teja por donde se colaba el aire en el invierno, se volvieron un lugar lleno de aire negro, que asfixiaba. Siempre había llanto de niños; Josefa y Vicenta la mandaba para todo. Muchacha, ya se acabó el agua, luego qué esperas para traer unos viajes; no tengo ni con qué lavarme las manos; era cantaleta de todas las mañanas. Adelaida preparaba su ñagual con paciencia, se alisaba el pelo, se miraba en el espejo para no verse tan fea, por si Gregorio... y de pronto sentía las manos de su madre y el jalón de greñas, punzante, espantoso; después los gritos: luego qué piensas, no ves que necesito pronto el agua...

La noche llegaba, con ella el dolor de espalda y los ojos enrojecidos de llorar a escondidas. Adelaida pensaba, entre las mantas hechas de retazos de colores, en los días de aprender recitaciones; y entonces el cuerpo, los cabellos, la vida entera se le llenaba de nostalgia. Cantar y aprenderse bailables con la maestra Rosa, en un cuartito lleno de mapas y dibujos de Benito Juárez, era más feliz su vida que ahora.

Cuando caminaba hacia el río cargando la loza, o cuando tintineaba el balde por los pasos apurados; cuando veía los gusanos verdes con ojos rojos que nunca dejaron de producirle el terror estacionario del desamparo, nublaba la vista de tantas lágrimas, veía hacia las montañas donde estaba el pueblo en que había nacido; veía hacia el lado opuesto, donde, lejos, sabía que estaba el valle más grande de la región... y con el estómago encogido de coraje trataba de imaginar lo que había más allá. Qué montañas y qué valles habrá caminando mucho, lejos, lejos de Santa Rosa, bien lejos.

A veces llegaba Gregorio y la acompañaba. Ella casi no hablaba, cuando su madre le había gritado y jalado los cabellos. Se sobaba la cabeza y entonces él se acuclillaba para mirarla de cerca. Entonces le contaba. Él escuchaba, callado; ella esperaba su coraje, su decisión, su compasión. Pero se iba casi sin haber dicho una frase completa.

Ella lo veía alejarse, lo miraba hasta que se perdía entre la yerba y árboles, entre tanto ruido suave del agua, el viento, las hojas, los recuerdos de los gritos de sus hermanos y de pronto se asustaba, porque sentía en sus oídos la risa como de burla y alegría que le oyó a Mercedes, pocos días antes de irse a Guadalajara.

IX

Josefa era muy distinta de Vicenta; sus pensamientos eran volátiles, como pájaros; nunca se detenía a pensar las cosas antes de hacerlas. Resolvía sus problemas con una simpleza a veces brutal, con inocencia de niña.

Vicenta tenía unos ojos serenos y pensaba dos veces todo. Platicaba seriamente con Amparo, cada vez que podía, sobre los muchachos, sus hermanos chicos, sobre la vida que les esperaba, sobre su propio futuro.

Cuando Mercedes, a un año de su partida, escribió de Guadalajara una carta a Feliciano diciéndole que le mandara a sus hermana, que ella les conseguiría trabajo, que les diera permiso, Josefa se puso muy contenta y Vicenta se asustó tanto que duró varias noches sin dormir.

Amparo intercedió por ellas ante Feliciano para que las dejara partir; así se aferró a la esperanza de que, lejos de ese rancho de chismosas, ellas pudieran hacer otra vida y conseguirse unos maridos que las respetaran y las quisieran. Las dos habían embarnecido, se habían vuelto casi mujeres lavando trapos en el río y ayudando a sus hermanos en la siembra cada temporada. Era justo que vieran otra cosa, que no pasaran la vida nomás esperando que algún garra cualquiera les tuviera compasión.

Él rezongó tres días enteros, diciendo que total, para acabar mal dondequiera era bueno y luego las dejó ir, cada una con un liacho llevando sus tres vestidos, cerro abajo hacia El Cimarrón, con lágrimas escondidas. Amparo no pudo verlas porque tuvo que irse al último rincón de la pieza para sollozar tan fuerte como lo necesitara, mientras abrazaba a Cirenia, quien, por el ahogo, comenzó a llorar también.

Las dos hermanas encontraron que Mercedes vivía en una vecindad, en un cuartito donde con muchos trabajos cabían las tres y luego les consiguió trabajo de criadas, con unas señoras presumidas que conoció en el mercado donde tenía su puesto de aretes y peinetas. Las muchachas aguantaron sin protestar la vida correteada de la ciudad, el encierro de todo el día y el trabajo en las casas, porque los domingos se iban al gran parque donde tocaba el mariachi, y de vez en cuando al cine. Les gustaba mucho pasearse y, por la sonrisa siempre puesta, luego encontraron novios que las invitaban a la nieve y las abrazaban en lo oscuro.

El de Josefa era un muchacho muy joven y de buen ver; le decía cosas atrevidas que olvidaba todos los días, porque para ella cada amanecer traía de nuevo vida. Por eso no pudo guardar memorias de que Arturo la dejaba plantada cada vez que se le antojaba; tampoco supo interpretar todos aquellos saludos sonrientes que le lanzaban tantas mujeres en el parque los domingos de mariachi, y por qué ellas la miraban de pies a cabeza y luego se reían.

Josefa era muy bonita; parecida a Adelaida y con ojos claros. Un día Arturo la llevó a un cuarto que le prestó un amigo y ya no la dejó volver a casa de Mercedes. Algún tiempo después, la primera vez que ella le reclamó que anduviera con lagartonas delante de su cara, él le pegó tan fuertes bofetones que ella no volvió a decirle nada. A veces se metía al cuarto con alguna de ellas mientras la hacía esperar afuera; después de eso, Arturo se emborrachaba, tenía con qué comprar de comer y a veces hasta la invitaba al cine. Con los meses, ella fue perdiendo la indiferencia por la vida; empezó a guardar recuerdos malos, rencores, lloraba porque se acordaba de su madre y de los consejos que le dio cuando salió del ejido.

El novio de Vicenta, Guillermo, era un policía que cuidaba el orden los domingos en el parque. Mucho mayor que ella, mañoso y muy presumido con su uniforme, era, sin embargo, más cuidadoso en la forma de tratarla que el novio de Josefa, porque se dio cuenta rápido de que Vicenta no era fácil ni tonta. No se dejaba siempre jalar para lo oscuro; nunca regresaba tarde al cuarto de Mercedes; jamás se dejó que le levantara la falda, ni que hablara más de una frase acerca de que se fuera con él. A los pocos meses de noviazgo, Guillermo no podía dormir porque el amor le quemaba entre las mantas de su cama; la quería tener a como diera lugar y un día le propuso que se casaran, que tenía unos pesos ahorrados para comprarle un vestido blanco, si quería. Vicenta se fue corriendo a buscar a Josefa, la encontró en el mercado, donde vivía, en un cuartito de lámina junto al puesto de comida que tenía Arturo y que ella atendía; quiero que seas mi madrina, le dijo, voy a casarme con Guillermo la semana que viene.

Meses después de casada, Vicenta fue a visitar a sus padres y a quedarse un tiempo en Santa Rosa porque Guillermo había decidido irse a México, la capital, a probar suerte y luego mandaría por ella. Además, estaba embarazada. Cuando Adelaida y Amparo, paradas en la orilla del corredor desde donde podía divisarse casi todo el valle, la vieron acercarse, caminando con trabajos por las parcelas y con su liacho de ropa a la espalda, sintieron gusto por volver a tenerla en casa y dolor porque era otra boca y la comida apenas alcanzaba; sintieron, sobre todo Amparo, el goce de que por lo menos una de sus hijas había, hasta ahora, usado un vestido blanco en la iglesia y el hombre que la llevó allí la había respetado hasta ese grado. Vicenta lloró al abrazar a Amparo, pero podía sonreír porque venía rindiendo cuentas buenas de su vida; y cuando todos preguntaron por Josefa, contó las cosas, a medida que en el aire se estacionaba la tristeza y comenzaba a caer, provocando ruido en el cerro verde, la fina lluvia del invierno.

X

En ese momento, cuando Adelaida Quintero entra para conocer el octavo departamento en renta que visita esa semana; cuando lo ve y decide de inmediato rentarlo porque lo encuentra limpio, espacioso y barato; ahí comprende el valor que tiene disponer de un lugar exclusivamente suyo.

Está aterrada, porque nunca ha vivido sola. Nunca jamás en su vida; la existencia se le fue en ir habitando casas que cada vez tenían menos gente.

Hasta que ahora, la casa será ella.

Dos habitaciones, un baño y la cocina. En realidad esas dos habitaciones son una. Separadas por un marco que alguna vez contuvo una puerta corrediza de pared a pared. La cocina está equipada casi por completo, pues sólo le faltan las cacerolas y una vajilla; el refrigerador está en buenas condiciones, aunque es de los antiguos; igual la estufa y el desayunador. Caminando por el piso sin alfombra –por eso quizás es más barato-, los pasos resuenan en la madera, choca el sonido en las paredes también de madera, que absorbe una parte, y el resto se clava en los oídos con una agudeza especial.

Tiene nomás doscientos cincuenta dólares ahorrados, y tendrá que comprar por lo menos una cama, trastos y despensa. Es un gringo viejo, el dueño de la casa; arriba hay otro departamento y, según supo, está rentado por un muchacho solo. El lugar está tan cerca del centro, que puede irse a pie. Está también en un barrio extraño, es un edificio rodeado de negocios y bardas. Camina, recorre todos los rincones, el viejo la observa y luego ella dice: *jaw mach yu wan... ou, is uan jondred, yu can giv it nao...* Tiembla en sus piernas, en sus manos, no en su voz porque piensa que el valor legítimo consiste en derrotar al miedo con dignidad. Ella entiende lo que escucha, no puede expresarse por completo... le da el dinero, el viejo le da las llaves. Le dice sabe Dios cuántas recomendaciones del gas y el drenaje y la luz...

El viejo se va, luego ella sale al patio, que no tiene barda y comunica a las casas vecinas; la escalera que da a la puerta trasera del departamento de arriba es de caracol; voltea, ve parado allí al muchacho, de melena rubia, jipioso y sereno que la mira y le dice: *jai, aim yur neibor...*

Qué cochinerero de patio; latas vacías de cerveza, zacate crecido, hojas secas de los árboles gigantescos de la calle, que no se barren desde el otoño. No hay dónde sembrar nada, ni un geranio, ni una zinnia, ni claveles, ni rosales... pero no importa; se podrá encerrar a piedra y lodo cuando quiera acordarse de su madre y sentirse triste; o cuando le escriba a su hermana Emilia, la que cuida a su padre enfermo, la solterona olvidada por todos, menos por el viejo Feliciano que ahora casi no puede caminar porque la artritis le está paralizando las

articulaciones; Adelaida podrá invitar ahí a Tobías a pasar la noche, porque el cuarto de él es una sola mugre y no es posible estar agusto de veras.

Cierra todo muy bien, sale volando a casa de su tía Irene; le cuenta, mientras están en el *diner*, que muchas gracias pero se va a cambiar porque ya encontró dónde vivir y pasa la noche casi en blanco; para amanecer apurada, pensando en qué segunda visitar y buscar la cama, en si invita a Cande para que le ayude a escoger...

El *bus* se tarda mucho, nomás tengo dos días y ya son las diez de la mañana, piensa; luego, en la segunda donde se dio cuenta que hay tantos muebles, la semana pasada, encuentra una cama doble nuevecita, pero se la dan en cincuenta dólares y el colchón le da asquito, además no es para tanto, qué no se podrá comprar un colchón nuevo por Dios, serán tan caros... Pues sí, ni modo, ella ha visto que venden unos forros gruesos para protegerlos y luego sábanas, carísimas porque estas sí son nuevas pero si las vende allí es porque tienen defecto. Y una toalla y botes de basura; Dios de mi vida, pero cuántas cosas se necesitan para una casa, ya se me había olvidado...

Luego Cande la acompaña por la tarde, después que comieron en Mac Donald's tamañas hamburguesas porque Adelaida está contenta, ella invitó a Cande para que vayan a la casa a limpiar y le ayude a ver cómo funciona el calentón de gas y cómo hay que hacerle para contratar el *sur*, o drenaje, que todo eso tienes que pagar, y luego el contrato de la luz y si quieres teléfono, pues no es tan caro, pero tienes que hacer tales y tales cosas... no se te olvide que para que te recojan la basura tienes que hacer el contrato en las oficinas que están del otro lado del Capitolio, mira, si quieres vamos para decirte dónde, le dice su amiga, mientras caminan otra vez entre la revoltura regocijada de sus voces, porque ese novio de Cande no se aguanta y menos mal que ella no lo quiere, nomás lo está manteniendo de puras ganas, que está bien guapo pero cualquier rato le doy aire; ya ni coraje me da con el muy garra, fijate que ayer...

Y juntas se acercan al Capitolio, que en medio de un parque con pinos y robles sobresale blanco y hermoso; entre semana, de allí salen señores güeros y preciosos, con canas y delgados, en parejas o de a tres, con portafolios y hablando bajito... pero qué cueros, te has fijado, y sueltan la risa. Adelaida se siente feliz porque está en la capital de California y va a vivir allí, cerquita de ese edificio tan imponente, si supieran que soy alambre, ay, jo de la... no me acordaba, vamos a entrar, no le hace si nos agarra la migra; y suben la escalinata de la puerta principal, mientras las ardillas que viven en los robles andan por el suelo y se atraviesan por las veredas para peatones del parque; y en el centro del vestíbulo, desde donde puede verse la parte interior de la cúpula si se mira hacia arriba, está una estatua de mármol de la Reina Isabel de Castilla, dándole sus joyas a un Cristóbal Colón arrodillado y agradecido...

Adelaida suspira; no pueden visitar más del palacio porque es sábado y está cerrado casi todo; ya vendrán otro día. Salen mudas de gusto, de compartir la suerte; se despiden con sonrisas cuando llega el *bus* de Cande, el que la deja cerca de su casa y tampoco está muy lejos del centro; entonces Adelaida echa a caminar hacia tres cuadras adelante, donde pasa el *bus* que la lleva al barrio de negros y mexicanos donde vive la tía Irene, que ella ya no; las tiendas del centro están solas, porque casi es hora de cerrar; mira los aparadores y piensa que

algún día se va a poder comprar blusas como ésa, tan bonita y luego, reflejada en el vidrio, ve la patrulla; le da un vuelco el corazón, pero no voltea; está haciendo alto por la luz rojas, nomás. La sangre le late en las sienas; el mundo se vuelve rojo, violeta, negro... siente que las piernas van a doblársele cuando sigue caminando; la luz cambia al verde y los agentes de la migra no la han visto; va bostezando uno de ellos, están de retirada, piensa ella.

Son verdes, le había dicho a su tía Carmen; las patrullas de la migra son verde clarito, llevan luces amarillas arriba, se pasean despacito porque a veces agarran alambres en la calle, pero no te asustes nunca; el chiste es que te vean tranquila.

La patrulla, de ventanas enrejadas, se aleja despacio; ella, también sigue caminando despacio, con el corazón estrujado.

XI

Algunos Norteños que pasaban meses trabajando en los campos de California regresaban cada cierto tiempo a visitar a sus padres y buscar novia. Decía la gente que podían darse esos lujos porque los gringos los necesitaban mucho: les daban trabajo porque habían perdido muchos hombres en la guerra y no tenían quién levantara las cosechas.

Los Norteños tenían una forma especial de vestirse: con ropa nueva todo el tiempo y chamarras de lana, a veces de colores lisos y a veces a cuadros. Usaban sombrero tejano, para distinguirlo del charro que estrenaban los lugareños para las fiestas.

Traían el mariachi y caminaban por las calles con todo y música, cuando ya estaban borrachos; se la prestaban unos a otros. La pagaban para que estuviera dale y dale todo el día, desde el mismo minuto en que volvían a pisar la tierra llena de surcos que antes habían sembrado, hasta el momento en que, si haber dejado de tomar un solo día, se subían al caballo para bajar al valle principal y tomar un camión de regreso al Norte.

Llegaban a fines de junio, para esperar la fiesta de Nuestra Señora Santa Ana. Se celebraba a fines de julio, pueblo arriba, durante cuatro días. Iban gentes de toda la región: sobre todo la juventud, decían las mujeres casadas. Ellos, los Norteños, sacaban dólares de sus billeteras delante de todos, para comprar; les traían vestidos a sus hermanas y a sus madres; y a sus padres o abuelos, chamarras de cuero.

Los Norteños eran a veces feos; otras, guapos... pero nadie, o casi nadie se fijaba en eso. Eran los que relumbraban, los que se echaban de lado el sombrero tejano y miraban a las muchachas de otro modo, con la seguridad en los ojos, con libre lujuria y una quietud insolente en la mirada.

Reían a carcajadas más fuertes y los muchachos más jóvenes se les pegaban como garrapatas.

Esos Norteños que regresaban conocían la libertad, la vida y volvían para enseñarles a todos que además de eso, estaban barriendo dólares, de Chicago para acá. Las mujeres viejas contaban ese chiste, y les mostraban a sus hijas; les ponían moños nuevos en el pelo; les daban a estrenar vestidos de holán y zapatos, para el baile de la fiesta.

De todo el caserío de Santa Rosa, Chayo era la más delgada, la que tenía la trenza más gorda y larga, la más presumida, pero no la más bonita. Su madre le había hecho un vestido azul rey y otro rojo, esa vez... iban a ir en bola pueblo arriba, a pasarse los últimos dos días de la fiesta de Señora Santa Ana. Rosa tenía los ojos verdes y el pelo casi güero porque había nacido en la parte más alta de la montaña, en el pueblo a la orilla del cráter convertido en laguna. Plácida y Everarda, Marcelina y Josefina, todas tenían vestido qué estrenar y permiso

de sus padres. Adelaida iba a usar un vestido como de estreno, azul claro con flores blancas; lo había dejado Mercedes casi sin usar.

Iban muy contentas, a pie montaña arriba, a esa fiesta del año dieciséis de Adelaida; ella esperaba encontrarse con Gregorio por lo menos en la serenata, y que le pidiera unas vueltas.

Pero casi no podía pensar en eso porque Chayo no dejaba: andaba hecha un perico; un Norteño le había hablado y el alboroto la traía más chapeteada, con la ropa almidonada y los zapatos más limpios. Caminaba de un presumido... pero Adelaida, no lo notaba; pensaba en Gregorio y que a lo mejor ahora sí le daba un beso, para ver qué se sentía.

¿Y luego le dijiste que sí? ¿Ya sabe tu madre? ¿Crees que tu padre quiera que te vayas al Norte? Todas hablaban a un tiempo y la de buena suerte se hacía la desentendida.

Adelaida volteaba a ver la cara de Chayo cada vez que decían “el Norte”. Esas palabras le revolvían la cabeza y recordaba las frases que le oyó a Santiago algunas veces: Que es fácil pasar, que se ganan dólares, aunque también dicen que se trabaja duro, que es una chinga peor que ésta. Que es muy bonito, que no falta con quién te juntes para la parranda o para vivir.

En la serenata, después de la quema del castillo, mientras Chayo andaba dando vueltas con el hijo de Mariano Briceño recién llegado del Norte; mientras Marcelina, la más fea de todas, andaba casi llorando por un desaire que le había hecho el novio; mientras Adelaida no podía estirar más el cuello a ver si veía a Gregorio por allí, y todas esperaban que alguno de tantos les pidiera una vuelta, sus padres vigilaban y los mariachis, en el kiosco, sudaban, toque y toque.

Adelaida sabía que un güero chapeteado le había echado el ojo, desde que llegó al pueblo. Sabía que se llamaba Romualdo y que era nieto de una prima lejana de su madre. La mañana siguiente del día que llegaron, después de dormir unas cuantas horas en el piso de la casa donde les dieron asilo, comieron menudo mientras se levantaban las nubes de la calle y el cura empezaba a dar las campanadas para la primera misa. Desde allí lo vieron pasar, entre la neblina, voltearon para la casa y riéndose como un tonto, con otros dos amigos. Rosa se dio cuenta y le dijo a Adelaida: ese verjoleto de Romualdo es re mentiroso, no le hagas caso.

Por la noche, en la serenata, vio a Gregorio en la plaza, al mismo tiempo casi que al Romualdo mentado y no nomás eso, sino que éste se le acercó para pedirle una vuelta, mientras Gregorio los miraba, sin animarse a defender lo suyo. Adelaida le dijo que no a Romualdo, pero al ratito supo que Gregorio se había ido, enojado o acobardado, quién sabe.

En el último baile, el último día, Gregorio se animó a acercarse a Adelaida y ella, resentida, casi no le hablaba. María Josefa era la que le hacía plática, Rosa lo miraba con coraje, Chayo no se daba cuenta de nada, vuelta loca con el hijo de Mariano Briceño.

El hijo de Mariano de devuelve al Norte en dos días; decían todas; alborotó a Romualdo para que se fuera con él. Dicen que la madre de Romualdo no para el llanto, de ver que su hijo se quiere ir; y dizque su padre está animándolo y juntándole dinero para el pasaje.

Todos esos cuentos llegaron a Santa Rosa, entre todo lo demás que se decía de los Norteños, que ya se iban, en cuanto terminaba la fiesta. No todos; los más nostálgicos duraban unas semanas más, para ayudar a sus padres en la labranza.

Llegaron hasta Santa Rosa esos chismes, después de que a Adelaida le dieron una paliza porque se quedó un día más sin permiso. Que porque su madre no podía sola con el trabajo; que porque su padre se enojaba y ya la hacía juida con Gregorio.

Adelaida oía las habladas en el río, que todavía no se iba el hijo de Marcelino ni Romualdo; y luego de llorar tanto porque Gregorio andaba desaparecido y todavía le dolían los jalones de greñas que su madre le había dado; luego de terminar de lavar la loza, al tercer día de que se fueron Romualdo y el otro, esa tarde cuando el sol se escondía entre unos nubarrones grises que gruñían con suavidad en el cielo, y luego soplaba un aire frío que alborotaba las hojas de los árboles; esa tarde, cuando el agua estaba más ruidosa que nunca porque algo la inquietaba, llegó Chayo a buscar a Adelaida y le dijo que su novio le había dejado dinero para dos pasajes hasta la frontera: que se fueran las dos y allá las recogían, que Romualdo le mandaba decir que jalara con él.

XII

Adelaida Quintero, sentada en el suelo de su departamento aún vacío, abrazando sus rodillas y con la cara bañada en lágrimas, escucha de nuevo el viento y la furia de sus hojas olvidadas desde el otoño en el traspatio, revoloteando en un remolino de nostalgia.

Es la hora de la tarde que es exactamente igual a la del amanecer: cuando la luz y la oscuridad pelean por el dominio del mundo.

Esa tarde de domingo, enfrió el aire. Se tuvo que poner un suéter al salir, al decirle a la tía que es necesario terminar de limpiar su nueva casa y salió al aire fresco de pasado el mediodía.

De da cuenta que son los últimos días de Julio; de que allá, en Santa Rosa, sus sobrinas más jóvenes y las nietas de sus hermanas deben andar en el pueblo, en la fiesta de Nuestra Señora Santa Ana.

Baja la frente hasta sus rodillas, solloza a sus anchas, casi estallando en ese dolor que ahora le brotó como un volcán porque se acuerda de la mentira tan grande que le dijo Romualdo al dejarla abandonada en un pueblo en medio del desierto de Sonora y nunca, nunca, nunca fue por ella, como le había mandado decir con Chayo.

Llora porque se le abrió la tierra esa tarde del agua inquieta y el aire frío, lavando la loza; Chayo la presumida le rogó que la acompañara y ella, que así conocería lo que había detrás de las montañas y más allá de los valles y no volvería a sentir los jalones de greñas ni a oír el llanto de tantos niños, ella, no pensó nada más que...

¿Qué es ahora, este dolor que parece brotar como agonía? ¿Será que está muriendo por fin, después de veinticinco años de estar vivo, esperando el momento de llegar al destino que aquella tarde se fijó, sin ningún miedo? ¿Por qué llorar, si ahora tiene el mismo valor que a los dieciséis años y de todos modos quiere librarse de sufrir encierro y golpes, del hambre que nunca terminaba de quitarse?

¿Cuándo, cuándo dejará de llorar cada vez que se le confunde el valor con la certeza de estar en el más profundo desamparo?

Veinticinco años pasó en el pueblo de Sonora; veinticinco exactos.

Se seca las mejillas; se abrocha el suéter. Se levanta para ir a mojar el trapeador, maldito piso que tiene que quedar limpio alguna vez, veinticinco años, después de que aquel hombre ya viejo y tan importante del pueblo le tuvo compasión y le regaló una cobija para que no se congelara, cuando llegó el invierno enloquecido del desierto. También le compró zapatos y

le puso una jaula bonita, llena de calor y comida, para que no se fuera. Nunca le dio dinero en los primeros años; siempre él compraba todo; luego tuvo una hija, una adorada hija que le puso el grillete final; un bultito de oro macizo, infinitamente valioso, que siempre amenazaron con quitarle, si se iba.

Trapea furiosa: veinticinco años hasta el día del entierro. Exactos. Tierra abierta en un pavoroso terremoto; tierra que se tragó lo mejor de su vida, sus mayores fuerzas; años de tormento que ahora, con el trapeador, desesperada, borra para el resto de la eternidad, como las manchas del piso que dejaron los anteriores inquilinos, qué gente tan cochina, pero esto va a ser otra cosa ahora que empiece a vivir aquí, desde mañana, y después le voy a decir a Tobías que ponga sus cosas en este rincón del Clóset.

SEGUNDA PARTE

I

Se da cuenta que las cosas no son tan fáciles cuando Tobías, a los ocho meses de casi vivir con ella, le dice que se va a México una temporada. Ella sabe que él tiene asuntos que cuidar en su tierra, pero suponía que, dado lo sería que se ha puesto la relación, por lo menos la invitaría a ir con él.

No es así; ahora, dos días antes de su salida, Adelaida no encuentra más formas para decirle lo enojada que se siente. Le rezonga todo el tiempo; constantemente inventa pretextos para pelear. Él le responde que volverá en seis meses; que no tiene motivos para ponerse así; que lo hace con mucha frecuencia.

Sentados en el desayunador en donde han compartido tantos cafés mañaneros, ella arruga la frente y guarda silencio. Se llevará todo su dinero; todas sus cosas, que al fin y al cabo no son muchas: algunos fierros viejos que piensa vender allá; un reloj despertador, una lámpara de buró, la ropa de cama y del baño... nada más.

Ella toma los últimos sorbos de bebida, para luego salir a limpiar el jardín minúsculo que ha podido construir en el patio del frente. Ha plantado cempasúchiles, dos rosales y una mata de tomate; algo de pasto, un árbol de aguacate que le regaló una compañera de la lavandería y que, indeciso, parece que se seca y que no. El sol está volviéndose caliente, fiel a la contradicción de todos los años en el valle de California: neblina y frío intenso en otoño e invierno; sol regalón y campos pródigos en las estaciones cálidas.

El jardín, inmóvil y vivo, es para ella el paréntesis de quietud espiritual en que hace mucho tiempo aprendió a refugiarse. Un sombrero para el sol, blusas de manga larga, faldas al tobillo y gruesas, guantes de hule y tijeras de podar, eran el disfraz más saludable para zambullirse en el enorme huerto lleno de plantas bonitas que su esposo, el hombre viejo e ilustrado, había elaborado para su entretenimiento; era una de las pocas aficiones que compartían.

Ahora, con las manos pelonas, callosas de tanto manejar telas almidonadas o de tejido áspero, acomoda la tierra que reblandeció para que el agua penetre hasta las raíces del aguacate; refuerza el cerco de tierra que le ha puesto a los cempasúchiles para protegerlos; juega con los terrones duros; los desbarata con una habilidad que lleva en la sangre, que aprendió casi al comenzar a caminar, cuando sus hermanos se la llevaban a la parcela para darle tierra a las milpas jóvenes. Sabe cuándo la tierra es fértil; sabe el color que debe tener cuando cambian las estaciones; sabe qué cantidad de sol debe recibir cada planta, cada día.

Tobías sale, ella no se despide. Oye alejarse el automóvil usado y siempre sucio en el que han ido y venido al supermercado, al *diner* a restaurantes, al Centro Mexicano.

Dos días después, al comenzar la semana, Tobías se le aparece muy temprano, para despedirse. Ella, de prisa porque se le hace tarde para el trabajo, le dice que te vaya bien, se devuelve con rabia el nudo que se le había comenzado a formar en la garganta y se aleja a pie a tomar el *bus*, porque rechaza el aventón que él le ofrece. Él se aleja; lo último que le dijo es que en seis meses está de regreso; ella no le cree y no derrama una sola lágrima por él en todo el día.

De todos modos acaba con los ojos hinchados; nota que se le cansan mucho; en las últimas semanas se le han puesto muy rojos al final de la jornada. Ahora, se siente peor cada vez; se le hinchan, se le resecan y además no ve bien durante las horas finales.

Afortunadamente, los trapos que remienda no requieren de mucha precisión. Son uniformes que usan los lavaplatos, los cocineros, las afanadoras de hospitales, los recogedores de trastos en los restaurantes...

Por las tardes, como a las dos y media, se echa las primeras gotas de una medicina comprada en la farmacia. Lava sus ojos solamente, los descansa, pero no le curan el mal. Los dolores en las muñecas que siente de unos días para acá, empeoran el malestar cada vez que se acerca la chicharra de salida... ya no sabe si son sus nervios o de veras se siente enferma. Un día se dio cuenta de que se lavaba las manos a casa ratito, durante la jornada, para quitarse la pelusa que sueltan los trapos y el almidón. Eso le ha provocado los dolores, y sabe que son reumas.

Tienes tapados los lagrimales, le dice unos días después el doctor González. Cande le recomendó que fuera con él porque es conocido de todos los mexicanos de su barrio. Es un hombre de unos cincuenta años; bueno para recetar, que cobra sólo veinte dólares la consulta y no veinticinco como los doctores güeros. ¿En dónde trabajas? Le dice... y mientras ella le cuenta, él asiente con la cabeza. Te hace daño el polvo que sueltan las telas de algodón; y mirar cosas blancas todo el día es lo que te irrita. Tienes que lavarte con agua y ponerte estas gotas a media jornada; pero nomás te va a entretener el mal. Te vas a aliviar cuando cambies de empleo. Ella le dice que también ve un poco borroso, que no es como antes, cuando comenzó a trabajar.

El doctor González la mira en silencio. Pues... eso es por tanto fijar la vista, también... tendrás que ponerte lentes, dentro de poco.

Cuando Adelaida regresaba al departamento, generalmente invitaba a Tobías a comer, aunque fuera algo rápido. Pero ahora, cuando sabe que en su casa, todas las horas de todos los días, no habita nadie sino ella, por alguna razón siente una revoltura de gusto y miedo. Extraña a Tobías, pero poner el radio en las estaciones que a ella le gustan y tener todo el tiempo que quiera para leer revistas o ir a las tiendas de segunda si le da la gana, es una ventaja que no había gozado hasta ahora.

Llega, se pone en fachas, prende la televisión en blanco y negro que compró en la segunda, cuya imagen se ve como con nieve si no tiene bien puesta la antena, y luego sale a ver su jardín, lo cuida, lo riega, lo barre; prepara un *diner* sabroso; busca alguna película vieja en el canal cuarenta de Los Ángeles, una donde salga Tyrone Power o Errol Flynn, de esas que la

llevaba su esposo viejo a ver, las pocas veces que la sacaba... o si tiene suerte, le toca alguna casi nueva, hasta que el sueño empieza a vencerla, y con el ruido de la televisión se adormece, en la casa sola, donde el único ruido es la voz de los actores, los locutores y los jingles de los comerciales, en la isla de paz que Adelaida Quintero se ha podido construir, y de ahora en adelante será el escenario de su rutina solitaria, que sin ella saberlo, es uno de los pocos pedazos de felicidad que habrá podido conquistar en toda su vida.

II

Alguna de las veces que fue a visitarla, la tía presumida y rica que vive en Oakland, hermana de su madre, le dijo: yo no sé cómo te gusta venir a este mundo de negros.

Ella miraba los grupos de gente oscura y realmente no le importaba. Se comenzó a fijar a fuerza de tanto oírle a las tías la misma retahíla: esos negros horribles acá, eso negros mugrosos allá...

Las tías, hermanas de su madre, son también serranas de Jalisco: bajitas, blancas, de ojos claros y algunas tienen el cabello rubio; vinieron a dar al Norte porque se las trajeron sus maridos. El mosconeo de ofenderse por el color oscuro de la piel, Adelaida lo escuchó desde niña, sabiendo en secreto que mucho lo decían por Feliciano, su padre. Nunca le perdonaron totalmente a Amparo que se hubiera casado con ese hombre mitad indio; ella, que era tan blanca.

Adelaida siente repudio de oír a las tías insultar a los negros, como si no hubiera tenido toda su infancia para escuchar esas frases tan injustas, para sentirlo como en carne propia cada vez que ofendían a sus hermanos, los que nacieron morenos. Pero siente necesidad de ir a Oakland; no tiene más para dónde jalar cuando la desesperación por la soledad del departamento, la rutina de piedra del trabajo, el dolor de espalda y el malestar de los ojos casi la vuelven loca.

A Oakland se puede ir tomando un autobús que sale de la terminal, situada a cuatro cuadras de su casa. Hace maleta con un morral de mano; pone una bata de dormir, chanclas, un cepillo para el pelo, otro para los dientes y vámonos. Lleva un colorete y polvo, por si los muchachos, sus sobrinos, tienen fiesta. Nomás.

Los hijos de Juan Quintero y la mujer alta, bella y amargada a destiempo con la que se casó, fueron saliendo uno por uno del ejido de Santa Rosa. El primero fue Juan chico, que se fue a Guadalajara con la intención de estudiar música. Le gustaba soplarle a la trompeta, se la prestaban los mariachis de El Cimarrón en las Jamaicas. En Guadalajara trabajaba de repartidor en un periódico; andaba en bicicleta de madrugada, desde las dos, de la Central Camionera al periódico y de vuelta, poniendo bultos en cada corrida hasta las seis de la mañana. Luego dormía un rato para levantarse a tomar las clases que le daba un vecino de Mercedes, la tía que le daba asilo. Pronto supo que con sus dientes débiles, nunca sería un trompetista famoso. Sus mayores correrías las echaba en sus noches de descanso, por las cantinas que rodeaban al Mercado de San Juan de Dios, con sus compañeros del mariachi que le dieron chance, buscando algunos pesos a cambio de una serenata. Juan chico se casó pronto. No tenía fuerzas para tanto. Se olvidó de la trompeta y poco a poco se conformó con su destino; esperó mejor suerte con toda su calma, vivió del salario mínimo y el favor de su tía Mercedes durante mucho tiempo.

A Genaro, el segundo hijo de Juan, le gustaba la tierra. Siempre fue el más corrioso, el que tenía más galleta, el que jaloneaba a los bueyes y los maltrataba: por pendejos. Juan Quintero inflaba el pecho cuando lo veía trabajar con el arado. Pero la tierra, la única que tenían disponible, era para dar de comer a la madre de Genaro, a los hermanos de Genaro... no a Genaro y su propia familia, algún día. Del otro lado de las montañas y más allá de los valles, estaba el Norte, y por esa galleta y coraje, un día se fue. Llegó a Oakland porque allí era donde se habían empezado a juntar los cimarrones y los mojados de los pueblos vecinos de Santa Rosa.

Vive soltero y empedernido, en una casa cerca del barrio donde están sus otros dos hermanos: Benjamín y Baltazar. A los dos les ayudó él, con dinero y transporte, a pasarse la frontera. Por Genaro se fueron viniendo al Norte muchos de los nietos de Feliciano Quintero y, con el tiempo, algunos de los amigos de sus hermanos. Siempre tiene muchos dólares, siempre conoce coyotes que los pasen. Regresa, cada año, a sus orígenes, a maltratar bueyes; ayudando a su padre calma el coraje de estar lejos de su casa y el goce de estarlo de la pobreza. Ama la tierra con la misma desesperación que su padre Juan alguna vez sintió por salir del pueblo donde se camina entre nubes; pero no es suya, sino de ese hombre que mientras más viejo, se vuelve más corrioso y más pegado a los surcos.

Genaro ha trabajado en Oakland durante muchos años, en todos los oficios que necesiten fuerza bruta y aguante de estómago. Tú mucho fuerte, *gud worker*, le dicen los gringos. Gana montones de dinero recogiendo basura en los barrios o manejando un taladro en la construcción; igual metiéndose al drenaje profundo de la ciudad, arriesgando la vida, que cargando cajas y manejando palas mecánicas, en las canerías; se lo gasta en divertirse, comprando automóviles bonitos, enamorando muchachas, ayudando a los vales que quieren cruzar la frontera.

Adelaida ve a Genaro cada vez más rozagante; más tomador de cerveza. El patriarca joven es el que la recibe con más gozo... tía, échese una cerveza, vamos a comer carne asada con Teófilo, allá están todos, véngase, yo la llevo.

Teófilo, nacido junto al cráter que se volvió laguna en lo más alto de la montaña, se trajo a la hija menor de Juan Quintero. Se juntan a veces en casa de ellos y otras en casa de Baltazar. De todos modos, son vecinos; asan carne y sirven frijoles de olla; tortilla de maíz y cerveza; nopales con cebolla y elotes cocidos. Ponen discos de Vicente Fernández a todo volumen, para que todo el mundo lo sepa.

Oakland es ciudad de multitud de barrios de negros y mexicanos. Ciudad informe, desparramada de extraña manera. Hace neblina y frío casi todo el tiempo, por el castigo constante del Océano Pacífico; es fea, pero a ella le gusta; Adelaida come con sus sobrinos, duerme en casa de Baltazar, ayuda a Luisa, su esposa, a cocinar el menudo para la mañana siguiente, que amanecerá fría aunque sea julio. A estas alturas ella todavía no ha visto qué hay del otro lado del puente de la bahía, en ese montón de edificios que se contempla bellísimo y es una legendaria ciudad fundada por españoles. San Francisco y su puerta dorada no saben de Adelaida, porque ella no se atreve a ir sola y sus sobrinos la ven de lejos, como se mira a la luna; la desconocen, no les importa, en tanto no les perturbe su vida.

Benjamín, el hijo menor de Juan Quintero, está casualmente en Oakland y vive con unos muchachos de Santa Rosa. Él se ofrece a llevarla a la terminal el domingo a mediodía, mientras le platica cómo, la semana pasada, lo sacaron dos veces de Estados Unidos y dos veces volvió a entrar. Pero ya ni la friegas, Benja, le dice Adelaida en el camino; tienes que acostumbrarte a ver las patrullas de la migra por la calle; nomás ves una y te arrancas, de puro miedo... ¿cómo no van a saber que eres alambre?

Quiere estar con ellos. Benja quiere estar con sus hermanos porque sabe bien que irse a Guadalajara, como Juan chico, no es vida. Está soltero y en el Norte puede andar por donde quiera, de verjoleto mirando aparadores, aunque lo tropellen, como pasó un día que no supo cruzar la calle. Adelaida también quiere estar con ellos; rodearse de los alambres en la barriada de Oakland, donde se han ido juntando después de varias generaciones, es el respiro del ánimo que le ayuda a sobrevivir cuando el mundo se vuelve tan difícil de vivir y sin salida.

El autobús se aleja de la neblina y ronronea entre el montón de locos del *friwey*, hacia el calor, hacia Sacramento, la ciudad con tantos árboles que hacen llover hojas en las tardes de otoño.

III

Se encontró con Rosenda una noche en el Centro Mexicano mientras las dos bailaban, ella con un borrachales muy amable y Rosenda con un muchacho muy joven. La miró casi de frente en una vuelta y sus ojos, inconfundibles, la devolvieron a su niñez.

Es un poco mayor que Adelaida y de ella, en El Cimarrón, contaron una historia triste y escandalosa; contra toda la voluntad de su madre, se había enredado con un norteno que se la llevó para luego dejarla abandonada y sin dinero. Lo mismo le había pasado a Chayo, la presumida, a quien Adelaida dejó de ver desde que se despidió de ella, en el pueblo del desierto; muchos años después supo que se regresó hasta Tijuana y se dedicó a la vida. Rosenda se amachó a quedarse en California y sobrevivió como pudo.

Se había mantenido guapa; Adelaida la reconoció de golpe. No habían sido amigas, pero sabían una de la otra. Desde que platicaron en el baile y recordaron cosas, Rosenda le habla por teléfono ocasionalmente; se visitan, salen juntas a comer de vez en cuando. La mayor parte del tiempo se llevan bien, pero de repente a Rosenda le da por ponerse presumida. California es mi patria, dice... yo no volvería a México ni loca, allá nomás pasa uno hambre. Adelaida sabe que Rosenda se fue del El Cimarrón peleada para siempre con su madre. Durante casi treinta años, sólo se han reencontrado para volverse a pelear. Adelaida sabe que tanto rencor por México es rencor por su madre, en realidad; por eso no le daba importancia. Pero llegó un momento en que la hartó; Adelaida tuvo revoltura de estómago oyéndola hablar. No es cierto, Rose, no todo el mundo se muere de hambre en México, no todos son campesinos ignorantes, como tú y como yo, le contestó. Siguieron las frases alzaron la voz, se pelearon a los gritos y estuvieron a punto de no volverse a hablar. Pero Rosenda necesita amigas, no hay mucha gente que la quiera; es dura, ventajosa y tiene ganas de subir. Trabajó hasta casi matarse durante muchos años, para juntar dinero y comprarse una casa; siempre procura tener un automóvil casi nuevo. Habla inglés con rapidez, aunque con acento, porque estudió durante las noches por varios años, hasta que lo dominó por completo. Después comenzó a entrenarse en otras cosas: primeros auxilios para colocarse en un hospital, para niñera y poder trabajar en las nerserías; nunca ha podido ir muy lejos. No tiene estudios completos ni siquiera de primaria. Para estudiar en el Norte, se necesita mucho dinero y ella no ha podido nunca juntar el suficiente.

En realidad, Adelaida la escucha con paciencia porque comprende su inquietud. No tanto en las ganas de terminar viviendo como los güeros, sino en las de poner su cabeza en cosas menos tontas que el trabajo sencillo, que no necesita mucha inteligencia para que se haga. Adelaida es muy activa para pensar; Rosenda tiene una mirada intensa, penetra las caras, las situaciones, las destripa con su pensamiento; a veces, le gusta destruir y mete chismes. Esta inteligencia corajuda y la de Adelaida, expectante, se juntan y hacen buena mancuerna.

Por eso Rosenda va a buscarla cuando se siente mal. Se pelea con Felipe, con quien lleva dieciocho años viviendo, y siempre termina llorando en el antecomedor viejo de su amiga,

tomando té de ruda que ella le ofrece. Felipe se va a ir, fíjate; Felipe no se me acerca desde hace tres semanas... Felipe no quiere trabajar. Además, Rosenda tiene sospechas bien fundadas de que él tiene algo en México, porque hace tres años que va a Guadalajara casi cada seis meses. Es ciudadano americano, por eso puede salir y volver cuando le da la gana. Fíjate Ady, siempre lleva ropa nueva; siempre mucho dinero, me deja sin cinco, nomás con lo que yo gano.

Un sábado por la tarde, poco después de una de las salidas de Felipe a Guadalajara, se la pasan tomando cerveza en el antecomedor, mientras afuera el frío castiga los rosales. Es diciembre; los jingles navideño les tienen vulnerado el corazón. Rosenda platica otra vez a Adelaida cómo se sintió el día que el doctor le dijo que su marido era estéril. Ella casi se desmayó, luego salió corriendo y en su automóvil casi nuevo enfiló por la carretera hacia Fresno. No paró hasta que llegó allá y se metió en un cine a llorar durante muchas horas. Tenía treinta y cinco años. Felipe era el hombre con quien siempre iba a vivir y con quien pensaba morir, con o sin hijos. El vientre se le estaba haciendo duro, correoso. Rosenda llora cada vez que se acuerda, cada vez que lo cuenta.

Adelaida la escucha mirando sus ojos verdes y duros llenos de agua; la escucha contarle su esperanza muerta. El invierno hace, tan al norte, meterse el sol antes de las cinco de la tarde. Se les hace oscuro; se les queda el departamento en penumbras; Rosenda se toma muchas cervezas; luego se sirven el *diner*; están en silencio hasta que decide irse, se pone el abrigo y la bufanda... luego te hablo, Ady, le dice; y sale, tambaleándose un poco.

IV

Recibe carta de Emilia más o menos cada mes, donde con frecuencia dice lo mismo: espero te encuentres bien, que nosotros bien, gracias a Dios... vino Pablo a ver a mi padre y dice que está bien, pero yo lo veo cada vez más acabado... desde que no puede caminar está más triste...

Algunas veces, también, Emilia le vuelve a contar que su madre llora cuando habla de ella: es la única hija que tiene tan lejos. Adelaida entonces sí que siente el corazón atravesado. Esos días, después de recibir la carta, la aplastan los recuerdos; no puede evitar poner los pensamientos en la escuela y la maestra Rosa, la mirada de Gregorio, la risa burlona de Mercedes y los rizos rubios de Engracia, mientras se pasa las horas remendando ropa en la lavandería.

Emilia creció en Santa Rosa y la suerte de sus hermanas la marcó. El terror a la deshonra le impidió enamorarse con libertad, exigiendo siempre un compromiso serio por delante a los pretendientes que se le acercaron. Cuando se dio cuenta, su propia historia de pureza la había ensuciado: todas las vecinas del ejido pensaban que había llegado a los treinta sin casarse, que ningún hombre la había querido porque seguramente se había dejado deshonrar alguna vez. Los chismes y su convencimiento encerraron a Emilia en un círculo infernal que la fue llevando a la amargura. Al paso del tiempo ha visto a sus padres consumirse en la vejez mientras ella tiene que hacerse cargo de la casa y de sus enfermedades.

Feliciano Quintero fue atacado por la artritis y el endurecimiento de sus articulaciones comenzó su fin, exactamente desde el día en que no pudo más tomar el arado para surcar la tierra. Terminó con ello su romance cotidiano con las montañas, con las milpas jóvenes y la libertad; no tuvo más remedio que empezar a dejarse invadir por la muerte poco a poco. Sus hijos, todos encaminados por la vida, bien o mal dejaron de ser el acicate para sentirse fuerte ante los problemas; ya no fue necesaria la autoridad que fingía ser dura, que no podía mostrarse como era en realidad: llena de amor y deseos de cuidar el destino de sus vástagos. Así, ahora menos dueño cada vez de sus movimientos, se ha instalado en la paciencia de una manera total, siempre y cuando Amparo esté cerca de él.

El fin de semana en que Adelaida va a Oakland a la boda de uno de los Cimarrones, ahora alambres que viven allá como hormigas, mientras recorre en el camión los campos sembrados con tomates y duraznos hacia las lomas pelonas y rojas que rodean Oakland y San Francisco, tienen el convencimiento de que se quiere quedar a vivir en el Norte. Le llegó junto con la confirmación de que nunca antes en su vida había tenido la libertad y tranquilidad que tiene ahora: sueldo seguro, ahorros en el banco, espacio propio, un hombre al que quiere y que de alguna forma también la quiere. Esto es la felicidad, supone ella... pero quiere más. Quiere no tenerle miedo a la migra; mandar al carajo las amenazas de las filipinas que no la quieren en la lavandería: ella sabe que hablan entre ellas de acusarla de alambre.

La tía rica de Oakland, que por cierto es muy tacaña, esta vez la invita a pasear a San Francisco, y al pasar por el puente de la bahía y cuando el tropel de carros como demonios la envuelve, se da cuenta del gozo de su corazón, al ver los edificios llenos de cristales como espejos; después, comprende que le da mucho gusto caminar por el muelle de los pescadores, aunque nomás ve de lejos los restaurantes, con un montón de hambre. Cuando puede comerse una *jamburger* en el puesto de la esquina mientras escucha los conjuntos musicales adentro, en los lugares donde comen los que tienen dinero, y oye hablar en tantas lenguas y siente la felicidad de tener el mundo entero frente al mar al mismo tiempo que golpea su cara la brisa helada del Pacífico... entonces decide por completo que se va a quedar.

Durante la boda, al mismo tiempo que baila con su sobrino Benjamín, mientras toca la banda de música tropical que a ratos alterna con el conjunto de polka nortea; cuando Baltazar le cuenta todo el dinero que se gastaron los padres de la novia en ese fiestón y en todos los ramos de flores; cuando confirma el orden de sus huesos al saber que es como en la fiesta de Nuestra Señora Santa Ana en el pueblo que está entre las nubes, pero con mucho más dinero y cosas bonitas... entonces se convence de que el camino mejor tal vez el único para emigrarse pronto es decirle a Tobías que se haga ciudadano y se case con ella.

Tobías tiene más de veinte años emigrado; obtuvo sus papeles cuando no costaba ningún trabajo, como lo hubiera hecho ella, sin necesidad de babosos que le dijeran mentiras. Volviendo de la boda, el siguiente lunes, le pregunta si sería muy difícil hacerse ciudadano, si se animaría a ayudarla a conseguir sus papeles. Tengo que aprenderme muchos artículos de la Constitución, y jurar... pero no es muy trabajoso porque ya tengo mucho tiempo en esta friega, dice Tobías. Después de todo, a él no le parece mala idea, porque hace mucho que tiene intenciones, pero nunca se había animado; si él se hace ciudadano, casado con Adelaida podrá emigrarla más pronto.

Deciden irse a Reno, ciudad hermanita menor de Las Vegas, un fin de semana para casarse a lo gringo: de volada y sin preguntas. Ella había visto, durante viajes que había hecho por allá, muchos lugarcitos que llamaban *wedin chapels*. Que allí se casan los artistas, le había dicho Cande; que es para que te cases las veces que quieras, porque no te preguntan nada, había dicho Rosenda.

Se pasan la noche de recién casados vueltos locos con las maquinitas de jálele y jálele, como dice Adelaida, juntando pesetas y *daims* a puños, porque ella ha descubierto que es mañosa para sacarle los bultos de monedas a esos armatostes donde giran las cerecitas y los sietes. En esa ciudad donde no se sabe cuándo amanece y cuándo anochece, los dos recorren varios casinos mirando de lejos cómo juegan con la baraja otros, a la veintiuna y al pókar, o los ricos a la ruleta, sin animarse a rentar un cuarto de hotel para dormir, porque todos son muy caros.

El amanecer les llega caminando por la banqueta, recibiendo la luz rosa de la aurora, revuelta con el rojizo de los anuncios que dicen *win, win, win*, abrazados y con los ojos rojos como vampiros, contentos deveras, sobre todo ella, que por primera vez ha dicho que sí frente a un juez por un hombre al que quiere muchísimo... porque en ese momento se da cuenta que de verdad lo quiere muchísimo, que se siente agradecida por allanarle el camino para no

tenerle miedo a la migra y mandar al diablo ese empleo que le está acabando los ojos y sacándole reumas porque no tiene valor para pedir trabajo en ninguna otra parte, ni de rentar otro departamento más decoroso, ni de pedir crédito en una tienda para comprarse una cama nueva...

Y luego en un restorán muy *nais*, donde él la invita porque, le dice, ultimadamente es nuestra luna de miel y vamos a comer como Dios manda. Y Dios le manda a ella pedir muchas cosas, hasta hartarse, *waffles* y luego un *steik*, porque si no come se van a desmayar por pasarse toda la santa noche jálele y jálele a las maquinitas entre tantos desvelados que a fuerzas, a fuerzas quieren hacerse ricos de la noche a la mañana.

V

Cuando le dicen en la oficina de la migra que tiene que irse a vivir a México hasta que lleguen sus papeles, ella ya lo sabía, pero de todos modos le tiemblan las piernas.

En el *bus*, camino a su casa, comienza a pensar en el montón de cosas que tiene que mover de su lugar, lo mismo para dejar el trabajo que para guardar sus muebles y trapos, porque no va a estar pagando renta nomás deoquis. Piensa que no verá a Tobías hasta quién sabe cuándo y se estremece porque ahora que se casaron, como que él se puso más cariñoso. Quién sabe por qué, parecía que daba lo mismo: siempre estuvieron de acuerdo en que, cuando ella recibiera sus papeles, se divorciarían.

Otra buena señal fue que Tobías de buena gana se ponía a estudiar por las noches la Constitución, la hacía preguntarle de memoria los artículos para, pronto, hacerse ciudadano. Después, se aguantó los nervios como los hombres, al hacer el examen y jurarle fidelidad a la bandera de los gringos. Cuando estuvo en la boda, lo hizo con gusto y parece que además, ahora de casado está feliz. Adelaida lo escuchó cantar mientras estaba tirado trabajando debajo del carro, al lunes siguiente de la boda, y decidió desde entonces no mencionar el divorcio jamás, a menos que salga de él.

Por otra parte, Tobías tiene la idea de que es un jovencito a quien le queda bien estar en busca de esposa, según él de a deveras, para formar familia y todo, a pesar de que tiene sólo dos años menos que Adelaida. Ella sabe bien que cuando va a Nayarit, se vuela con muchachas, porque Salvador, un amigo de los dos que se va con él, le cuenta todo. Par de viejos ranflos, piensa ella, siempre que Salvador le chismea; apenas se puede creer que a estas alturas anden con esas babosadas.

Ella se desvive por tener contento a Tobías pero, de cuando en cuando, le entran los celos; entonces agarra pleito de todo el día, lo acusa de mil cosas y él le contesta con frases cínicas y tontas. A veces, también, se pone a observarlo sin coraje y lo mira con ojos de ternura; le tiene lástima con su brazo medio chueco y su sonrisa a medias; es guapo pero hasta cuando habla se le nota su problema. Le gusta leer, pero lo hace muy despacio y solamente lo que es de obligación, como la Constitución o los libros de mecánica que compró cuando empezó a meterle mano a los motores.

Adelaida, en cambio, lee mucho. En un momento temprano de su vida, cuando no tenía conciencia todavía de haber terminado a crecer a pesar de que ya traía una hija en brazos, su esposo, el viejo ilustre y tirano le puso una novela en las manos. Él tenía una biblioteca muy nutrida y leía revistas en inglés; ella comenzó a desentrañar aquellos objetos gruesos y de muchas hojas, que sólo había visto, hasta antes de ahora, en el escritorio de la maestra Rosa. Él pintaba a pincel y ella se sentaba cerca, porque así él lo deseaba, a leer. La lentitud con que lograba voltear las hojas al principio desapareció pronto y descubrió con ello un espacio donde podía olvidarse de todo lo vivido y por vivir, para conocer seres exóticos que existieron

alguna vez en la Francia a la Rusia del siglo anterior. Haber conocido las pasiones de los hermanos Karamazov, saber que Balzac tenía obsesión por escribir hasta cómo eran las tazas en que bebían el té los seres que imaginaba, todo después de vivir entre breñales y milpas, para ahora trabajar entre alambres ignorantes y gritones, es un rompecabezas del que a veces Adelaida no logra juntar todas las piezas. Sabe más de la vida que todos los que la rodean; eso nunca lo ha dudado. Pero eso con mucha frecuencia no le sirve de nada, más bien al contrario. Por ejemplo, Tobías no soporta que ella le platique de las cosas que ha leído, o que critique las malas películas. Adelaida compra revistas en español y a veces novelas corrientes que se encuentra de casualidad en las revisterías donde venden cosas en su idioma; no hay allí lecturas que valgan la pena. Ha conseguido algunos libros prestados, se los ha pasado una compañera que viene de la capital de México. Tobías se enoja cuando ella lee y no le hace caso a él; ella le aguanta eso y otras cosas porque está decidida a hacerle la lucha para que se queden juntos.

La tarde siguiente al día que le dijeron a Adelaida que tiene que irse a México a esperar sus papeles, él le ofrece llevarla en el carro hasta Guadalajara, ahora que de todos modos le toca ir a su pueblo. Adelaida se siente feliz, verdaderamente feliz por primera vez en muchos años.

Decide guardar todos sus muebles en un cuarto que le rentó a una señora vecina; devuelve el departamento porque, aunque Tobías regresará antes que ella, siempre se acomoda en cualquier parte, con Salvador o renta cualquier jonuco. Renuncia a su trabajo y se despide de todas sus compañeras, del Sony, de Leo y Mitsy, de las filipinas que no la quieren y hasta les dice *tenkiu very moch*. Hace una maleta con mucha ropa, de invierno y verano, aunque no se lleva el abrigo negro de cuello transformable, hace mucho bulto y no sabe cuánto tiempo va a permanecer en México, ni dónde. Saca casi todos sus ahorros del banco y se los lleva en una bolsita de plástico pegada con un alfiler a la parte interna de su brassier.

El día de la partida entrega las llaves del departamento y, con el corazón palpitando fuertemente, doce horas después cruza la frontera de regreso, por Tijuana, hacia ese mundo donde se siente dueña y señora; donde, a pesar de la felicidad que le produce ser completamente libre, no puede dejar de observar con repugnancia los arroyos de aguas negras que corren por las calles y los montones de basura en las banquetas, del mismo modo que siente el corazón oprimido cuando distingue clarito a los muchachos de sombrero, tan parecidos a sus sobrinos, que aspiran a ser alambres y caminan sin rumbo por las calles del centro de Tijuana.

Y cuando enfilan por la carretera hacia el sur, hacia Mexicali, al ver aquella vereda de piedras con chapopote que no tiene siquiera las líneas blancas del centro donde un descuido puede provocar un volcamiento o choque, algo le duele en el estómago; se siente un poco traidora y un poco enojada por la diferencia tan fuerte y tan injusta entre los dos lados de esa cerca de alambre que llaman la línea. La carretera de San Luis a Sonoita, una brecha exactamente recta que se tiende a través del total vacío de vegetación, casi entre las dunas y paralela a los alambrados de la frontera, la hace cobrar la certeza de que no estará en México, el lugar que quiere tanto y por el que siente esa nostalgia que a veces la hace llorar, más que lo absolutamente indispensable, porque la pobreza total es algo que no está dispuesta a tolerar ya nunca jamás en su vida.

VI

Al entrar al valle de Santa Rosa, Adelaida olvida todos los corajes que le hicieron pasar los celadores en cada aduana del camino, cuando le reclamaban que trajera tanta ropa y le preguntaban si era fayuquera. Le pidieron dinero y ella, que había olvidado lo que es la “mordida”, se los daba rogando a Dios que en ese momento les cayera un rayo. La ropa de segunda y algunas prendas nuevas que les llevaba a muchos de sus sobrinos hacían tanto bulto, que no cabían junto con las maletas en el carro de Tobías; estuvieron luchando toda una tarde, antes de salir, para meter en la cajuela la bolsa de la *army* en que las empacó, hasta que optaron por olvidarse de mirar por el espejo retrovisor durante todo el camino, pues colocada finalmente en el asiento trasero, tapaba toda visibilidad.

Pero al entrar al valle, al contemplar desde aquella loma y de lejos la casa que construyó su padre con sus manos en mitad del cerro, en ese momento y sólo entonces, se siente en casa. Antes de ahora vino muchas veces, mientras vivía con el tirano ilustre con el que tuvo una hija. Pero era como enredarse en una pesadilla de recuerdos que no terminaban de ser o de enterrarse completamente entre los años. Por ejemplo, cada vez que ella venía a visitar a sus padres, durante sus veinticinco años de cautiverio, Gregorio se aparecía con cualquier pretexto a visitar a su sobrina, quien por cierto se había casado con Tomás, uno de los hermanos chicos de Adelaida; eran vecinos de Amparo y Feliciano. Ella lo saludaba siempre, por lo menos una vez, de mano y con una sonrisa que no terminaba de ser; siempre desviando ambos la mirada, siempre buscando en un pedacito de segundo aunque fuera, cada uno en los ojos del otro, la chispa que los había prendido cuando eran chamacos. Los dos daban por entendido que sus respectivas parejas no existían, al momento de mirarse.

Gregorio, después de la tarde en que el agua del arroyo atropelló su canto, escandalizada por la huída de Adelaida, comenzó a llorar y a refugiarse en las cantinas, con menos de veinte años y la vida rota. De allí lo sacaba una mujer solitaria, mayor que él, de voz ronca y ánimo cansado que lo consolaba, que primero por piedad y luego por amor, se quedó con él para siempre. No tuvieron hijos; hicieron nudo sus soledades y con ellas se escudaron del mundo y del prójimo. Adelaida lo supo todo; siguió su historia y sabía qué era de su vida cada vez que lo veía, de la misma manera que él sabía de las cosas de ella.

Otro capricho de la nostalgia: durante sus visitas, comer aguacates y guayabas hasta hartarse, elotes y duraznos como en las buenas temporadas de su pubertad, le sabía igual como seguramente saben las viandas que las mujeres llevan a los presos; con un gajo de amargura el final, porque es algo que se están perdiendo de comer todos los días.

Al entrar al valle de Santa Rosa esta vez, Adelaida recibe un viento alegre y fresco a pesar de que hace un sol de mediodía, en ese camión que todos llaman “pichirila”, descubierto de los lados, bamboleante y rezongón que hace viaje desde el valle mayor hasta el primer altiplano de la sierra, donde está su casa. Contempla las lomas llenas de milpas, luego se

encuentran algunos jinetes que saludan a gritos; ella tiene el alma en un cepo porque siente que es la primera vez que vuelve realmente, desde que se escapó, a los dieciséis años. Piensa en Gregorio y el río, en Emilia y sus afanes de ahora cuidando ancianos enfermos; en Mercedes y su fracaso total depositado en Pedro, su hijo médico que viene a curarlos y es su esperanza para toda la eternidad; en Santiago y su autodesierto, en Juan, la figura de la familia que encarna el arraigo a los surcos y al ejido que fue forjado, entre muchas, por sus propias manos...

Su madre, que por sus cataratas ya puede ver sólo lo que tiene a unos cuantos metros, envuelta en su rebozo y de pie en el corredor, voltea hacia las parcelas por donde ella atraviesa con la maleta a cuestas y tres de sus sobrinos detrás porque van a encontrarla hasta donde llega la “pichirila”, como en un safari desmigajado en regalos del Norte para la familia. Voltea hacia el Valle hasta que puede tocarla y darle un abrazo envuelto en llanto, desesperado, para luego tomarle la cara y decirle cosas bonitas de frente. Adelaida no había visto, en los últimos tres años, el avance de la enfermedad de su padre. Verlo más doblado y duro que la última vez, con las manos casi en puño y sin poderlas mover, le destroza el ánimo. Al acercarse a él, deja por las baldosas del corredor, mientras camina, el alma en pedacitos, porque se da cuenta de que el anciano lloraba como un niño, mientras esperaba que ella terminara su encuentro con Amparo.

Sus dos hermanos más chicos miran la escena de lejos. Miguel, el más guapo de los varones, lleva puesto el sombrero y los huaraches de la labor; llora fácilmente: tiene el alma blanda. Cirenia, que es delgada, alta y morena, penetra con su mirada de inteligencia poco común, los sentimientos de su madre, a quien pocas veces ha visto llorar con tanta alegría.

Adelaida volvió a casa. Volvió realmente. La jornada que empezó de niña, ha terminado al abrazar al último de sus hermanos, porque ella se había ido al Norte y ahora viene de vacaciones solamente; su casa está en el destino que ella se fijó en la tarde loca llena de viento, nubes y frío, cuando Chayo la presumida le vino a contar mentiras.

Su casa, el Norte, donde recibe el amor ocasional e indeciso de Tobías, donde ha conocido a los gringos y sus amigas alambres, donde encontró de nuevo su juventud; el Norte, lugar de sueños y de dolor, es donde ella ahora está; su madre, su padre, sus hermanos, ahora lo saben y así lo asumen.

Amparo está envejecida, convertida en una niña que Emilia cuida. Feliciano vive la vida desde una burbuja en donde su cuerpo está guardado, encogido y rígido, mientras su cerebro trabaja con la exactitud de un hombre sano. Emilia vela por ellos; Emilia morena y de mirada dura que pasa el día volteando cada vez que puede hacia El Cimarrón, hacia los cerros que ocultan otros valles y otros atardeceres, esos que nunca ha podido traspasar definitivamente, como lo hicieron tarde o temprano todas sus hermanas. Hasta Cirenia, quien se marchó un día detrás del hombre que amaba: Manolo, el rubio hermoso que se iba al Norte pero no la invitó, sino que le pidió amores saciados y totales en señal de despedida; ella dejó su casa, una vez deshecho su sueño, para buscar su propia vida y sustento en Guadalajara, a escondidas y armada del absurdo valor que se tiene cuando se desconoce el mundo; deambuló, trabajando de sirvienta en casa mientras el vientre le crecía y el cielo se le caía

encima de dolor y soledad. De ella se apiadaron sus hermanos, la encontraron y la protegieron de nuevo en Santa Rosa, ahora con su hija que recuerda, con su hermosura, la de Engracia.

Durante todos los días de todas las semanas que Adelaida está en su casa, por las tardes se pasa horas en conversación interminable con Emilia, mientras Amparo transita por el corredor, a ratos espantando los gatos y perros que insisten en recibir su ración de tortillas con leche, a ratos interviniendo en la plática, recordando con llanto a sus hermanas, de quienes Adelaida le cuenta, que se fueron al Norte casi niñas y las ha vuelto a ver muy pocas veces. Cirenía y Patricia, su hija, sólo escuchan.

Emilia y Amparo casi han olvidado los años lejanos en que Irene vino con su esposo hasta Guadalajara y se las llevó de paseo al Norte. Era época de abundancia, de tranquilidad, frontera libre de suspicacias y de enemigos de raza. Estuvieron dos meses en casa de las tías y luego regresaron; conocieron la carretera y las casas de los familiares, algunas tiendas y el cine mexicano. No habían tenido tiempo ni libertad para nada más.

El anciano dormitaba en su silla del corredor casi todo el tiempo, y a ratos escucha. Al caer la noche, llegan Juan, Tomás y Miguel a sentarse junto a su padre, como durante toda la vida desde que lo recuerdan; hablan del trabajo, le cuentan cómo van los tratos de la venta de la cosecha, cuánto esperan sacar de las parcelas, qué resultados han dejado las aguas, cómo se mató ayer la vaca pinta de Toño Castellón, cuando se cayó al barranco. Feliciano escucha. Luego, balbuceante, interpreta lo que le han dicho; da consejos, advierte a sus hijos los peligros, se congratula de lo bueno. Después vuelve a sumirse en el silencio. A las ocho en punto, encienden la radio, después de cenar frijoles fríos y tortillas tostadas en la brasa. Alrededor del aparato y una lámpara de petróleo, todos se instalan; comienza "*Chucho el Roto*" en la XEW de la ciudad de México. Todos atienden, nadie se atreve a respirar más fuerte; las aventuras de los hombres se aposentán en la casa de adobe; la voz de la justicia corre por los intersticios de las paredes; el sueño del bandido que roba a los ricos y da a los pobres se extiende, topa en las vigas de los techos, sale por entre las tejas, sube a los pinos de la sierra, se instala en la punta de las montañas y espera que pasen las nubes para montarse en ellas, junto con las imágenes soñadas por esas frentes sebosas y morenas, después del surco, del buey manso, del macho que relinchó por la tarde porque estaba harto de los golpes de la riata.

Adelaida suspira antes de dormir; recupera los silencios nocturnos, la imagen de las estrellas a puños en el cielo, las voces de su gente, los mugidos de las vacas y el sollozo de la tarde que cae en llovizna.

Se duerme soñando que es niña, que va a la fiesta de Nuestra Señora Santa Ana; Gregorio la mira, llora y da la media vuelta, ella lo sigue, ansiosa y despierta de golpe... permanece con los ojos abiertos hasta antes de amanecer y cuando recupera el sueño está decidida a irse lo más pronto posible y pasar una temporada con Felicitas, en Puerto Vallarta.

VII

Adelaida sabe que en el puerto tendrá la mesa servida y un montón de cariño para entretenerse mientras llegan sus papeles, porque Felicitas y sus hijos son casi sus favoritos. Sin menospreciar a los otros, claro.

Los hijos de Mercedes, criados en la dureza de la ciudad, han crecido entendiendo la vida de manera distinta al resto de la familia. Hay distancia, indecisión, cierto resentimiento en el carácter, que les transmitió Mercedes. Engracia tuvo un destino de suerte imprecisa, porque su belleza, el color de su piel, su dulzura, le permitieron desenvolverse en otros niveles sociales y casarse en tono de gente rica; es el punto intermedio entre la soltura campirana - ¿no se había criado ella en brazos de sus tías? ¿no había sufrido hambres atroces y habían pasado años para que se librara de las costras en los pies que la tierra del campo le había sacado?- y el estiramiento de la ciudad; Engracia a veces confunde la limpieza de fines y la mirada pura de los campesinos con mala educación; y a veces rezonga, llora por los malos tratos que recibe del marido, incapaz de entender que un hombre educado y de ciudad, como ese con quién se casó, sea poco menos que una bestia a la hora de los problemas conyugales.

Pedro, el segundo hijo de Mercedes, es para todos una especie de ángel de la guarda. Por razones de herencia, porque se pasó todas las vacaciones escolares de su vida con sus abuelos, cada vez que puede tiende a la sierra, al oxígeno puro del altiplano; se comparte entre la finura del mundo intelectual de la medicina y el ejido, recorriendo kilómetros sobre los caballos de sus tíos y disfrutando el tiempo de aguas en pleno cerro, con las chinas de palma puestas del cuello a los tobillos, acarreado las vacas, porque lo hace desde que tenía las piernas demasiado cortas para los estribos y tomaba la rienda firmemente, entre sus manos de niño. Pedro es ángel que cuida a Feliciano, que receta a Amparo pastillas contra las reumas y la alta presión; que ve por los nervios de Emilia, que cura de diarreas a los niños del barrio donde vive con su madre en Guadalajara, mientras termina su carrera de médico.

Mercedes tiene otros dos niños, chiquiados y pequeños, que no saben del campo, a diferencia de Engracia y Pedro.

Los hijos de Josefa se perdieron de vista durante los años de absoluta pobreza en que los tuvo Arturo, viviendo en vecindades y lejos por completo del resto de la familia; mirarlos es extraño porque parecen desconocidos; resentidos y silenciosos, saludan con frialdad.

Los hijos de Vicenta y Guillermo, también pobres y obligados a trabajar desde niños, nacieron en un pueblo ferrocarrilero cerca de la frontera, a donde Guillermo los llevó para ganarse la vida vendiendo comida a los campesinos que pasaban apretujados en el tren e iban al Norte, contratados como braceros. Nacieron en el desierto y crecieron con el ejemplo del corazón generoso de su madre, muy cerca de Adelaida, el tirano y su hija. Para Adelaida

siempre fue natural verlos, abrazarlos, eran como sus propios hijos, no como sobrinos. Con el tiempo volvieron a Guadalajara, donde terminaron de formarse y encauzaron su vida.

Pero los hijos de Felicitas, en Puerto Vallarta, son un chorro de alegría; van a recibir a su tía Adelaida, le cargan las maletas y la bolsa de la *army* que ya viene a la mitad de garras; la casa de palapa se llena de bullicio; el trópico, sudado y tibio, recibe a Adelaida de nuevo, que viene por temporada larga. Morenos, de estatura pequeña, los sobrinos sonrían, se amontonan; llega después Rosa, la hija mayor de Felicitas con un niño en brazos y un chiquito de la mano. Todos hablan, todos quieren que les cuente cosas. Jesús, padre de aquella prole, llega muerto de risa, convertido en un viejo corrioso y con arrugas firmes en la frente, después de haber pasado, en su juventud, por galán, lagartón aprovechado y luego marido cumplido aunque comodino, y pobre por siempre jamás; saluda a Adelaida y después entre todos le ofrecen un pocillo de café de olla; la instalan, le dan comida y cariño.

A las dos semanas Adelaida se embarca a trabajar en un hotel de los muchos y muy lujosos que están construyendo en el puerto, porque empiezan a llegar cada vez más gringos de vacaciones. El pueblo, aunque no crece mucho en extensión, tiene cada vez más gente amontonada. Jesús, su cuñado, le cuenta que llega gente de los pueblos para acomodarse como meseros, recamareras, albañiles, lo que salga.

Adelaida ha aprendido a trabajar. No es lo mismo ella haciendo las camas y lavando los pisos de los cuartos, que las otras: se hacen las disimuladas, platican en cuanto la supervisora se pierde de vista, hacen las cosas a veces por no dejar. Adelaida tiene ya hábitos extraños en su tierra, como llegar siempre a tiempo, escuchar muy bien las órdenes que le dan; no dar motivo de queja, cumplir exactamente con lo que le piden. Por todas esas razones, a los dos meses la nombran supervisora. Ya no tendrán que agacharse tanto, sudar o lastimarse la columna con el trapeador. Ahora sólo recorre las habitaciones que ya están hechas, revisa los baños, el número de toallas, el estado de los picaportes, los ganchos que hay en el clóset, que la televisión funcione...

Sus sobrinos y Felicitas cada rato la quieren convencer y le platican bonito: tía, véngase a vivir acá, mire, se manda hacer una casa en un lote que compre por las orillas, nosotros se la levantamos... qué andas haciendo tan lejos, Adelaida, mi madre se vuelve la vida llanto, acordándose de ti... eres la única que falta en las bodas.

Jesús sale a diario muy temprano, son su hijo mayor, Rafael, hacia la parcela que tienen cerca del puerto, junto al pueblo de Ixtapa; muy temprano, también, Adelaida sale hacia el hotel. Ella los mira irse lejos; mira a Rafael encogido, con su espalda doblada en una dolorosa joroba que se le empezó a formar el día que cayó de la cuna que pendía el techo. Rafael adolescente, de ojos grandes, aquél que mira con mucho apego a las muchachas y nunca le hacen caso; el que lloró tres noches seguidas, cuando aquella coqueta que lo enamoró le dijo que nomás estaba jugando, pero qué barbaridad, cómo crees que me voy a fijar en ti.

En las afueras del puerto, donde vive Felicitas, se desparraman los manglares junto a los caminos. Las palmas cocoteras tiran su fruto por las veredas; las plantas se meten por las ventanas, los moscos desayunan, comen y cenan cristianos. La cachimba de petróleo apenas si alcanza a dibujar los rostros, por la noche, en la cocina, cuando todos se reparten café con

tortillas o frijoles fríos, lanzándose carcajadas y juegos de punta a cabo, de esquina a esquina en la casa de una sola habitación.

Seis meses y Adelaida comienza a suspirar. Tobías le ha escrito tres cartas, a duras penas, con trabajo infinito, pues casi no sabe; cada vez que ella recibe una, ha recordado las calles de Sacramento, el vapor de la lavandería, a Cande, a Rosenda, hasta de las filipinas se acuerda con gusto. De alguna forma, la certeza de que en el Norte tiene su casa le atenaza la garganta. Su casa, igual que la del cerro en el ejido, donde sus padres languidecen de vejez y enfermedad. Su casa en el Norte, su casa en la sierra, en Jalisco, en la montaña verde.

¿A dónde pertenece? Tal vez al mundo pobre donde ahora la rodean de amor y buena fe, allí donde durante su infancia y adolescencia se sintió menospreciada. O tal vez al otro mundo, immaculado y lleno de orden, donde la gente no la ama, sino que compite con ella; donde le exigen más trabajo y sabe que la miran con desconfianza, con autoridad... donde tiene dinero para ahorrar, no necesita pedirle a nadie, sino que todo lo puede descansar en su espalda y sus manos, que saben coser.

Tobías le escribe y ella suspira. Los atardeceres calientes y húmedos en las orillas del puerto, los paseos por la playa, los bailes a donde la han invitado Rosa y su marido, las noches de risa loca escuchando chistes entre las caras oscuras; tantas cosas amables no le apagan la nostalgia por una sola tarde en su departamento barato, cuidando plantas, cocinando para Tobías, levantándose temprano para salir al hielo del invierno y a la lavandería.

Ella sale por las tardes de su trabajo y camina hasta la casa; el pueblo es tan chico que no le da flojera. Arrastra los pies, sin embargo; está muy cansada. Hoy le dejó un gringo una buena propina, pero otro inquilino la regañó porque no había llevado a la habitación las toallas que pidió desde temprano.

Hoy la va a encontrar Manuel, el hijo más pequeño de Felicitas, lo ve correr desde dos cuadras antes, a su encuentro: córrale, tía, apúrese que le acaban de hablar por teléfono de Guadalajara, que dice Pedro que acaban de llegar sus papeles y que tiene que presentarse el lunes en el Consulado Americano.

VIII

No cabe duda: Sacramento se mira de otro modo. No sólo porque lo dejó en invierno y regresa en otoño, cuando los árboles incendian su follaje y las calles son alfombras de hojas muertas; no sólo porque hace mucho que no contempla esta ciudad con el río profundo que la atraviesa, donde corren las lanchas de motor hasta llevando esquiadores; donde, en el Capitolio, está la estatua de Colón recibiendo las joyas de la reina, al centro de ese parque cuyos centinelas son ardillas que han colonizado los robles.

Sacramento es una ciudad recién estrenada para Adelaida, porque ahora vivirá en ella con permiso de ese gigante de susto que es el Gobierno de los Estados Unidos, siendo que antes hubiera podido devolverle atrás la vida, convertírsela en pedacitos. Ahora nada la amenaza, nada la detiene, puede caminar por las calles junto a las patrullas de la migra y pedirles la hora a los oficiales, si le da la gana. Puede exigir un sueldo decente, estar en la unión para tener los derechos de cualquier trabajador, sacar su licencia de manejar y comprarse un carro; puede vivir y dormir tranquila.

Al llegar el *bus* a la estación, cuando se sabe en esta Sacramento distinta y mira de frente a todo mundo, confirma que trae consigo la mica azul celeste que la identifica como residente de los Estados Unidos. Llama a Tobías, quien regresó desde hace tres meses y está rentando un cuarto de pérpero, como siempre; con él piensa asilarse unas semanas, mientras empieza a buscar casa y trabajo. Él la recibe con gusto; la atiende, la lleva a cenar.

Cuando rentan un departamento, lo que les lleva sólo una semana, se instalan de nuevo con las cosas de Adelaida, pues él no tiene absolutamente nada en qué caerse muerto, a no ser por su automóvil. Lo cambia cada vez que vuelve de México por uno usado igual de viejo, o sea de diez años antes más o menos. A Adelaida le han tocado dos, y ahora pronto conocerá un tercero, pues éste ya tiene el viaje hasta Nayarit que correspondía. Una vez metida en la casa, a pesar de tantas cacerolas y muebles por acomodar, sale a ratos a buscar trabajo, que ya le urge, pues casi no tiene dinero y Tobías tampoco. Él ha trabajado en la construcción, y en esta fechas hay vacantes, pero está metido en cursos de mecánica y no piensa en otra cosa en todo el día. Dice que pondrá un taller, que le va a dar trabajo a sus sobrinos, que los mecánicos ganan bien. Tú estás como Rosenda, le dijo Adelaida, nomás pensando en ganar tanto como los güeros... en hacerse ricos. Él se calla, se desvela estudiando, no falta a las clases, mientras ella busca trabajo.

Con su tarjeta de residente en la bolsa, por si se la piden, Adelaida recorre fábricas de ropa, canerías donde empaacan fruta, hospitales para entrar como afanadora, pero nada la convence; en algunas partes le dicen que sí, pero ve lleno de güeros como mayordomos y muchos negros como obreros; pocos mexicanos, poca gente con quién entenderse; su inglés es malo, lo comprende bastante, pero no puede hablarlo mucho.

Un día le pasan el cuento de que hay una fábrica de costales cerca del centro, que no es muy grande, y donde trabajan Rosenda y algunas mexicanas de su barrio. Allí surten a muchos agricultores para que empaquen grano y fruta. Siempre hay mucho trabajo; siempre necesitan gente.

Cuando va a poner una aplicación, entra al lugar, también un caserón de madera, y algo se le remueve en el pecho porque ve caras morenas; o blancas, pero con el pelo oscuro. Ve al fondo, igual, las máquinas de coser; escucha el ruido de matraca; se le transmite la calma de gente que trabaja en paz; el mayordomo es joven, gringo y de bigote, no mucho mayor que su amigo, el Sony.

No le preguntan que si está emigrada, pero se lo pueden preguntar en cualquier momento: ella sabrá responder. La admiten de inmediato, cuando ven la carta que le dieron en la lavandería, donde la recomiendan como *excellent worker*. Le dicen que le pagarán la hora a una cantidad bastante buena, para lo que ganaba antes, le dan una máquina y se sienta a coser a destajo los costales que le van pasando, ya cortados.

Cuando llega de plano el invierno, Tobías piensa en buscar trabajo porque ya no aguanta las puyas de Adelaida, quien le tira con el plato de comida tan de mala gana, que, o se hace el disimulado o tendrá que salir para siempre de esa casa si quiere salvar la dignidad. Opta por lo primero, pero cada vez se siente más incómodo. Cuando se decide a contestar las puyas, lo hace diciendo tonterías. Ella es hiriente, insistente: odia a los mantenidos, odia a los tibios... si yo nunca lo he sido, no tengo por qué soportarlos; eso y más le dice. Pero no es clima para que haya empleo. El hielo que flota en el aire todo el día, la neblina que oculta las casas de enfrente, el crepúsculo a las cuatro cuarenta y cinco, no son vida para buscar y menos para encontrar trabajo. Pide dinero prestado para que ella se calle. Mira todo el día la televisión; duerme muy junto a ella, para que no tenga frío; le cuenta chistes siempre que puede, todo para suavizar el mal humor.

Al atardecer de un agotador día de pleito, después de pensarlo mucho, se decide. Cuando llegue el calor, le dice Tobías a Adelaida, vamos a Reno y nos divorciamos, como habíamos quedado. Nomás nos divorciamos; podemos seguir viviendo juntos, si quieres... en cuanto encuentre trabajo te voy a ayudar con los gastos... vamos a estar mejor.

Ella lo escucha y guarda silencio, mientras pela unos pepinos para la ensalada del *diner*. Está adolorida de la espalda; él no se ha movido del sillón frente al televisor, desde que ella llegó. Pela los pepinos con la misma calma con que lo ha hecho siempre, pero de pronto empieza a sentir las manos pesadas; el cuchillo con que los corta, tiene un mango de plomo, le quiere arrastrar hasta el piso los brazos, el cuerpo entero. No habla por muchos minutos, hasta que termina la carne, la sopa, los frijoles. Le sirve la comida con los malos modos de siempre; se sienta frente a él y toma una cucharada de sopa lentamente. Como quieras, le dice por fin; por mí podemos ir mañana.

Desde ese día, Adelaida comienza a pensar de otra manera en su futuro. Comprará una casa; aprenderá a manejar; de ahora en adelante sólo traerá cosas nuevas a su casa, nada de segunda. Pedirá crédito en las tiendas grandes, para poder pagar con comodidad. Cuando tenga crédito, comprará vestidos y zapatos nuevos para ir a las bodas de Oakland. Volverá a

la escuela de inglés, hasta que pueda hablar sin miedo; y cuando él se vaya a Nayarit, se buscará otro novio, para poder echarlo de su vida.

En cuanto empieza a brotar la hierba nueva en el jardín de esta segunda casa que comparte con Tobías, ella le recuerda lo del divorcio. Él no lo había mencionado porque ella dejó de echarle rezongos; se volvió silenciosa a la hora de comer, sólo hablaba después, cuando miraban la televisión. Ahora, ella espera que el sol comience a calentar los días para ir lo más rápido posible a Reno. Él, para la primera semana de primavera, se coloca en un trabajo de construcción, usando la sierra eléctrica; cuando cobra el primer sueldo, ella le dice que pida permiso el viernes próximo, porque decidió que quiere divorciarse en el mes más bonito del año: abril.

Ese día, él siente, mientras cava un hoyo en la yarda de atrás para plantar un limonero, que las manos le pesan y que la pala quiere arrastrarlo hasta el suelo, con cuerpo y todo.

IX

Después de cinco años más de soportar los viajes de Tobías a Nayarit, de verlo llevarse todo lo que había ganado y todos los cachivaches que era posible meter al carro; la última vez que lo ve partir, Adelaida decide que no volverá a dejarlo entrar a su casa. Salvador le ha contado todos los enredos que se trae allá con una muchacha joven e interesada en las casas de renta que son de la familia... así dice Salvador. Adelaida, que antes de conocerlo a él no sabía de celos, aguantó que la rabia le perforara el estómago durante los últimos meses, cuando descaradamente él buscaba vestidos de novia hasta frente a ella, en los centros comerciales.

Esta vez se va y ella sabe que es para toda la vida; si se casa con la otra o no, es otro asunto; pero no está dispuesta a seguirle dando de comer mientras se hace el tonto todo el invierno.

Los años han hecho marcas en el cuerpo de Adelaida. Combate las arrugas lo mejor que puede; compra cremas que le venden sus amigas de la fábrica de costales. No puede bajar de peso tan fácilmente como antes; se mantiene en regular figura: gordita pero sin barriga, porque hace mucho ejercicio; no sólo en el trabajo, sino en un gimnasio donde Cande y ella van los fines de semana. Se ponen unos pants y brincan a ratitos en la clase de gimnasia para luego darse un chapuzón en la alberca y divertirse como chiquitas echándose agua una a la otra. Cande largó al novio que tenía y ahora cuenta de un señor interesante que nomás la visita de vez en cuando y es casado, pero la trata bien y hasta le ayuda a darle de comer al montón de muchachos que tiene. Adelaida, por su parte, platica de los amigos que conoce en las bodas de Oakland, de que ninguno sirve para nada porque todos tienen mujer en México y nomás andan de sinvergüenzas por acá. Otros son casados, los hay divorciados que viven solos, pero son perros chimuelos y mañosos, como Tobías.

Una semana después de que Tobías se fue, se va a Oakland, invitada por benjamín al *pary* de sus primogénitos, los gemelos. El pastel, los trajes de niños, los platos, las servilletas, todo tiene forma de rosas amarillas para la niña y de payasos azules para el niño. Es sábado por la tarde; en un ambiente de viento helado, cerveza y carne asada para los mayores, se oye a todo volumen otra vez Vicente Fernández, mientras los hombres se emborrachan en el patio y las mujeres platican en la cocina.

Este año no voy a trabajar en la canería, dice Luisa, la mujer de Baltazar... se me hace que estoy de encargo. Lety, la esposa de Benjamín, abre los ojos mucho: mujer, pero qué no están pagando la casa... sí, dice Luisa, pero es muy pesado trabajar de noche, casi no puedo dormir en el día y con semejante panza... Adelaida escucha a medias porque mira en la televisión los anuncios de los automóviles chiquitos que ahorran gasolina que, el sueldo, seguramente rinde más; estos gringos andariegos y locos de carretera deberían tener todos un carro chico. Sueña y se mira a sí misma manejando, desde hace varios años. Alguna vez quiso aprender, cuando era joven y vivía con su marido y su hija; pero estuvo a punto de chocar y

le dio mucho miedo. Ahora ve a tantas viejitas, viejitos y hasta paralíticos manejando, que le da coraje no animarse. Le faltan días para cumplir cincuenta años, no se olvida de eso; al contrario, lo recuerda siempre y también que los carros son muy caros.

El domingo, de regreso en el *bus* por la tarde, Adelaida separa cada ratito la vista de la novela que lee ahora y trajo de México la última vez que fue: **Los viajes de Marco Polo**. Levanta la vista porque está espiando a las viejitas que manejan en la carretera. Las ha contado y ya son como diez. No puede ser, piensa cuando descubre a otra de ellas; tan agusto que van y yo, con lo que he pagado en *bus*, ya me hubiera comprado cinco carros casi nuevos en la agencia de Chico García, el de la tele.

El lunes, inmediatamente, habla muy en serio con Rosenda, le ofrece pagarle por lección -porque ella no hace nada gratis- y deciden empezar las clases de manejo una semana después, cuando Adelaida ya tiene en su poder, y estudia todas las noches, el librito que dan en el Departamento de Tránsito y contiene todas las reglas del tráfico, tanto en ciudad como en carretera.

El mismo día que Rosenda comienza las lecciones, Adelaida está cansada por la emoción que sintió cuando, por la mañana y en la escapada que se dio a la hora del *lonch*, puso una aplicación para comprar una casa, pues ya tiene dinero suficiente para dar el enganche.

Un mes de clases dos veces por semana y ella ya puede andar sin miedo por las orillas de la ciudad manejando el carro casi nuevo de Rosenda, en el que se han divertido como locas y reído como seguramente no volverán a hacerlo nunca. Dos veces estuvieron a punto de chocar; una de atropellar a un perro muy educado que atravesaba la calle por la esquina; cuatro veces se pegaron en la frente y se hicieron chichones porque Adelaida frenó con violencia; en dos ocasiones se quedaron atoradas porque Adelaida jamás le encontró el chiste a la reversa para estacionarse en un espacio donde apenas cabían... por lo menos dos sábados tomaron cerveza y Rosenda terminó llorando por Felipe, el eterno infiel que ahora sí, ahora sí se había casado con una muchacha que se había hecho novia en Lagos de Moreno, una que le dijo que iba a tener un hijo de él y se lo creyó: fíjate Ady, le decía Rosenda, qué tan pendejo tiene a Felipe esa mujer... si él no puede tener hijos, no puede...

Felipe no sólo se casó, sino que se trajo a la muchacha a vivir a Los Ángeles con él. Hasta allá fue Rosenda a gritarle que lo quería y a llorarle, suplicarle, insultarlo; le dijo que era un carnudo y un baboso, que él muy bien sabía... y luego él le había pegado en la cara, le había dicho que se fuera, que lo dejara en paz y ella se regresó y se puso tan mal que tuvieron que llevarla al hospital entre Cande y Adelaida porque no quería comer y tenía calentura.

Y ahora que enseña a manejar a Adelaida se echa sus cervezas cada vez que puede, mientras se acuerda del traidor.

Cuando ya se sintió capaz de practicar sola, Adelaida visita la agencia de Chico García; hace tratos con él por un Ford muy viejito pero en excelentes condiciones y que fue de un anciano que acababa de morir: está muy bueno *yu nou*, dice Chico; vas a ver que no te encuentras uno tan *nais* y tan barato en ninguna parte. Practica a diario después del trabajo; practica y practica, y un día, con las piernas temblando, invita a Rosenda para que la acompañe al Departamento de Tránsito a solicitar una licencia.

Tres días le ponen de plazo para el examen; llena papeles y espera, estudie y estudie el libro amarillo de las reglas. Van al examen y el susto no la deja: no lo pasa, el viejo gringo que le hace las preguntas no le tiene compasión: *yu gat tu stady, com back leirer*, le dice. A los quince días va de nuevo y le toca el mismo gringo; otra vez la devuelve.

Se espera un mes, practica y practica tarde a tarde, más empeñada que cuando decidió emigrarse, más convencida cada vez de que ella va a obtener su licencia; en la tercera ocasión la examina una señora joven; eso la hace sentirse confiada; le habla en español, le tiene paciencia; le pregunta las cosas despacio y la deja concentrarse; le sonrío. Cuando llegan de nuevo a la oficina, Adelaida Quintero, de cincuenta años recién cumplidos, escucha la felicitación de la inspectora, cuando le dice que pasó la prueba, que puede volver a los dos días por su licencia de manejar.

X

¿Estás segura, Ady? ¿Y si chocamos? dice Vicky, la compañera italiana que comenzó a trabajar hace unos días en la fábrica. Adelaida le dice *chur*, mujer, vente, yo te llevo a tu casa.

Sus compañeras no se acostumbran a verla ir y venir en su carro de viejito, y las que van por su rumbo siguen ofreciéndole *raid*.

Vicky es güerita, de ojos cafés verdoso y piel muy blanca; chaparrita, platicona, ocurrente. Habla el español un poco raro. En el camino le cuenta cosas: que tiene tres hijos, dos varones y una niña de siete años; su marido es medio mexicano, medio indio; lo conoció en Verona, donde ella nació, la ciudad de Romero y Julieta, dice, y fíjate, mi padre allí tenía una tienda de antigüedades muy grande cuando conocí a Fredy...

Adelaida no puede girar el volante con soltura, pues maneja con un terror insufrible en las manos, y sólo después de pensar varios segundos logra poner la direccional correctamente; cambiarse de carril le parece una victoria de titanes, pero se enfrenta a ello con pasión, pues manejar es la aventura que siempre había dejado para después. Su automóvil es el más limpio de todos; ella, de las muy pocas que no tenía uno y lo presume porque está en muy buenas condiciones. Tres de sus amigas, vecinas de máquina de coser, le aplaudieron el primer día que la vieron llegar manejando.

John Framer es el dueño de la fábrica de costales y todos lo conocen bien porque se la pasa dando vueltas por las áreas donde están sus trabajadores; con botas y sombrero tejano todavía ve *nais* el viejo cincuentón y, ella se da cuenta, le echa ojos de borrego a Rachel, la gringa ya pasadona que, a muchos metros, se nota correteada y coqueta. Hacen buena pareja y Adelaida siente simpatía por John, porque les habla a sus empleados mexicanos lo más que puede en español; no es mucho pero todos aprecian el esfuerzo. *Yu moy boen car, gud car, Ady*, le dijo cuando la vio salir, seguida por Vicky. Ellas platican sus historias y de todo; de las máquinas y las negras que son cortadoras, con las que está Vicky. Hay una que no me gusta, Ady, fíjate, se me figura que siempre anda con su cigarro de marihuana entre pecho y espalda... Y Rachel le entra mucho a la cerveza, dice Adelaida, me doy cuenta que se toma una a escondidas en la hora del *lonch*, y otra a la salida... Se va con John, ¿no? Sí, hace rato que algo se traen... tú eres nueva, pero todas lo sabemos, y John sabe que todas lo sabemos, y Rachel también. A veces viene la esposa del viejo, y se pasea por todas partes, platica con todas, hasta con ella, es buena gente la señora...

Cuando pasan algunas semanas, Adelaida ya siente su carrito como parte suya; le fue a reclamar un día a Chico García que el radio luego luego se descompuso, que mentiras que en perfecta condiciones, y Chico le rogó que no se enojara: señora mire, dijo, el carro está bien cuidado, no puede pedir más, pero si quiere yo le devuelvo lo que el radio cuesta... Se quedó

con él y se sintió importante, porque su dinero le había costado, porque si le daba la gana, se lo dejaba tirado allí mismo, por mentiroso...

Ahora es Rosenda la que anda de *raid* con ella; pero últimamente está más corajuda que nunca, más amargada, más llorona. Con Cande se va al Centro Mexicano y hasta les ha dado por irse a otros *nait clubs* donde pagan *cover* y todo. En el carro de Adelaida pueden recorrer todo Sacramento; un sábado se quedaron al final del baile con unos amigos de Cande: dos alambres que acababan de llegar, jóvenes y alegres, el dueño del *nait club* y dos meseros. Tuvieron que cerrar para evitar una multa y se les ocurrió ponerse a cantar en la banquetta, con dos guitarras que tenían los recién llegados. Mientras cantaron las románticas, estuvieron en paz, pero cuando alguien comenzó “Qué lejos estoy del suelo donde he nacido...”, los alambres pegaban alaridos y llegaron, en menos de diez minutos, seis patrullas a ordenarles que se dispersaran. Rezongando, se fueron y ahora ellas tienen cuidado de, en la madrugada, no hacer ruido por la calle.

Adelaida recibe por correo la notificación de que hay una casa disponible de acuerdo a su solicitud, y la tarde siguiente le pide a Rosenda que la acompañe a verla: está alfombrada toda de verde, es chica, acogedora y con una cocina amplia, como a ella le gusta. Tiene, sobre todo, una *yarda* enorme donde se pueden sembrar flores, árboles y hasta maíz. Puede tener perros o gatos, sentarse a la sombra de un árbol que ya está ahí, en las tardes de calor; y lo mejor de todo es que tiene un *garach* largísimo, para guardar su carro. Se arregla pronto con el agente del *ril esteit*, porque sabe que también anda tras esa casa un señor que la quiere para rentarla; tiene mucho dinero, se la puede ganar. Ella se da cuenta de que el barrio es de negros y mexicanos; mejor, porque además comprarse una casa en barrio de güeros es como un sueño de locos: nunca jamás lograría juntar ni siquiera lo del enganche. En la siguiente esquina hay un super de chinos; a pocas cuadras está una *key mart*; a una cuadra pasa la avenida Sacramento, que va a dar a la Broadway y luego derecho al Capitolio.

Pisar un suelo que será suyo de ahora en adelante, tocar unas paredes donde podrá poner unos clavos así de grandes sin que los encargados la regañen, poder sembrar árboles en la *yarda* que va a ver crecer sin prisa, sabiéndolos suyos, todo eso la hace levantar más la cabeza... le dice al agente que firmará el contrato en cuanto se lo digan, que puede entregar el enganche cuando gusten, y el agente le dice fechas y lugares; antes de irse echa otra mirada a la *yarda*, se imagina las milpas que tendrá para el año que viene, dónde va a sembrar hortalizas, dónde pondrá el círculo de zinnias y claveles que tiene en la cabeza como un deseo incumplido, desde que vio esta tierra de Sacramento, que da árboles gigantes.

Otra vez siente que estará en casa; porque pondrá discos de Pedro Infante a todo volumen los domingos, o de Julio Iglesias cuando se sienta romántica; o tomará el azadón para hacer surcos en la tierra y de allí surgirán las milpas y las plantas de tomate; sabe que este barrio será su barrio y se quedará allí por quién sabe cuántos años.

Cuando regresan, Rosenda le dice a Adelaida que su compadre Samuel tiene unos cachorros de Coker Spaniel, los está regalando porque le da lástima tener que mandarlos

dormir a la veterinaria. Adelaida le pregunta a Rosenda, entonces, que si ella los ha visto y de qué colores son.

XI

Ese presidente es un ladrón, dice Roberto, que es chofer de la fábrica y primo de Marcelina, con la boca llena de sándwich. Pues sí, muchos presidentes se roban el dinero del gobierno, pero este ha hecho mucho por México, dice Adelaida. Vicky abre más los ojos y Marcelina, la costurera más joven de todas, protesta: yo no sé, pero a mí me había ido muy mal; para mí México está cada vez más pobre, yo no encontré nunca un trabajo donde me pagaran bien, por eso me vine.

Están en la hora del *lonch*, sentados en la banqueta, debajo de uno de los árboles que rodean la fábrica, a pesar de que hace un frío ligero; sale el tema porque supieron que el peso mexicano se devaluó. Corrieron los chismes, todos hablaron con sus parientes en México, para ver cómo se sentían y todos dijeron lo mismo: que asustados, que amolados, que tristes.

Ese presidente no sirve, él se ha de haber llevado todo, él y sus compinches... Adelaida siente atravesado el pedazo de pollo frío que se estaba comiendo. México es muy pobre, yo no sé cómo aguanta la gente, dice Carmen, una mujer muy vieja que tiene más de quince años trabajando en la fábrica y se emigró desde chamaca; los pueblos están llenos de gente que viven en unas casitas que están cayéndose, dice, los hombre no tienen trabajo; las carreteras no sirven... Adelaida brinca: Ay, Carmen, ¿cómo sabes tú eso? ¿Cuánto hace que no vas a México? No necesito ir, dice Carmen, yo sé cómo es, ni que no hubiera nacido allá. Pues por lo mismo, porque naciste allá deberías averiguar mejor; en México, así como hay pobreza, también se puede vivir bien, yo conozco gente que vive mejor que cualquier gringo de éstos que andan en la calle.

Todas la miran, incrédulos. Pasas a creer, dice Roberto, decir que los mexicanos viven como los gringos... No todos, yo sé, contesta Adelaida; pero he visto millonarios mexicanos pasearse en Puerto Vallarta y darse vida de reyes; en Sonora, hay gente que tiene unas casas grandísimas... y de ladrillo, no de tablas como éstas de los gringos... y más bonitas, no como estos jonucos que de tan chiquitos no se puede caminar.

Ay si, pues si en México se vive tan bien, qué estás haciendo aquí, a ver, qué estás haciendo, le dice Marcelina.

Adelaida se queda muda, se pone pálida, le tiembla la boca de coraje. Yo sé que estoy mal, contesta con voz tronante; yo sé que estoy mal y debería estar en México, haciéndole la lucha a vivir bien; no pude, porque me tocó mala suerte, pero me voy a devolver algún día, me voy a devolver a mi país para no estar aquí hablando mal de mi tierra como ustedes y pidiéndole limosna a estos pinchis gringos.

Yo ni loca me devuelvo; hay que ser pendejo para estar allá, donde la gente se muere de hambre y menos ahora; qué va a pasar, fíjate, ya los pesos se van a hacer agua cuando los

cambien a dólares... pero los dólares van a rendir más en pesos... pobre gente, de veras, hay que mandarles más... yo no les mando nada, mejor que se vengan, aquí hay trabajo y qué comer.

Sí, dice Adelaida, trabada de coraje todavía, que se vengan para que los tengan aquí discriminados, ganando tan poco, amontonados y aguantando que nos llamen *griisis*. ¿Cuál discriminados?, salta Carmen, ¿cuál discriminados?, yo nunca me he sentido menos aquí. Sí, grita Adelaida, cómo no, pues vives entre puros mexicanos y trabajas entre mexicanos, pero vete a meter entre los güeros a ver cómo te tratan, a ver si es cierto que eres igual que ellos... y pregúntale a las gringas que trabajan en fábricas a ver si ganan igual que nosotros, y a ver, cómprate una casa y un carro como los que tienen ellos, a ver...

Estás loca Ady, dice Marcelina, mientras todos están atentos a la discusión; no sé de dónde sacas todo eso; yo, desde que vivo aquí puedo comprarme ropa más bonita y pagar la renta, hasta puedo mandarles a mi casa... allá, por poco y tengo que trabajar de puta, porque no me alcanzaba el dinero. México es un país que no sirve, dice Roberto, a gritos también; no sirve, por eso nos tenemos que venir acá para poder vivir.

Claro, a trabajarles a los gringos, en lugar de trabajar para tu tierra les vienes a trabajar a los gringos; Adelaida está a punto de llorar, está recogiendo la basura que hizo mientras comió su *lonch*; tú que estás fuerte y sabes ser chofer y conoces de mecánica, deberías trabajar en tu tierra, darle a tu país, no al país de otros. Ya deja de defender a México, dice Carmen, si tanto te apura, tú trabájales a los mexicanos... nosotros no queremos volver a tener hambre y a vivir en la mugre.

Adelaida no contesta, se va de allí con el corazón dolido; lo siente como apretado entre dos fieros ardiendo, entre el amor por su país y el terror a la pobreza; se sienta a su máquina, le ruedan las lágrimas mientras cose. Odia a sus compañeros cuando discuten el tema; ella misma no sabe de dónde y por qué le salen los chorros de sentimiento y esa pasión que casi la obliga a arañarles la cara a los renegados; sabe que el cinco de mayo todos se conmueven mirando a la bandera mexicana y que lloran en la iglesia frente a la Virgen de Guadalupe; sabe que a todos se les agranda el corazón en el pecho cuando escuchan un mariachi. Dicen una cosa y sienten otra; así les pasa a todos, a ella misma se le enredan las ideas.

No vuelve a abrir la boca en toda la jornada; se despide de sus amigas con la mano cuando arranca su carro y se olvida de ofrecerle un *raid* a Vicky.

Con la inquietud todavía dándole vueltas en la cabeza, el sábado siguiente, en vez de dedicarse a ordenar su casa nueva o recorrer las segundas buscando adornos para la sala como se lo propuso, decide visitar a sus sobrinos, en Oakland. Se levantó sintiéndose inquieta; habló con su hija la noche anterior, también para preguntar cómo estaban las cosas con la devaluación. Todo está bien, le dijo, a través del espacio, mientras quedaba el eco de sus voces por el desierto de Sonora y los valles dorados de California; estamos sanos y fuertes, tenemos que trabajar más para que nos alcance lo que ganamos, pero es lo de menos... todo eso le dijo su hija. Adelaida suspiraba, inquieta de todos modos: pero la gente pobre, la gente

pobre qué va a hacer... Sí, decía la voz desde el desierto; eso sí, la gente pobre será más pobre... todos seremos más pobres cada vez...

Toma un té de manzanilla en la cocina a medio arreglar todavía. Piensa con mucho cuidado en lo que va a hacer: nunca se ha metido a manejar en la carretera. En el tramo que cruza la ciudad sí, porque para ir del centro a su casa nueva es más corto por el *friwey*, además los locos no corren tanto; como quiera que sea, le bajan a la velocidad cuando atraviesan por lugares poblados. Terminan el té y decide dejar amarrado en la casita del *garach* a Panchito, el Coker Spaniel que le consiguió Rosenda, que es negro y muy chiquiado; le deja comida cerca, saca su mochila para los viajes, la llena de cosas rápidamente, mira por la ventana y se da cuenta de que comienza a llover. El día estuvo nublado desde el amanecer, pero no contaba con la lluvia ni con el viento que arrecia. No se acordaba, no le importa; está ansiosa, quiere ver a sus sobrinos y platicar con ellos de lo que pasa en México, conocer al niño nuevo de Luisa y Baltazar, tomarse una cerveza aunque le haga daño a su estómago con gastritis, olvidarse de dónde está, imaginarse que volvió a México; hablar como un día lo hizo Filomena, la esposa de su hermano Juan, como si estuviera en Guadalajara, porque se le olvidó que todo eso que la rodeaba estaba pasando en el Norte.

Se viste con un abrigo grueso, se pone pantalón y un suéter cómodo debajo, para manejar con soltura. Se despide de Panchito con una caricia, sale de su casa a media mañana, lentamente, con decisión en las manos, en sus manos callosas y fuertes que casi han sacudido el pánico inicial para manejar; se mete en el *friwey*, y entre la lluvia pone los limpiadores y suenan chir, chir, a ritmo lento, mientras levanta la velocidad a cincuenta, cincuenta y cinco millas, una vez que llega a las afueras; toma siempre el carril de la derecha, para que todos los demonios pasen sin tomarla en cuenta; mátese, piensa ella, qué me importa si yo voy a llegar algún día, con mi paso de burro. Piensa, entre la lluvia, que le sale más barato pagar la gasolina que el pasaje del *bus* y que, cuando llegue a Oakland, no va a sentir miedo en el nudo que se hace cuando se dividen las carreteras que llevan a San Francisco.

Las lomas pelonas y rojas comienzan a darle la bienvenida cuando ya su espalda estaba tiesa, casi tanto como cuando termina la jornada en la fábrica; en el nudo de las carreteras se pone muy lista, se fija en los letreros, se va por donde le indica el montón de señales que hay que irse; pone las direccionales con mucha anticipación para cambiar de carril, atiende a sus reflejos despacio pero segura. Llega hasta el anuncio donde se baja el *bus* y de allí ya sabe para dónde jalar, hacia dónde caminar; se estaciona frente a la casa de Baltazar y se baja entre el viento frío; allí no llueve pero no tarda en comenzar el agua. La recibe Luisa en la puerta, con el recién nacido en los brazos; abre los ojos mucho, le dice que no la esperaban, pásele tía, qué bueno que vino, Balta mira, llegó tu tía Ady; hey tía, pos luego por qué no avisó para ir por usted a la terminal... me vine en mi carro, dice Adelaida, con las piernas temblando pero con la voz firme; ya me cansé de batallar en el *bus*.

Baltazar, entonces, dibuja una gran sonrisa en su cara, no le cree, se asoma a la calle, voltea a mirarla y le dice qué bueno tía, así me gusta, que no le tenga miedo a nada.

XII

Suena el teléfono a las doce de la noche con once minutos. Está alerta, abre los ojos antes de que termine el primer timbrazo; se había adormilado solamente, mientras escuchaba al viento del otoño que apenas comienza con sus travesuras a los árboles, tumbándoles las hojas y revolcándolas en el suelo a su antojo. El murmurar de esos remolinos nocturnos le recuerda el sonido del arroyo de Santa Rosa; le produce tranquilidad cuando tiene insomnio, igual que la tenue lluvia que cae y cae toda la noche, en el invierno de California, ese que campea por la neblina, que obliga a borrar de la mente el calor del sol y la luz que casi irradian las flores y frutos en el verano.

Suena a las doce con once minutos; ella abre los ojos rápidamente. Antes de apagar la luz y disponerse a dormir, como a las diez y media, estuvo recordando que la última vez que fue a Santa Rosa comprendió que su corazón ya no daba más para sentir tanto dolor; tenía el alma tan cansada, esa última vez que atravesó las parcelas hacia el cerro donde viven sus padres, que no podía con las maletas, no podía con los recuerdos, no podía llegar a escuchar el llanto de Emilia y ver a su madre casi ciega, quieta, sentada en su equipal tan viejo y gastado, en el mismo lugar que antes era refugio de su padre y hacía cinco años había abandonado para quedarse en la cama, siempre, ya siempre.

La última vez que vio el valle de Santa Rosa, supo que nunca más sería igual que en ese momento. Sintió un hueco, un silencio en la cabeza y presintió algo indescifrable, penetró por sus ojos algo triste, por sus oídos algo que no quería oír. El valle no será ya el mismo, se dijo esa última vez que fue a Santa Rosa. Eso estuvo recordando. También, antes de apagar la luz, justo en el momento en que giró el botón y se hizo la oscuridad, casi pudo ver la cara de Gregorio frente a ella; casi sintió sus ojos azules mirarla, reprocharle y a la vez pedirle perdón por no haberla socorrido en su dolor de adolescente y dejarla ir, dejarla escapar a ciegas, enamorada del valle lleno de flores que imaginaba detrás de los cerros y tan lejos del hambre, de los gritos y el llanto de sus hermanos, del dolor de los golpes y el silencio de sus noches solas. Recordó a Gregorio y su mirada de arrepentimiento; su actitud que sabe de una cuenta pendiente entre los dos. Los ojos azules de Gregorio se borraron poco a poco, cuando comenzó a escuchar los remolinos y el viento.

A las doce de la noche con once minutos, suena el teléfono y ella abre casi al instante los ojos. No sabe, sin embargo, qué fue, si una pesadilla o un sonido real. El segundo timbrazo le hace recuperar la memoria, los dolores de huesos, de estómago porque cenó ansiosa, con una pena incompleta atravesada en la garganta, que era... sí, eso de que el valle no será el mismo cuando vuelva, pero más que nada la ansiedad se la provocó que oscureciera tan pronto. Es a principios del otoño y la noche temprana la obliga a recordar, a volverse toda sonidos y voces de su niñez, de su prisión en el desierto, del pánico cuando llegó al Norte y luego vuelve a los ojos de Gregorio... todo eso que olvida mientras trabaja, cuando hace el jardín y juega con Panchito, al platicar con el señor que es su vecino, que le echa los ojitos

pero es tan tonto y tan feo el pobre, y le ofrece rosas de su huerto con la esperanza de que se conmueva...

Pero en la oscuridad, en los ratos que la casa está en silencio y Panchito se echa a sus pies para dormir como un niño; cuando el viento suave del otoño sopla afuera y casi no pasan carros porque a pesar de que todavía no son las siete todo el mundo ya está descansando; al quedar la calle tan abandonada, tan espantosamente callada como su casa y su corazón, empiezan las voces y los sonidos de sus recuerdos a dar vueltas por la casa, por el sillón de la siesta, por el ramo de novia que colgó en la sala y se sacó en la ronda de las solteronas en una boda. Las voces y los recuerdos se pasean por las cosas de su casa; por la alfombra, la cama de segunda que ya tiene colchón nuevo, los clósets llenos de toallas y sábanas tan limpias y olorosas, el cuarto para las visitas, indispensable para los parientes que vienen a verla, o su hija con su familia.

Esa noche cenó con angustia, con ganas de olvidar sus tristezas; sólo pudo despejar la mente y adormilarse cuando los remolinos de hojas afuera le recordaron que hay cosas siempre hermosas en el mundo, como eso: el viento dando vueltas en el patio y jugando con los árboles, tumbándoles las hojas para dejarlos desnudos y friolentos.

Son las doce de la noche con once minutos y suena el teléfono. Se incorpora después del tercer timbrado, alarga la mano ya sobre el cuarto reclamo del aparato y es en ese momento cuando el corazón se le inunda otra vez de nostalgia y recuerdos; se le enredan los sentimientos y apuesta con la vida a que se siente bien estando sola, aunque al mismo tiempo sabe, sin traicionarse, que no le gusta esta soledad en que vive, esta casa ahora tan bonita, tibia y llena de adornos en donde no hay nadie más que ella y Panchito. Y en el momento de alargar la mano hacia el teléfono también recuerda que hace seis meses le hablaron asustadas sus hermanas, primero Mercedes y luego Emilia... mi padre está muy grave, Adelaida, yo creo que no amanece; ven si puedes, mi madre pregunta mucho por ti.

Esa vez se fue por la mañana; tomó un avión de San Francisco a Puerto Vallarta y luego un avioncito que hace viajes hasta el pueblo del valle mayor, a diez kilómetros de Santa Rosa. Recorrió brechas lodosas, lloró todo el camino, cargó su maleta a través de las parcelas bajo la llovizna, como poseída por una fuerza sobrenatural. Estaban allí todos sus hermanos; Santiago volvió por única vez de su autodesierto, Juan, Miguel, Tomás, Mercedes, Felicitas, Josefa, Vicenta; habían llevado también a sus hijos: Feliciano agonizaba. Duró muchos días mal y poco a poco se recuperó. Pedro pasó noches y noches en vela, a su cabecera, dormitando a ratos, con la mirada de todos sobre sus manos blancas de médico, esperando que escuchara un milagro a través de su estetoscopio; el milagro fue un corazón de campesino que latía como si tuviera la consigna de hacerlo para siempre.

Adelaida alarga el brazo para toma la bocina cuando está terminando el cuarto timbrado y se detiene, esperando el quinto. Levanta el aparato y dice bueno... escucha la voz de Emilia, Adelaida grita, dice no, Emilia, no me digas eso... comienza a llorar, se quedan en silencio largo rato, luego Adelaida reacciona, espérenme, dice, no lo sepulten hasta que yo llegue, espérenme Emilia...

Cuelga y marca al desierto de Sonora: habla con su hija; llora, escucha, se tranquiliza un poco y cuelga. Vuelve a marcar, pregunta horarios de vuelos, habla a Oakland con sus sobrinos, enloquece marcando y marcando hasta las dos de la mañana. Logra localizar a Mercedes, le da la noticia; no sabía nada todavía y comparten otra vez el dolor cansado, envejecido y ronco, se transmiten por el espacio, por tantos kilómetros vacíos, las imágenes de Feliciano a caballo, con la china puesta, con el arado clavado en el surco, con su mirada dura y la piel morena nutriéndose del aire de la montaña por la que sintió pasión mientras le duró la vida. Las dos saben que se acuerdan; las dos callan y luego se despiden con pocas palabras, prometiendo verse, esperando verse, abrazarse, consolarse.

No hay horarios de vuelo para ella; todo está lleno hasta después de veinticuatro horas. Será muy tarde, será imposible, ya para siempre, volver a mirar a su padre.

Pasa el día siguiente como sonámbula, no puede trabajar, sus compañeros la miran con tristeza, algunos la abrazan, John le dice que puede irse a *hom, Ady, don uorry*; ella no quiere, tiene miedo de estar en casa, no quiere llorar más; al final del día llega a su espacio de cosas y recuerdos, se desploma en el sillón de la siesta, cierra los ojos, se hacen las seis de la tarde y ya ha caído la noche que, piadosa, rodea a Adelaida y le ayuda a sumirse en sueños apacibles, porque sin proponérselo, mientras siente el calor del niztenco en su casa del pueblo entre las nubes, su propia voz, mientras camina hacia la escuela con sus pelos tiesos y su vestidito duro de mugre, le repite:

Estaba el señor Don Gato,

Sentado en su silla de oro,

cuando vio pasar la gata

con sus ojos relumbrantes...

XIII

Los inviernos de frío profundo, con calentones en casa y en la fábrica, junto a la máquina de coser; los veranos de sudor al medio día y viento fresco por la noche; la tierra pródiga de California que reparte dólares de pobres para los latinos y los extranjeros de raros idiomas, que reparten duraznos, tomates, elotes y uvas; el cuerno de la abundancia que es ese *golden steit*, con toda su hospitalidad, no logra cavar hondo en el corazón de Adelaida, no logra vulnerar, socavar su amor por uno solo de los surcos en la parcela que le dieron a Juan Quintero, cuando su padre creía que despojar a los ricos era una indecencia.

Es como un juego cruel, ese de pasar la vida esperando los otoños, los inviernos, los veranos calientes y de nuevo la neblina navideña y las compras en las tiendas con calefacción. Un juego que la ha llevado por una vereda de tiempo y la pérdida lenta de la esperanza que apuñó en la mano cuando decidió venirse al Norte. La esperanza de saciar ese deseo por sentir las manos llenas de amor alguna vez; o quizás de dinero para no tener hambre ni frío nunca más; o tal vez de recuerdos amables; o de sueños para el futuro.

Pero no hay saciedad; la tristeza reseca e inmóvil empezó a germinar en alguna parte de su cuerpo, justo cuando se materializaron los tres mil kilómetros que la separaban del cadáver de su padre, del llanto compartido con sus hermanos y del abrazo tan deseado, tan esperado que debió darle a su madre para sentirla en cuerpo y alma cerca de sí, por primera vez.

No hay, tampoco, mucho consuelo en cultivar la amistad de Vicky, de quien se hizo comadre porque amadrinó la primera comunión de su niña menor. Durante el tiempo que tarda en crecer su ahijada y convertirse casi en jovencita, ellas viven juntas muchas cosas porque se visitan casi cada semana. Vicky, mujer extraña en medio de aquellas renegadas que sólo gustan de la música chicana para los bailes, tiene discos de ópera en su casa. Una tarde de calor Vicky le cuenta a su comadre, sentadas bajo el árbol del patio, los recuerdos que atesora de cuando su padre la llevaba a las funciones de la Compañía de Ópera de Verona, de la mano, pequeñita, siguiendo una costumbre común entre los vecinos, cualquier vecino de la ciudad.

Tiene, completas, **Madame Butterfly, La Bohemia, La Traviata, Otelo**, la que le pidan. Su marido, el hombre bajito y simpático que la conquistó y arrancó de Europa para aventurar en América, es poco ilustrado y la ve como si fuera loca, por sus gustos para la música. En su nostalgia Vicky hizo la costumbre, en su casa, de encerrarse a piedra y cal a escuchar ópera, de tal suerte que sus hijos saben cuidarse incluso de tocar la puerta, a no ser que estén dispuestos a recibir un fuerte regaño. Desde ese día de confidencias Adelaida siente que Vicky, como ella, entiende otro lenguaje, similar al que aprendió en el desierto leyendo novelas y escuchando música de piano y sinfonías que tuvo que oír muchas veces hasta que apreció en toda su belleza. Comparten, las comadres, discos y funciones de buen cine; dos veces van a ver el Ballet Folklórico de México, al pasar por Sacramento en sus giras; comparten quejas de los hombres, pues Fredy, el marido de Vicky, gusta de andar siempre

de tragos y marihuana; a veces inhala cocaína, no puede trabajar en un solo lugar por mucho tiempo, sólo le produce penas a la italiana, que no pierde su sonrisa, su capacidad para la ocurrencia, para hacer reír a su comadre Adelaida.

Tampoco sirve de mucho Rosenda, que recibe por fin de regreso a su Felipe, ya convencido de que el famoso hijo no es suyo, que la mujer con la que se casó quería venirse al Norte y usó artimañas para lograrlo.

Adelaida trabaja y trabaja; ahorra, compra cosas; sufre la pérdida de Panchito y lo sustituye por un perro mechudo y enorme, negro como el carbón, que es un mar de pelos y ternura, pero le robaron una tarde de sábado, mientras ella fue de compras. Luego consigue a la Muñeca, perrita nada sofisticada en su raza, cariñosa, chiquita, de mirada estacionada en el desamparo absoluto. Adelaida se enamora de ella y del Güerito, algo parecido a un perro de aguas que sirve de adorno y de estorbo, pues la Muñeca es realmente la guardiana.

Todo se vuelve darle vueltas y vueltas a los días, mientras pasan las estaciones y llegan los *biles* del agua, luz, el *sur*, el teléfono, la lavadora, la casa, las cremas que le compra a Marcelina, las cosas raras que le encasquetan en las demostraciones de trastos de plástico y que ella compra, encantada de la vida, o en las cristalería, o de productos de limpieza, en las casas de sus amigas, pretexto más que bueno para chismear y tomar café con pastel.

Y junto a la tristeza que se le comenzó a formar, como un tumor, en alguna parte del cuerpo desde que sufrió por no ver el cadáver de su padre, allí, está enquistado todavía un empecinamiento rotundo por no terminar sola los días de su vida.

La casa, su casa, a veces escucha conversaciones telefónicas con señores mexicanos: viudos, divorciados, abandonados, que ven en Adelaida una señora que puede ofrecerles compañía, segura de sí misma, invencible por los años o el trabajo. Ellos, conscientes del tiempo perdido, la pretenden aunque saben que está más arisca cada vez; más desconfiada, más herida porque el tiempo de ilusiones está muerto. Pero la soledad es un cuchillo que se afila con el paso de cada día y corta la tarde después de la jornada; o los fines de semana en el silencio, oyendo solamente los jingles de los comerciales y las películas en inglés de la televisión, entre la total quietud de los muebles, de la Muñeca y el Güerito junto a sus pies. Corta la tarde y está acabando sin remedio con su convencimiento de que en el Norte se encuentra la felicidad. Se encuentra sí; en la seguridad de madrugar y llegar hasta la fábrica; en lo imposible de creer que a los cincuenta y cinco años ella tiene pretendientes; en sus manos con arrugas que juntan las telas y las meten a la máquina con la misma seguridad con que reciben el cheque los viernes. Se encuentra, pero no basta; algo se le está haciendo pedazos por dentro; algo se le desmorona. Eso ella lo sabe con la misma seguridad que tiene en la voz cada vez que se pelea a gritos con Roberto por defender a México de las mentiras que le inventan.

Igualmente desgarrador que ese cuchillo ha sido ver a su madre cada vez más chiquita, cada vez más breve de abrazar y conforme se vuelve más estremecedor llorar con ella al despedirse. Está ciega; se sienta en el mismo lugar desde donde contempló Feliciano por últimas veces el Valle de Santa Rosa, antes de pasar a su espera por la muerte durante años, acostado en su cama. Amparo se sienta allí a escuchar las voces, los pasos de sus hijos, de

sus nietos. Alerta el oído cuando esos pasos se detienen junto a ella: extiende las manos, toca, saluda, reconoce de inmediato a quién llegó. Platica, sonrío, da gracias porque se le acercan, acaricia rostros, escucha con toda la vida que le queda, con sus ojos nublados muy abiertos. Verla así es consuelo y también fuente de un miedo atroz para Adelaida.

Cada vez que se ha despedido, en las últimas tres visitas, ha dejado salir todas sus fuerzas en sus lágrimas; no deja de sentir el dolor y el miedo de no volverla a ver, hasta que está en Sacramento, junto a la máquina de coser y después sus perritos, en la siesta, le acarician los pies y la miran insistentemente, esperando comida o un regaño.

Y parece que no es posible, pero ocurre; un día suena el teléfono, esta vez en la fábrica; le dan la noticia.

Ya no mide tiempos; ya no se defiende de la pena; ya sabe que no podrá ir, vencer esos tres mil kilómetros en el tiempo justo; que la distancia es ahora, quizás, un aliado que la protege de la destrucción completa; que la desesperación terminaría por, sí, por desmoronarle la esperanza y el último reducto de su valor para combatir la soledad durante esa noche, en que todos sus hermanos, menos ella y Santiago, están rezando junto al cajón de madera que contiene a su madre muerta.

XIV

Diecinueve años después de que Adelaida cruzó la frontera para quedarse a vivir en el Norte, cuando el silencio que se instaló en su casa desde que Tobías se fue y ella le cerró finalmente la puerta de su vida; casi en el tiempo que ese silencio se empieza a convertir en un compañero irremediable y jamás aceptado, Adelaida encuentra en el buzón de su casa, después de la jornada y en una tarde tibia que anuncia primavera, una carta enviada desde el pueblo de las montañas, donde las nubes se aposentán en los techos y en las piedras de la calle.

La abre y sólo es una página. Tiene letras grandes, garabatos nerviosos; está dicho todo en un párrafo largo, que sólo ocupa un lienzo de hoja pero que, al leerlo, le hace recorrer su vida entera.

No le tiemblan las manos. La respiración se le hace más rápida, solamente. Deja la carta en la mesa de la cocina mientras, distraída, se pone a cocinar y olvida la siesta que estaba imaginando perfecta desde el momento que soltó el pedal de la máquina de coser porque el timbre que marca la salida comenzó a sonar. En el momento de abandonar la sopa para esperar su primer hervor, vuelve a tomar la carta y se sienta en el antecomedor, mientras la Muñeca y el Güerito la miran con insistencia, esperando comer, por favor, todo el día muertos de hambre y tú leyendo cartas, se sale el hambre por los ojos, dicen, llorando despacio, meneando al cola... y ella no aparta los ojos de la carta.

Suena el teléfono y es Cande, la invita a una boda que será el sábado, es decir mañana, se casa un primo mío con una emigrada fíjate, dice, y Adelaida escucha a medias, promete ir porque conoce al primo y pobre, le da lástima porque ya tiene un año batallando y no puede encontrar un trabajo bueno, donde esté tranquilo. Después de colgar prende la televisión y mira las noticias de las seis, luego recibe el olor de algo pasado de cocimiento, se levanta y apaga la que queda de la sopa. Saca un pedazo de carne, lo lava, se queda mirando de pronto el agua que sale de la llave del fregadero y entonces una lágrima se le escurre por la mejilla y ella no sabe por qué, si la carta no trae malas noticias, no.

Se talla la mejilla, se borra la lágrima y luego se da cuenta que el pardo del atardecer ya obliga a su imagen a reflejarse en el vidrio de la ventana, porque la luz que ilumina la estufa se difumina, se siente más fuerte cada vez pues ya oscurece en la calle, más allá, comienza a quedar en un silencio sólo perturbado por las voces metálicas de los locutores que dicen noticias: crisis en México, siempre el peso cambiando de valor; la nueva ley Simpson que todos esperan con mucho miedo, que levanta espuma de pleitos y alegatos entre los extranjeros porque todos, absolutamente todos tienen algún amigo alambre.

Luego, los comerciales y el chirriar de la carne en el trasto; se calientan las verduras cocidas que siempre guarda, por su estómago enfermo; los lentes, cuyos cristales han ido

engrosando con los años y ahora son de gran aumento, se gotean de grasa porque de pronto estalla una burbuja en el sartén y ella retrocede para no quemarse. Entonces ve a la Muñeca y al Güerito y rezonga; empieza a regañarlos y decirles que no tienen vergüenza, con todo lo que les doy en la mañana, por qué no me dejan en paz; ellos meten la cola entre las patas y al instante ella siente infinita lástima, y saca sus cocimientos que tiene en el refrigerador para tibiárselos. Ellos se dan cuenta, husmean, lamen sus bigotes, se alegran, caminan de un lado a otro, se sientan y entonces empieza a hacerles cariños, a decirles tonterías con voz de niña, abraza a la Muñeca, apaga el sartén, camina con ella, toma la carta de la mesa otra vez y va a sentarse en el sillón de la sala donde duerme la siesta; la mirada de la perrita se clava en su cara; compasiva, adivina su necesidad de compañía y entonces le lame la mejilla. Adelaida la baja, se limpia y vuelve a abrir la carta, la lee, al deja en su regazo y recarga la cabeza en el respaldo del sillón.

Ella sabe que Gregorio enviudó. Durante algunos años, no muchos, la mujer de voz ronca y ánimo cansado que fue su compañera, Adelaida sabía, padeció una forma de cáncer que no la mató sino hasta que pasó por tantas operaciones como puede resistir un ser humano. Después del funeral, se hizo el silencio alrededor de Gregorio.

Emilia le contó en una carta, meses atrás, que el viudo tenía tiempo sin visitar a la familia; que al parecer se había encerrado en la casa donde siempre vivió con la mujer, esa casa encaramada en la ladera de una montaña, porque se les ocurrió a unos españoles del siglo dieciséis fundar ese pueblo sobre el cielo nublado de la sierra. Allí, Gregorio pasó semanas, estrenando una soledad que en ningún momento se preparó para recibir ni tenía interés en conservar.

Adelaida sabe que Gregorio es incapaz de comprender todavía todo lo que encierran esas palabras que puso en la carta; puede ser que lo haya hecho sin pensar dos veces su decisión; quizás no se imagine lo que está pasando ahora en el corazón de ella, después de leerla.

Se dobla su voluntad; se derrumban sus resistencias a aceptar que la realización de su sueño: alcanzar lo que sus manos deseaban, no está en el Norte, sino en alguna parte del mundo...

Lo que sí sabe, lo que nunca dudó, es que Gregorio y ella tuvieron siempre una cuenta pendiente; que, aunque corrían el riesgo de no poder ajustarla, ambos estaban seguros de su existencia y se interponía entre sus miradas para clavarlos en el piso y producir chispas entre sus manos, cuando se saludaban, durante tantas visitas de ella a su montaña verde.

Otra lágrima sale de los ojos de Adelaida; la seca rápidamente, con un gesto como de sorpresa. Se dirige a la cocina y apaga en la estufa la comida de los perritos, que ya se calentó demasiado. Deja la carta en la mesa; se dispone a comer y mientras mastica, un rato después, los últimos pedazos de esa carne y esa verdura cocida que necesita su estómago ya enfermo; mientras se lleva a la boca el tenedor con sus manos callosas, con arrugas, intensamente entregadas al trabajo durante toda su vida; mientras su hambre por fin sacia, en su cabeza repite las frases finales de la carta:

“...por esto yo te propongo matrimonio. Espero tu respuesta pronto para ir arreglando yo mis cosas aquí. Te quiere Gregorio.”

TERCERA PARTE

I

Esa mañana tan fresca y joven en que Adelaida se dirige a la fábrica dispuesta a decirle a sus amigas lo que le pasa, esa precisa mañana, ella ve de otro modo las calles y la gente; también el Capitolio, por donde tiene que pasar exactamente, ya que se distrajo y salió antes de tiempo del *friwey*. La mole blanca y hermosa, igual a todos los capitolios, ella sabe, de las capitales de los Estados Unidos, le dice cosas raras a su paso, como adioses tristes, con voces lejanas de reproche y también risas burlonas porque nunca, realmente, ha aceptado su presencia en la tierra dorada de California.

Ella lo mira y no siente admiración ni temor, sino una extraña lejanía. En un *estop* mete la mano en su bolso, para asegurarse de que trae la libreta del banco; piensa sacar unos ahorros y apartar un boleto de avión de una vez, aunque saldrá hacia el valle de Santa Rosa hasta después de dos semanas.

Si le dijo a Gregorio que sí, que aceptaba su proposición de matrimonio, no quiere decir, para nada, que esté dispuesta a someterse a todas las condiciones que le ponga, porque ella no es una niña, porque ya no tiene dieciséis años y la vida la ha obligado a desconfiar. Le ha dicho que sí pero habrá que hablar del asunto: no sabe si está dispuesto a venirse con ella por acá o quiere que ella deje todo por seguirlo. Habrá que hablar y verse sin censuras, sin miedo de aceptar que ella tiene casi sesenta años y él sesenta y tres; que están casi viejos, que es poco menos que una locura casarse y no algo sencillo nomás porque todo el mundo, allá en el valle y en el pueblo de la montaña, sabe que ellos siempre que se miraron, mientras la vida pasaba, se decían cosas con los ojos y nunca se olvidaron.

Esa precisa mañana ella arma un alboroto entre sus compañeras, cuando les platica que le han propuesto matrimonio; todas se alegran, sin excepción, porque en sus corazones está enquistada, desde antes de los tiempos, la ilusión por el amor perfecto. Se acuerdan, con ella, del primer novio; todas mencionan su historia a la hora del *lonch*. Hasta Rachel, la gringa gastada y enamoradiza, suspira, aunque entiende a medias de lo que se trata; ella habla bastante español; se siente bien entre los mexicanos, se crió entre ellos, son sus amigos. Rachel suspira y se queda callada por el resto de la tarde, no vuelve a sonreír, mientras todas las demás hablan como pericos y se platican secretos a los gritos, diciendo cuándo dejaron de ser señoritas, cómo llegaron a la cama con aquellos hombres que las alborotaron y a los que dejaron entrar sin temor en lo más íntimo de su vida y de su cuerpo.

La nostalgia, en el aire que rodea a las máquinas de coser y el *mezannine* donde están las cortadoras, que se ha vuelto casi material y hay que hacerla a un lado para moverse... se estremece a las cuatro y media en punto, cuando suena el timbre de salida y todas regresan al tiempo presente. Se despiden de Adelaida con gusto; saben que quizás la pierdan después de más de una década de convivir con ella, de acercársele para pedir consejo y consuelo, de contar con ella para las fiestas y los *parys* de demostración de trastos de plástico y pretextos para el chisme.

Adelaida le ofrece *raid* a Vicky, que tiene ojeras y está muy delgada; se siente contenta por ella, pero tiene el corazón roto. Adelaida le pregunta: la italiana cuenta que Fredy está cada vez más loco; me vendió la lavadora hace dos días, Ady, para comprarse cocaína. Ya no soporto, tengo que encontrar la manera que se componga o se vaya. Ten cuidado tú, fíjate bien cómo es ese hombre con el que te vas a casar... aunque lo conozcas desde que eras chica, siempre cambian después de la boda.

Deja a su comadre y sonrío durante el camino, pensando en las palabras de Vicky; qué vicios puede tener ese pobre de Gregorio, si el mundo entero en Santa Rosa sabe que es un hombre bueno, hasta de más; todo el mundo lo quiere, todos lo respetan. Ella sabe que tuvo por ahí sus infidelidades y tampoco puede llamarse un santo; pero también es cierto que siempre se quedó con su esposa y nunca tuvieron problemas verdaderamente serios. En ese momento Adelaida siente en el estómago un hueco. Alguna vez vio a la ahora difunta; recuerda que era gruesa, pero fue bonita cuando joven. Comprende de pronto: vivió con Gregorio más de cuarenta años; siente un hormigueo en las piernas, en ese momento baja de su carro, ahora más nuevo y bonito, porque tiene que abrir el *garach*; las rodillas no le responden claramente... cuarenta años con él, y ella era sólo un recuerdo mientras la otra, presencia y vida de todos los días. Ya se murió, ya se murió esa mujer, Adelaida se repite, ya se murió y no hay que pensar en ello. Tengo que hablar con él primero; ver cómo nos sentimos, saber si es cierto que somos capaces de empezar algo todavía.

Al día siguiente, aprovecha la hora del *lonch* para ir a la agencia de viajes y apartar su boleto a Puerto Vallarta; en el *breik* había hablado con John, el jefe bueno y platicador para pedirle un permiso de quince días. Le explicó la situación; él se alegró con ella y luego la miró fijamente, mientras se alejaba.

Ahora ella tiene una fecha y hace planes para colocar a la Muñeca y el Güerito: que no se queden desvalidos mientras está lejos. Los días se van en tomar té para los nervios, mirar distraída la televisión mientras se le pasa de cocimiento la comida. Toma el azadón y el rastrillo, el fin de semana, para darle tierra, en la *yarda* grande, a las plantas de tomate y al limonero que no quiere rendir, al aguacate chiquión que da tres aguacatitos pustequis cada año, a los pepinos que sí van a dar muchos esta temporada; vigila las cebollas, que ahí van con sus rabos flaquitos, para arriba.

Dos días antes de irse, ya casi con las maletas listas y el pensamiento en la sierra verde de su origen, vuelve a la agencia de viajes, esa que está en el centro y queda cerca de la fábrica; recoge su boleto y lo guarda en el apartado con zipper del bolso que usa diario; lo aprieta a su costado mientras cruza el parque del Capitolio, donde las ardillas se pasean con descaro total, buscando semillas para llevar a su árbol; Adelaida pasa de largo y escucha las voces otra vez; le salen de adentro y a la vez las trae esa brisa del mediodía que hace cantar las hojas de los robles en el parque.

Se detiene después de pasar frente a la puerta principal; se devuelve despacio, lo piensa con detenimiento y luego avanza, sube la escalinata central, abre la puerta y casi se tropieza con los señores canosos, tan bien vestidos, delgados y en pareja o en tríos que constantemente salen y entran, así como las mujeres de traje sastre y portafolios que pasan sin mirarla; luego

llega hasta el vestíbulo principal y se queda quieta junto a la escultura de Cristóbal Colón, frente a su reina, de rodillas recibiendo las joyas que, él supuso, le harían realidad los sueños en los que creyó profundamente.

Adelaida permanece muy quieta, mirando la cara del aventurero; contempla sus manos extendidas y luego mira hacia arriba, hasta la araña de cristal que cuelga, hermosa, desde el centro de la bóveda; luego sufre un mareo porque se fija en los barandales de los pasillos que circundan la torre; oye voces, baja la vista de nuevo hasta Cristóbal, luego hasta las joyas; decide rodear la escultura por la espalda de la reina; luego no mira más y camina hacia la puerta principal, donde se detiene otra vez, para observar desde allí el parque, las ardillas, los señores bien vestidos y las mujeres de traje sastre. Baja la escalera y se aleja despacio, perdiendo la nitidez de las voces ahora quizás de reproche porque nunca ha podido entregar el alma completamente a las barras y las estrellas, aunque en la tierra de tantos Capitolios, la vida le fue justa. Se alejan las voces y vuelve la nostalgia, piensa de nuevo en Gregorio, vuelve la angustia de la partida.

Antes de abordar el avión, Adelaida abraza a Rosenda, que le hace encargos de última hora para su madre; recoge su maletín de mano, camina rumbo a la puerta donde está indicado el número de su vuelo, escucha el llamado del altavoz para los pasajeros; vuelve a levantar la mano y dice adiós a su amiga, antes de perderse en el pasillo que la llevará hasta el interior del monstruo que ya ruge, y busca un buen lugar junto a una ventanilla. Después de un rato el avión se desplaza por las pistas y luego el corazón y el estómago se le juntan, en el terror de la elevación; cuando se estabiliza el vuelo ya no siente miedo sino una angustia gozosa, esperada desde que recibió la carta.

De algún rincón de su ser, el convencimiento de no quedarse sola en esta vida le lanza hacia los ojos y hacia su sangre esa sensación de triunfo que ahora le invade todo el cuerpo, mientras se dirige a la frontera, ahora por el cielo y en sentido contrario, con una esperanza entre las manos que simplemente se ha negado a morir desde que el aire, las hojas de los árboles que bordean el río Santa Rosa y el agua misma, se escandalizaron, la tarde en que decidió salir de ese valle y buscar otro destino.

II

Pasa una semana y Gregorio no baja de allá, del pueblo de nubes donde ha vivido tantos años, con una decisión tomada. Emilia y Adelaida se pasean por el corredor de la casa de sus padres, divisando a veces hacia el camino que sube por la loma y saben que pasa, siguiéndolo, pocos metros abajo de donde Gregorio vive.

Se habían encontrado en la casa de Miguel, que ahora vive con su familia a pocos metros de la de Tomás. Tres días después de saber que ella había venido a buscarlo, se presentó pues estaba en casa de Emilia, tal como le avisó por carta. Se recibieron con una sonrisa, el pudor infinito que dicta la costumbre campirana y su presente imposible de ocultar: sus arrugas, sus cuerpos gastados.

Ella ahora sonrío con los ojos también, por primera vez desde que era feliz con Tobías. Él tiene la mirada cristalina, de un azul fuerte como su voz y mira de frente cuando se le habla.

Esa vez los dejaron solos y ella fue la que introdujo el tema, después de que platicaron un ratito de cosas sin importancia: no sé qué planes tengas, le dijo; yo acepté tu proposición pero tenemos que ver dónde vamos a vivir. Yo pienso, dijo él, que puedes venirte a vivir conmigo; allá arriba tengo casa con todo, igual como la dejó mi mujer, no necesitamos comprar nada ni hacer gastos. Ella apretó los labios y tuvo que esforzarse para que no se le notara la desilusión... yo no quiero irme a vivir donde vivió la difunta; estoy dispuesta a venirme de los Estados Unidos, pero vamos a hacer una casa por aquí cerca; yo pongo la mitad del dinero que se necesite, tengo con qué ayudarte para hacer frente a los gastos; quiero que todo sea nuevo, una casa a mi gusto y a tu gusto; siquiera para estar cerca de mi gente, al fin que por aquí viven también tus cuñadas y tu sobrino...

Aquello fue el inicio del silencio de las emociones. Siguieron platicando con cordialidad, pero Gregorio entristeció la mirada. Adelaida lo despidió cariñosa, le dio la mano; él la miró con calma y de frente; quedó de volver a los dos días.

Pero no ha vuelto. Una semana entera y nada. Ella no siente dolor o tristeza, sino una especie de coraje que le está volviendo a brotar de entre los dedos, de su boca, de sus pies cansados. Mariano, el sobrino de Gregorio, ha sido el principal embaucador para el matrimonio. Él empujó a su tío para que se animara a recuperar al amor de su juventud, para que no se quede solo tío, le dijo, Adelaida es una buena mujer, ándele tío. Mariano la visita al octavo día; está enojado; Emilia y ella lo escuchan decir que le gritó a Gregorio que decidase tío, mire, si no se casa usted con ella, por Dios que me caso yo... hacerla venir de tan lejos para salirle con una pendejada, no es cosa de hombres.

Todos saben que Gregorio pasa los días como enjaulado; se resiste porque se da cuenta de que para espantar la soledad y la muerte no tendrá otro remedio: bajar de la montaña al valle, como alguna vez lo hizo su padre en compañía del propio Juan Quintero, para fundar

el ejido. Se le revuelven los recuerdos de su padre con los de su propia vida, de cuando eran niños él y Adelaida, de antes de que ella se fuera y él tuviera que subirse otra vez al pueblo de nubes para olvidar su pena. Luego piensa en el dolor de dejar la casa y todos los objetos que le recuerdan a la mujer de ánimo cansado y alma sumisa que lo amó cuarenta años. Y se revuelven sus ideas y confunde a veces el pasado con el presente. La vida nueva no es para hombres de sesenta y tres años, y sin embargo... Adelaida está allí, esperándolo y dispuesta a venirse de tan lejos, nomás por estar con él.

A los diez días, cuando Adelaida está de nuevo haciendo maletas, aparece Gregorio en la casa de Miguel, pregunta por ella, le avisan sus sobrinos, acezando: tía, ándele que allí está Don Gregorio y quiere verla. La miran con ojos azorados, unos sonríen, otros están nerviosos... Emilia suelta a llorar cuando Adelaida sale de prisa pero sin precipitaciones a buscarlo; se pone seria, los dejan solos; él traga saliva después de varias frases de saludo y de disculpa... le dice: estoy dispuesto Adelaida, vamos a hacer una casa aquí cerca, como tú quieres, nomás que la condición es que nos casemos antes de que te vayas de vuelta a los Estados Unidos, yo no quiero estar con el miedo de que no regreses.

El matrimonio se celebra por el civil, en el pueblo grande de valle abajo: los dos son libres y mayores de edad, les dijo el juez. Llevan a la esposa de Miguel y a Emilia de testigos, así como a Mariano y Juan Quintero. Los embarcan a Guadalajara y los despiden con el entusiasmo de saber que tienen, todos, una causa común.

En la ciudad se pasan tres días, hospedados en un hotel no caro, hasta eso, pero bien decoroso; están felices, visitan a Vicente y todos sus hijos los agasajan; después recorren camino hacia Puerto Vallarta donde Felicitas ya sabe la historia; los pasean por la playa y los llevan a un baile que hay ese fin de semana.

En el avión y a tantísimos metros de altura, ella de nuevo se siente inquieta y asustada, pero por todos los movimientos que tiene que hacer en su vida; aunque ese susto lo hace menor el recuerdo de haber tenido sobre su hombro, durante todo el tiempo que pasó con él, el brazo de Gregorio. Mucho hace que no sentía el amor de alguien así de cerca. Mucho, mucho tiempo sin que le tocaran la piel, sin sentir un abrazo total. Piensa, mientras transcurren las horas, en que si ella hubiera hecho su vida casada con él, tuviera una docena de hijos; que si él se hubiera decidido cuando estaban jovencitos, ella no hubiera conocido el Norte; que si ella y él no hubie...

Y mira por la ventanilla hacia abajo y se siente triste de pronto, sin saber por qué; tal vez comienza a comprender que está por cerrar la mano y atrapar su esperanza satisfecha; triste porque todo lo que termina lo es: hay que seguir en otra cosa y olvidarse... parece que terminó la búsqueda, parece que el camino de la vida fue trazado en círculo, para ella.

Dejó dicho a Gregorio y sus hermanos que le hagan una casa de tal y cual manera; con baño adentro, no como las de todos, con baño en el patio. Porque todavía no hace mucho, los hombres del ejido trazaron un camino de tubería desde un manantial de la montaña sobre cuya falda está el caserío y pusieron llaves de acero en los lavaderos, para terminar con el peregrinar de las mujeres hacia el río, cuerpo en vara, acarreando agua para lavar trastos, beber y cocinar. Los baños pudieron hacerse de regadera, con excusado de porcelana. Ahora,

por esas llaves de acero, sale agua de manantial, más pura que salida de las manos de los ángeles. Adelaida también quiere que su casa tenga techo plano y no de dos aguas; no quiero techo de teja, dijo, rotunda; ni el corredor de las recámaras con la puertas repartidas a lo largo, de cara al viento, como son éstas, sino hacia adentro, que den a la sala; y la cocina la ponen así, con un pretil para la licuadora. Porque los hombres procuraron, eso sí, hace ya varios años, desde antes de la muerte de Amparo, que el gobierno le trazara un camino de postes y cables con energía eléctrica desde la fuente más cercana, para terminar así, por las noches, con la ceguera de las lámpara de petróleo y la oscuridad de lobo del campo. Les compraron lavadoras a las mujeres; aprovecharon una torre de microondas y después compraron entre todos una antena parabólica para ver los canales de televisión que lanzan la señal desde cualquier parte del mundo. Así se olvidaron de los aparatos de radio y quedaron sólo en muy alejados rincones de la memoria, entre los hermanos de Adelaida, pero en ninguna de las de sus sobrinos, las noches de *“Chucho el Roto”*. De esa manera, todos los valles de más allá de las montañas ya estuvieron al alcance de ojos y oídos, y comenzaron a saber, al minuto, lo que pasa en el otro lado del mundo. Se acostumbraron pronto; se olvidaron de *“Chucho el Roto”* pero llegaron las telenovelas a invadirles la vida. Quiero una televisión a colores, le dijo Adelaida a Gregorio; a ver si me puedo traer la mía.

Y también me dejás un lugar aquí para la estufa, dijo; porque las mujeres, en todo el valle de Santa Rosa, mucho tiempo tienen ya de hacer que sus hombres les traigan el gas desde el pueblo abajo, mismo que acarrean de Guadalajara. Poco a poco, a una velocidad que casi no existía, los caminos desde la capital del Estado llegaron a ser transitables; muchos ejidatarios compraron automóviles; primero los más ricos y luego los jóvenes, quienes los trajeron directamente de California. Ya transitan por esos caminos con sus cosecha de maíz o de frijol en la caja de sus camionetas; ya pueden subir a los pueblos de más arriba y hasta el que está junto al cráter, sin caballos, sin cansarse, porque todos los varones nacidos de los campesinos fundadores del ejido, los hijos de éstos y ahora los nietos, todo ellos, ya se dieron su vuelta por el Norte; pocos regresaron para quedarse, la mayoría vienen a dejar sus dólares y a llevarse muchachas. Siguen, en sus visitas, paseándose con el mariachi en la fiesta de Nuestra Señora Santa Ana, por las calles empedradas del pueblo que fundaron los españoles sobre el cielo nublado, hace cuatrocientos años.

Adelaida piensa en su casa en Santa Rosa, que tendrá igual todo como en Sacramento y además que ya no será necesario madrugar para lanzarse a las calles heladas y a la fábrica; piensa en Gregorio y su brazo rodeándole la espalda o la cintura todo el tiempo; piensa en él y su mirada intensa cuando lo dejó en el aeropuerto y se siente contenta de comenzar algo nuevo y triste porque terminó su búsqueda y luego voltea hacia la ventanilla y ve que casi es de noche cuando oye, además, la voz del sobrecargo que anuncia que están por aterrizar en el Aeropuerto Internacional de la capital de California.

III

Le molesta eso que siente. Es como una lucecita que le vaga por el cuerpo, como si lo tuviera oscuro y vacío. Es un punto solitario, que ve cuando cierra los ojos; se le pone enfrente, le pregunta: ¿qué sientes, Adelaida Quintero?

A veces, cuando se da cuenta de que esa rutina en la que se ha metido de nuevo es sólo una manera de pasar el tiempo mientras espera, ese punto luminoso se le instala en la cabeza y entonces abraza a la Muñeca y al Güerito y piensa en si se los va a poder llevar. Lloro despacito, porque perderlos también a ellos, además de todas sus cosas, es algo que no quiere sufrir; igual pasa cuando trabaja en su huerto los fines de semana, tiene muchas plantas y flores, le da lástima pensar en qué manos irán a desbaratar su jardín cuando ella se vaya lejos.

Pasan los días y la gente del *ril esteit* no le tiene noticias de cliente para su casa; ni surte efecto el letrero que dice FOR SALE y que puso en la *yarda* de enfrente... tiene que seguir dándole al azadón, el rastrillo y la palita de mano para no ponerse más triste porque de plano es muy simple sentirse tan mal nomás por un pedazo de tierra que ella ha cultivado, viendo crecer las milpas todos los años y sintiendo tantos olores frescos que vienen de sus manos. Allá, donde va a vivir, sabe que habrá un jardín todavía más grande y con tierra más fértil, es cosa de comenzar otra vez... y sigue trabajando sin poder evitar la pena, pensando que es un trabajo casi perdido.

Luego siente esa misma lucecita en sus tobillos cuando camina de madrugada para irse a la fábrica, piensa que son los últimos días que recorre ese camino y la da gusto, pero también se siente triste y ella dice que cuándo, en su vida, verá otra vez a sus amigas y estará con ellas en un *pary* o en un *valentins dey* repartiéndose corazones rojos entre todas.

Esa luz se le va del cuerpo cuando se pone a pensar en Gregorio y los días que pasó con él, mientras la abrazaba todo el tiempo; en los planes que hizo para la casa... y luego la luz le vuelve y se pone más terca e inquieta; termina aposentándose en el lugar de su corazón cuando contempla ésta, su casa, desde adentro, cuando se siente en ella, parte de ella por las tardes, mirando la televisión después de la siesta; mientras se termina de cocinar lo que tiene en la lumbre y oye las jingles de los comerciales del noticiero, en su sillón que tiene un taburete para los pies y que ella se compró nuevo un día que se hartó de tener aquel otro de segunda y se dijo ya merecer uno nuevo porque para eso trabaja tanto...

John, su jefe amable, vaquero platicador, la verdad se ha portado muy bien con ella y le dijo sorry Ady, cue tú te vas... Tiene que juntar todo el dinero que pueda, vender todo, hasta esta casa que ni siquiera ha terminado de pagar; luego el carro que está casi nuevo y que se compró antes de recibir la carta de Gregorio; total todo son cosas, nomás cosas, piensa, mientras abraza a la Muñeca... la abraza y la lucecita se le pone en las manos y luego en la garganta, porque quiere llorar y no.

Pasan semanas y semanas, y a veces salen clientes para la casa que van y le esculcan hasta el último rincón; eso a ella le molesta mucho pero se aguanta; viene y va gente que dice que les gusta pero no se deciden; otros dicen que está muy cara y además ahorita nadie quiere comprar casas, nadie necesita, mejor las hacen nuevas o las consignan mucho más baratas que lo que ella pide; la situación está mal, los del *ril esteit* le dijeron eso, pero no tiene más remedio que venderla, es mucho dinero para dejarlo volando.

Otras veces la luz se le apaga; cuando va a la *marketa*, por ejemplo, a comprar comida para la semana. Es una rutina que a ella le ha gustado siempre; el montón de pasillos llenos de cosas para comer, de docenas de colores y marcas diferentes; de envolturas brillantes, blanditas y duras; las latas de lo que uno quiera, el pan de todas las formas: para no engordar, para los sándwiches... todo eso le había causado siempre uno de los pocos placeres que se daba; ahora mira los paquetes y no siente el mismo gusto; las envolturas brillantes que se entretenía en escoger, ya no le traen el mismo chiste; ahora piensa que no tendrá todo eso todos los días, pero en Guadalajara sí, cuando vaya de vez en cuando... además para qué, si en Santa Rosa nadie necesita una *marketa* llena de paquetes de colores porque la gente piensa en cosas más sencillas y la vida no es tan correteada...

Se confunde. Por las noches, mientras mira la televisión, se pone a pensar en cómo pasará el tiempo... tan largo allá, tan lento y silencioso; también tendrá televisión, verá casi los mismos programas; ya no será fácil oír voces en inglés pero el mundo es un paquetito de canales ahora, con la antena parabólica; no va a extrañar nada, nada... la luz se le instala en el corazón y le duele, no sabe por qué, si todo esto, sus cosas, su jardín, todo lo va a tener allá y estará en su casa, cerca de donde están enterrados sus padres, en la tierra donde nació y fue niña, donde pasó hambre y frío, soledades y castigos, donde conoció lo que es enamorarse, donde podía comerse un plato de frijoles en el niztenco mientras su madre tortiaba y su padre sorbía un jarro de café antes de irse a la labor... Allí, donde correteaba feliz a pesar del hambre, donde las flores le alegraban el alma de niña, con aquella pureza que la protegía del desamparo; allí volverá y ahora tendrá todo, todo lo que anduvo buscando: comida, cariño, respeto, tranquilidad... ¿por qué entonces la lucecita no la deja en paz?

Un día, ese preciso día en que el señor que había echado varias vueltas hasta convencerse de comprar la casa; el que le ofreció cinco mil dólares menos y ella aceptó porque estaba desesperada y quería que ya terminara todo; ese día en que ese señor le entrega el cheque y ella se compromete a desocupar la casa en dos semanas, la lucecita en medio de la oscuridad y el vacío desaparece de su cuerpo y lo vuelve a sentir como era antes.

La vida se convierte en un trajinar sin descanso, con la idea fija de salir de un lugar a donde ya no pertenece. Sus compañeras, para decirle adiós, le hacen un *chauer* de regalos y todas le dan dinero, para que no batalle. Es lo único que puede llevarse sin problemas; también su ropa, algunos trastos indispensables, de los que no quiere deshacerse; libros, discos, malbarata el carro casi nuevo, llena ocho cajas enormes de cosas, pasa los últimos días recibiendo llamadas de despedida, encargando saludos para todos sus sobrinos de Oakland...

Y una tarde de calor intenso, en medio del verano más caliente que ella recuerde nunca en Sacramento, todo el dinero que ha juntado lo guarda en una bolsita de plástico que prende se su brassier por dentro, con un alfiler. Luego, Rosenda le ayuda a acarrear las cajas hasta la estación de los *buses* se despide con un abrazo fuerte y largo; le encarga que no deje de vacunar a sus perritos adorados, seis años con ellos, fíjate, cuídamelos mucho...

Y luego, con el pretexto en el alma de no volver a ver a los dos animalitos más chiquiados en todo el mundo, mira entre chorros de lágrimas pasar por la ventanilla del *bus* las calles de Sacramento mientras se fija que están iluminadas con la misma intensidad que ese punto de luz que a ella le vagaba por el cuerpo, y cuando se aleja del centro alcanza a divisar el Capitolio, convertido en una lámpara gigante que hace que la nubes se vean amarillas y brillantes, y siente que la ciudad entera llora también porque Adelaida Quintero no pudo nunca enamorarse tanto de ella como lo está de México, de ese lugar en el centro del mundo de donde nunca salió verdaderamente, pues la prueba está que ahora, aunque esta ciudad de árboles gigantes y remolinos de hojas en otoño se vea hermosa y convertida en un sol a fondo de la carretera, aunque ella sienta que su cuerpo está opaco y envejecido, cansado y sumido en una pena indecible, sabe que necesita regresar porque en Santa Rosa está un lugar vacío que ella dejó y que nunca nadie ha podido volver a ocupar.

IV

Emilia le cuenta, muerta de risa, que Gregorio algunas tardes llegaba a visitarla, entristecido, y le confesaba que le daban ganas de ponerle un cuete a la casa, harto de que el tiempo pasara y Adelaida no volviera. A veces, todos lo sabían, se pasaba las noches durmiendo en el piso de la sala, en esa casa nueva, hecha paso a paso como su dueña la había pedido, construida con sus manos y las de sus cuñados. Saltarín, el perrito que lo acompañaba a todas partes, se acostumbró a meterse en ella como si siempre hubiera vivido en ella. Diariamente Gregorio llegaba a sentarse en lo que será el jardín, a suspirar y decirse que no había por qué preocuparse, ni por qué pensar que tal vez Adelaida, como hacía tantos años, se hubiera ido con rumbo al Norte para no volver ya nunca.

Eso y muchas cosas más le cuenta Emilia, mientras pasan los días, mientras van a Guadalajara a comprar sus muebles nuevos porque ella no quiere nada de la difunta y eso lo dijo muy claro desde el principio. Gregorio está feliz y más platicador que de costumbre; ella también y juntos van a escoger la sala y el ropero para la recámara, también la televisión y el juego de antecomedor. Tiene que esperar, después de comprarlos, para encontrar la forma de llevarse todo con mucho cuidado hasta la ladera del cerro donde la casa está; igual que la de sus padres: desde allí divisa el valle por completo, y frente a éste, las montañas donde por las tardes, como sábanas, las nubes se depositan en las cumbres.

A pesar del ajetreo, ella empieza a sentir que el tiempo se alarga poco a poco, que los días duran un poquito más a pesar de que casi a diario echa vueltas a su casa, desde la casa de Emilia, donde está viviendo mientras la suya se vuelve habitable; toma medidas para las cortinas, rezonga porque el baño no lo pusieron como ella quería, trabaja desmontando el pedazo donde quiere sembrar flores y un durazno y un aguacate que por fin de frutos como es debido.

La ilusión, poco a poco, con las semanas, durante los dos primeros meses, se va desmoronando en pedacitos; las cosas como realmente son, en vez de encontrarlas como ella quería, se han convertido en lo mismo que ella dejó, pero envejecido. El comenzar a darse cuenta de eso la va llenando de un miedo que parece no ser, que no se decide a ser: el miedo de haberse equivocado.

Una mañana de lluvia otoñal, cuando ya se han instalado en la casa y se han acostumbrado a vivir juntos, se encuentra con que no hay nada nuevo que hacer, que los días de todos los días han comenzado, que la vida se empieza a repetir y Gregorio se ha convertido en un marido más.

Ese día, después de tortiar para el desayuno, como todas las mujeres de todas las casas de todo el ejido, el valle y la montaña; después de darle frijoles y café a Gregorio, después de decirle que por las mañanas se comen huevos con jamón o con otra cosa pero no frijoles y

decirle que se pusiera a trabajar en lo que sea, pero que no lo quiere allí nomás viendo televisión; ese mismo día en que preparó un pollo en pipían para la comida a pesar de que le hace daño, después de la telenovela de las cuatro de la tarde, mucho rato después de la lluvia, Adelaida saca una silla mecedora al jardín donde ya sembró cempasúchiles; se sienta mirando a las montañas y al valle, con una novela en la mano y cuando lleva tres páginas se da cuenta de que está muy agitada. Sabe que le hizo daño la comida; nomás de terca sigue comiendo todo eso que le prohibieron desde hace mucho tiempo, porque tiene una colitis crónica, digestión retardada y una hipertensión de la que no podrá deshacerse nunca. Se levanta y va a la cocina, a tomar su pastilla. Se sienta de nuevo con la novela en la mano: **Lo que el viento se llevó**; ya vio la película tres veces pero encuentra que la novela es mejor. Avanza dos capítulos y la tarde comienza a bajar.

Se toma un descanso de la vista y se da cuenta de que tiene el brazo derecho adolorido y su reuma del cuello está otra vez haciéndole sentir el cansancio de los diecinueve años de trabajo en el Norte. Mira las montañas y las nubes como sábanas que se depositan en la cumbre. Mira el valle y por el camino va pasando el camión que va pueblo arriba, hasta donde ella nació, como todos los días.

Mira al valle, deja la novela en su regazo y se quita los lentes, que usa desde que el polvo del algodón y el color blanco le empezaron a gastar la vista en la lavandería. Pierde la mirada entre las milpas secas, dormidas mientras llega la vida que los hombres le pongan a los surcos con sus manos, y de alguna parte de su cabeza surgen las voces del salón de clase de la maestra Rosa.

Estaba el señor Don Gato,
sentado en su silla de oro,
cuando vio pasar la gata...

todos a coro, todos juntos y en medio de risas, y luego como que despierta y vuelve al patio donde habrá cempasúchiles anaranjados y gigantes, porque el Mino, un perrito que le regalaron justo en el momento en que creía que nunca iba a olvidar a la Muñeca y al Güerito, se sienta junto a sus pies, cansado de retozar y de correr detrás de Gregorio, que ahora viene entrando al jardín, que platica con el Saltarín y se burla de los dos porque le tuvieron miedo al caballo de Juan Quintero, y se va de paso hacia el huerto porque dejó en el fondo un pedazo de cerco sin terminar.

Ella lo ve y no sabe, pero presiente que acabará por aceptar que Gregorio no es ya el hombre que la quiso sólo a ella, sino que tendrá que compartirlo con una mujer que está muerta. Que su corazón está gastado, que recorrió casi toda su vida sin Adelaida pero que no está amargado por eso sino feliz de tenerla por fin... no como ella, que se le retuercen los dentro, quizá por los hijos que no tuvieron, por haberse perdido de vivir siempre con él, para que nunca hubiera querido a ninguna otra, aunque fuera compasiva, fiel y sumisa como esa muerta.

Sigue leyendo su novela pero no puede concentrarse; presiente que no pasará mucho tiempo sin que tenga que aceptar que en Santa Rosa no hay nada que no haya llevado consigo toda la vida y que buscó por todas partes sin encontrarlo. Presiente que se dará por vencida aunque todavía, dentro de poco tiempo, sentirá el impulso de salir otra vez a buscar eso que siempre ha sostenido sus huesos y la ha hecho caminar sin descanso y seguir adelante; lo que le hace soñar por las noches, una y otra vez, que está a punto de llegar a su destino y nunca llega; eso que la hizo caminar un círculo gigante suspirando siempre por lo que llevaba bien guardado, sin saberlo, en su corazón... se dará por vencida porque algo le dirá que es inútil irse, volver, dar la vuelta por los años, los idiomas, los libros, los hombres... lo presentirá, se detendrá a tiempo antes de volver a salir huyendo y preferirá quedarse junto a Gregorio, Emilia, el Mino, el Saltarín, junto a sus hermanos que empezarán a morir mientras ella acumula más dolores en su cuerpo, más años en su vida, más recuerdos, mientras sus nietos crecen allá lejos, en el desierto de Sonora, donde dejó su semilla extraviada y pudo dar fruto, contra toda desdicha, a pesar de esa búsqueda de ella, Adelaida Quintero, que ahora no sabe las luchas que seguirá sosteniendo en contra de sí misma para luego por fin quedarse quieta.

Gregorio vuelve del huerto, la tarde ya no tiene luz para seguir leyendo **Lo que el viento se llevó**; se sienta junto a ella y le platica que el Mino se metió entre unos breñales y viene lleno de espinas el muy tarugo, mira, hay que darle un baño... y ella le dice que si no quiere cenar todavía; Gregorio contesta que después de las noticias y le pregunta si ya se le pasó la ahogadera que tenía; le dice que eso le pasa por comer cosas que le hacen daño. Se levanta y entra en la casa para prender la televisión, porque ya es una hora en que ella no le dice cosas y puede verla el tiempo que quiera; luego ella, después de un ratito, cuando siente que la brisa enfría mucho, llama a los perritos para darles de comer, se levanta apoyándose en su brazo izquierdo, porque el dolor del derecho no la deja en paz todavía, camina despacio, entumida por tanto tiempo de estar quieta, camina hacia la puerta y antes de entrar en la casa echa una mirada al valle, ahora en penumbras; las lagartijas comienzan con su chirriar intermitente de grillos gigantes, en la falda del cerro; observa algunas lucecitas que comienzan a encenderse en El Cimarrón.

Suspira y luego le habla al Mino, que se salió de nuevo, lo llama, le dice que no tiene vergüenza de querer andar en el monte después de tanto vagar, todo ello mientras entra en la casa para preparar la cena.